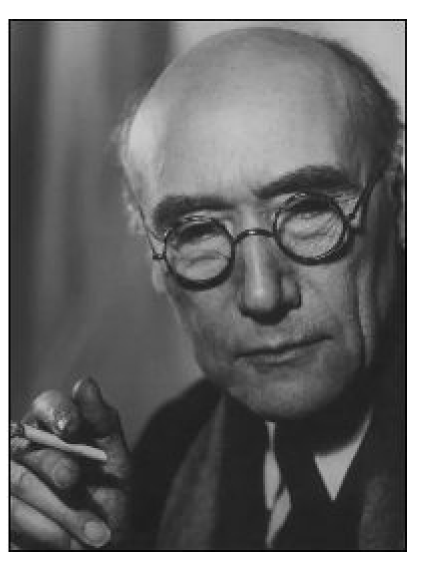
Los sótanos del Vaticano.

André Gide (1869-1951)



André Gide nació en París en 1869. Sus novelas, obras de teatro y textos autobiográficos se caracterizan por su exhaustivo análisis de los esfuerzos individuales hacia la autorrealización y por la utilización de conceptos éticos protestantes; esto, junto con sus trabajos críticos, supuso una profunda influencia en la literatura y la filosofía francesa. Gide fue un líder del pensamiento liberal francés y defensor de la homosexualidad. Entre sus obras destacan: El inmoralista, Los falsificadores, Los alimentos terrenales y La puerta estrecha, entre otros. En 1947 recibió el Premio Nobel. Murió en 1951 en París.

LIBRO PRIMERO.

ANTHIME ARMAND-DUBOIS.

En cuanto a mí, la elección está hecha. He optado por el ateísmo social. Este ateísmo llevo exponiéndolo una quincena de años en una serie de obras…

GEORGE PALANTE (Crónica filosófica, Mercure de France, diciembre, 1912.)

El año 1890, bajo el pontificado de León XIII, la nombradla del doctor X, especialista en enfermedades de origen reumático, llevó a Roma a Anthime Armand-Dubois, francmasón.

—¿Qué? — exclamó Julio de Baraglioul, su cuñado-. ¡Es el cuerpo lo que lleva a curar a Roma! ¡Ojalá reconozca allá que tiene todavía más enferma el alma!

A lo que respondió Armand-Dubois en un tono de conmiseración desdeñosa.

—¡Amigo mío, míreme los hombros!

El bonachón Baraglioul levantó la vista, a pesar suyo, hacia los hombros de su cuñado; se movían como agitados por una risa profunda, irreprimible, y daba pena ver aquel corpachón medio baldado emplear en esta parodia la reserva de sus disponibilidades musculares. ¡Vamos! Decididamente su resolución era firme y la elocuencia de Baraglioul no podía alterarla. ¿El tiempo acaso? El secreto consejo de los santos lugares… Inmensamente descorazonado, Julio se limitó, a decir.

—Anthime, me da usted mucha lástima (los hombros, de pronto, cesaron en su danza, porque Anthime profesaba gran afecto a su cuñado). ¡Ojalá dentro de tres años, en la época del jubileo, cuando venga a reunirme de nuevo con usted, le encuentre corregido!

Menos mal que Verónica acompañaba a su esposo en estado de espíritu bien diferente. Tan piadosa como su hermana Margarita y como Julio, aquella larga permanencia en Roma respondía a uno de sus más

acariciados deseos; Verónica llenaba de menudas prácticas piadosas su monótona vida decepcionada y estéril; dedicaba al ideal los cuidados que no reclamaba de ella ningún niño. ¡Ay! No tenía ninguna esperanza de que volviese a Dios su Anthime. Sabía hacía mucho de qué tesón era capaz aquella frente ancha, obstinada en una negativa.

El padre Flons le había advertido.

—Las resoluciones más inquebrantables, señora -le decía-, son las peores. No espere más que en un milagro.

Hasta había llegado a no entristecerse. Desde los primeros días de su instalación en Roma, cada uno de los esposos, por su parte, había reglamentado su existencia separada. Verónica en las ocupaciones de la casa y en las devociones, Anthime en sus investigaciones científicas. Vivían así uno cerca del otro, uno contra otro; se sostenían dándose la espalda. Gracias a que reinaba entre ellos una especie de concordia que hacía planear sobre los esposos una semifelicidad, y cada uno encontraba, en soportar al otro, un empleo discreto a su virtud.

La habitación que habían alquilado por intermedio de una agencia presentaba, como la mayoría de los alojamientos italianos, junto a imprevistas ventajas, grandes inconvenientes. Ocupaban todo el primer piso del palacio Forgetti, en la calle Lucina, y disfrutaban de una hermosa terraza, donde inmediatamente Verónica había pensado cultivar aspidistras, que se dan tan mal en las casas de París; pero, para ir a la terraza había que cruzar forzosamente el invernadero, donde Anthime había instalado sin pérdida de tiempo su laboratorio, y habían convenido que de tal a tal hora del día permitiría el paso.

Sin hacer ruido, Verónica empujaba la puerta, después se deslizaba furtivamente, con los ojos bajos, como pasa una monja ante graffiti obscenos; porque le desagradaba ver, en el fondo de la habitación, desbordando del sillón en el que se apoyaban unas muletas, la enorme espalda de Anthime, que se arqueaba sobre no se sabía qué maligna operación. Anthime, por su parte, simulaba no oírla. Pero en cuanto había pasado se levantaba pesadamente de su asiento, se arrastraba hacia la puerta, lleno de ira, los labios apretados y con el índice extendido autoritariamente, y ¡zas!, echaba el picaporte.

Galopín de doce o trece años, cubierto de harapos, sin familia, sin casa, lo había encontrado Anthime pocos días después de su llegada a Roma. Ante el hotel donde el matrimonio había parado, primeramente, en la calle de Bocea di Leone, Beppo llamaba la atención de los viandantes por medio de un saltamontes acurrucado bajo un puñado de hierba en una pequeña nasa de juncos. Anthime le había dado seis monedas por el insecto y después, con el poco italiano que sabía, bien que mal había hecho comprender al muchacho que, en su casa, a la que debía trasladarse al día siguiente, en la calle de Lucina, tendría pronto necesidad de algunas ratas.

Todo lo que rampaba, nadaba, corría o volaba servía para sus experiencias.

Trabajaba sobre carne viva.

Beppo, proveedor nato, hubiera proporcionado el águila o la loba del Capitolio. Este oficio le agradaba, porque satisfacía sus gustos de pillaje. Le daban dos reales diarios; ayudaba además en la casa. Verónica le miró al principio con malos ojos, pero en cuanto le vio persignarse al pasar ante la Virgen que había en el ángulo norte de la casa, le perdonó sus andrajos y le permitió llevar a la cocina agua, carbón, madera, sarmientos; llevaba la cesta cuando acompañaba a Verónica al mercado el martes y el viernes, días en que Carolina, la criada que habían traído de París, tenía mucho trabajo en la casa.

Beppo no sentía simpatía por Verónica, pero estaba entusiasmado con el sabio, que pronto, en lugar de bajar penosamente al patio para procurarse víctimas, permitió al chico subir al laboratorio. Se entraba directamente por la terraza, que una escalera de servicio unía al patio. En su dura soledad, el corazón de Anthime palpitaba un poco más de prisa cuando se acercaba el débil ruido de los piececillos desnudos sobre las losas. No dejaba traslucir nada, ni nada le apartaba de su trabajo.

El niño no llamaba a la puerta vidriera, arañaba, y como Anthime permanecía encorvado ante su mesa sin responder, avanzaba en cuatro patas y lanzaba con su voz fresca un "permesso" que llenaba de azul la estancia. Se hubiera creído la voz de un ángel y era un ayudante del verdugo. En el saco que ponía sobre la mesa de los suplicios, ¿qué nueva víctima llevaría? Frecuentemente, absorto

Anthime, no abría el saco; echaba una rápida ojeada; puesto que la tela temblaba, estaba bien. ratas, ratones, gorriones, ranas; todo era bueno para aquel Moloch. Algunas veces Beppo no llevaba nada; sin embargo, entraba lo mismo; sabía que Armand-Dubois le esperaba, aunque fuese con las manos vacías, y mientras el niño, silencioso al lado del sabio, se inclinaba para ver cualquier abominable experiencia, se podría asegurar que el sabio no experimentaba el vanidoso placer de un falso dios al sentir la mirada atónita del pequeño posarse alternativamente, llena de espanto sobre el animal, llena de admiración sobre él.

En espera de atacar al hombre, Anthime Armand-Dubois pretendía sencillamente reducir a "tropismos" toda la actividad de los animales que observaba. ¡Tropismos! La palabra, apenas inventada, se comprendía ya mejor que cualquiera otra; toda una categoría de psicólogos no reconocía más que los "tropismos". ¡Tropismos! ¡Qué luz repentina emanaba de estas sílabas! Evidentemente, el organismo cedía a las mismas incitaciones que el heliotropo, cuando la planta involuntaria vuelve su flor hacia el sol (lo que es fácilmente reducible a unas simples leyes de física y de termoquímica). El cosmos, en fin, se presentaba con una benignidad tranquilizadora. En los más sorprendentes movimientos del ser, sólo podía verse una perfecta obediencia al agente.

Para servir a sus fines, para obtener del animal domesticado la confesión de su sencillez, Anthime Armand-Dubois acababa de inventar un complicado sistema de botes de colores, de trampas, de laberintos, de compartimientos, conteniendo unos el alimento, otros nada, o algún polvo estornutatorio, de puertas de colores o de formas diferentes. instrumentos diabólicos que poco después hicieron furor en Alemania y que, bajo el nombre de "Vexierkasten", sirvieron a la nueva escuela psico-fisiológica para dar un paso más en la incredulidad. Y para actuar distintamente sobre uno u otro sentido del animal, sobre una u otra parte del cerebro, dejaba ciego a éste, sordo a aquél, castraba, despojaba de tal o cual órgano que se hubiese jurado indispensable y del que el animal, para enseñanza de Anthime, prescindía.

Su estudio sobre los "reflejos condicionados" habían revuelto a la Universidad de Upsala; se habían suscitado violentas discusiones en las que habían tomado parte los más destacados sabios

extranjeros. En el espíritu de Anthime, sin embargo, bullían nuevas preguntas; dejaría, pues, discutir a sus colegas y llevaría sus investigaciones por otros derroteros, pretendiendo forzar a Dios en sus más secretos atrincheramientos. No le bastaba admitir "grosso modo" que toda actividad entraña un desgaste, ni que el animal, por el solo ejercicio de sus músculos o de sus sentidos, gasta. Después de cada desgaste preguntaba. ¿Cuánto? Y al paciente extenuado que buscaba reponerse, Anthime, en lugar de alimentarlo, lo pesaba. La aportación de nuevos elementos complicó demasiado la experiencia siguiente. seis ratas, sin haber tomado alimento ninguno y ligadas, eran pesadas diariamente; dos ciegas, dos tuertas y dos normales; a estas dos últimas un pequeño molino mecánico les fatigaba sin cesar la vista. Después de cinco días de ayuno, ¿en qué relaciones estaban las pérdidas respectivas? Sobre pizarras "ad hoc", Armand-Dubois, diariamente, a mediodía, añadía nuevas cifras triunfales.

Se acercaba el jubileo. Los Armand-Dubois esperaban a los Baraglioul de un día a otro. La mañana que recibieron el despacho anunciando su llegada para la tarde, Anthime salió a comprarse una corbata.

Anthime salía poco; lo menos posible; se movía trabajosamente; Verónica iba gustosamente de compras o introducía a los proveedores para tomar órdenes sobre los modelos. Anthime no se cuidaba de las modas; pero, aunque deseara una sencilla corbata (modesto nudo de surá negro), quería elegirla. El plastrón de satín carmelita que había comprado para el viaje y llevado durante su estancia en el hotel se escapaba constantemente del chaleco, que tenía costumbre de usar muy abierto; Margarita de Baraglioul encontraría ciertamente demasiado descuidado el pañuelo crema que le había remplazado y que se sujetaba con un alfiler en que iba montado un gran camafeo antiguo sin valor; sentía haber dejado los nudos hechos negros que usaba en París comúnmente, y, sobre todo, no haber guardado uno para modelo. ¿Qué formas iban a ofrecerle? No se decidiría antes de haber visitado varias camiserías del Corso y de la calle Condotti. Los lazos, para un hombre de cincuenta años, eran demasiado libres; decididamente, lo más conveniente era un nudo negro bien mate...

El desayuno no estaría hasta dentro de una hora. Anthime regresó hacia mediodía con la compra, a tiempo para pesar a sus animales.

No es que fuese elegante, pero Anthime sintió la necesidad de probarse la corbata antes de ponerse al trabajo. Tenía un trozo de espejo que le servía hacía poco tiempo para provocar los tropismos; lo colocó contra una caja y se inclinó sobre su propio reflejo.

Anthime tenía una mata de cabellos todavía espesos, antes rojos y hoy de ese inconstante amarillo grisáceo que toman los objetos viejos de plata dorada; sus cejas avanzaban como un cepillo sobre una mirada más gris, más fría que un cielo de invierno; sus patillas, altas y rapadas, habían conservado el color leonado de su bigote áspero. Se pasó el dorso de la mano por las mejillas lisas, bajo el largo mentón cuadrado.

—Sí, sí -murmuró-, tengo que afeitarme.

Sacó del envoltorio la corbata y la extendió ante él; se quitó el alfilercamafeo y después el pañuelo. Rodeaba su cuello robusto una tirilla poco alta, escotada y con las puntas vueltas. Aquí, a pesar de mi deseo de no relatar más que lo esencial, no puedo pasar en silencio el lobanillo de Anthime Armand-Dubois. Porque, aunque yo haya deseado separar lo accidental de lo necesario, ¿qué voy a exigir de mi pluma si no exactitud y rigor? ¿Quién podía afirmar, en efecto, que este lobanillo no había representado ningún papel, no había pesado en las decisiones de lo que Anthime llamaba su "libre" pensamiento? Pacientemente soportaba hasta su ciática; pero esta mezquindad no se la perdonaría nunca al buen Dios.

Se le había presentado no sabía cómo, poco después de su matrimonio; al principio no había, al sudeste de su oreja izquierda, donde el cuero comienza a ser peludo, más que un garbancito sin importancia; durante mucho tiempo, bajo la abundante cabellera que se recogía en bucles hacia atrás, pudo disimular la excrecencia; la misma Verónica no la había advertido hasta que en una caricia nocturna la encontró de pronto su mano.

—¡Anda! ¿Qué es lo que tienes aquí? — había gritado.

Y como si al ser descubierto el grosor no hubiera podido detenerse, Verónica comprobó en pocos meses las dimensiones de un huevo de perdiz, después de pintada, después de gallina, y se paró aquí, en tanto que el cabello más claro se apartaba alrededor de la

protuberancia y la dejaba al descubierto. A los cuarenta y seis años, Anthime Armand-Dubois no se cuidó ya de agradar; se cortó al rape los cabellos y adoptó aquella forma de cuellos bajos en los cuales una especie de alvéolo reservado ocultaba el lobanillo y lo mostraba a la vez. Y basta ya del lobanillo de Anthime.

Se pasó la corbata alrededor del cuello. En el centro de la corbata, a través de un pequeño enganche de metal, debía deslizarse la cinta de sujeción, que afianzaba un pasador de presión. Ingenioso aparato, pero que no esperaba más que la visita de la cinta para abandonar la corbata; ésta cayó sobre la mesa operatoria. Era necesario recurrir a Verónica, que acudió a la llamada.

—Toma, recóseme esto -dijo Anthime.

—Trabajo de máquina; esto no vale nada -murmuró Verónica.

—Es natural que no se sostenga.

Verónica llevaba siempre, prendida en la chambra, bajo el pecho izquierdo, dos agujas enhebradas, una con hilo blanco y la otra con negro. Cerca de la vidriera, sin sentarse comenzó la reparación. Anthime, sin embargo, la miraba. Era una mujer bastante robusta, de acusados trazos; testaruda como él, pero cortés después de todo y la mayor parte del tiempo sonriente, hasta el punto de que una sombra de bigote no endurecía demasiado su rostro.

"Es buena", pensaba Anthime viéndola tirar de la aguja. "Podía haberme casado con una coqueta que me hubiera engañado, una veleta que me hubiese dejado plantado, una charlatana que me hubiese levantado dolor de cabeza, una boba que me hubiera sacado de mis casillas, una arisca como mi cuñada"...

Y en un tono de voz menos altivo que de costumbre.

—Gracias -le dijo, cuando Verónica, acabado su trabajo, se marchaba.

Con la corbata nueva, Anthime se entregaba en este momento a sus pesadas. Ninguna voz se alzaba, ni fuera ni dentro de su corazón. Había pesado ya las ratas ciegas. ¿Qué decir de esto? Las ratas tuertas estaban estacionarias. Iba a pesar la pareja intacta. De pronto se sobresaltó tan bruscamente que las muletas rodaron por tierra. ¡Estupor! Las ratas intactas... Volvió a pesarlas nuevamente; pero no, había que convencerse. Las ratas intactas, desde ayer, "¡habían aumentado!". Un relámpago atravesó su cerebro.

—¡Verónica!

Con un gran esfuerzo recogió sus muletas y se arrastró hacia la puerta.

—¡Verónica!

Volvió corriendo, de nuevo, obsequiosa. Entonces él, en el umbral, dijo solemnemente.

—¿Quién ha tocado a mis ratas?

Silencio. Repite lentamente, destacando cada palabra, como si Verónica hubiese dejado de pronto de comprender el francés.

—Durante el tiempo que he estado fuera alguien les ha dado de comer.

¿Has sido tú?

Entonces Verónica, que había recobrado un poco el valor, se volvió hacia él casi agresiva.

—Dejas morir de hambre a estos pobres bichos. No he alterado tus experimentos; simplemente les he...

Pero él la había cogido por el brazo y, cojeando, la llevó hasta la mesa, donde le mostraba los cuadros de observaciones.

—¿Tú ves estas hojas, donde desde hace quince días consigno mis investigaciones sobre estos bichos? Son datos que espera mi colega Potier para dar lectura en la Academia de Ciencias en su sesión del 17 de mayo próximo. Estamos a 15 de abril. ¿Qué voy a escribir yo a continuación de esta columna de cifras? ¿Qué voy a escribir?...

Y como no rechistase, con el extremo cuadrado de su índice, como con un estilo, arañaba la superficie blanca del papel.

—"Ese día -continuó- la señora Armand-Dubois, esposa del observador, no oyendo más que su tierno corazón, cometió la..." ¿qué quieres que diga?

¿La torpeza? ¿La imprudencia? ¿La tontería?...

—Escribe más bien que tuve piedad de estos pobres animales, víctimas de una curiosidad ridícula.

Anthime corrigió muy digno.

—Si lo toma usted así, ya comprenderá, señora, que, en lo sucesivo, le agradeceré que pase por la escalera del patio a cuidar sus plantas.

—¿Crees que entro alguna vez en tu laboratorio por capricho?

—Pues ahórrate la molestia de entrar en adelante.

Después, añadiendo a estas palabras la elocuencia del gesto, cogió las hojas de las observaciones y las rompió en pequeños pedazos.

"Desde hace quince días", había dicho; en realidad, sus ratas no ayunaban más que desde hacía cuatro. Y su irritación sin duda se había atenuado con la exageración del daño, porque en la mesa pudo mostrar un rostro sereno, y aun llevó su filosofía hasta facilitar a su mujer una diestra conciliación. Porque, más aún que Verónica, se resistía a dar a aquel hogar tan reflexivo de los Baraglioul el espectáculo de disensiones de las que harían responsables a las opiniones de Anthime.

Hacia las cinco, Verónica cambió su bata de casa por una chaqueta de paño negro y marchó a esperar a Julio y a Margarita, que debían llegar a la estación de Roma a las seis. Anthime va a afeitarse; ha remplazado su pañuelo por un nudo, lo que es ya bastante; le repugnan las ceremonias y pretende que no quedará mal ante su cuñada con un traje de alpaca, un chaleco blanco con dibujos azules, un pantalón de cutí y confortables zapatillas de cuero negro sin tacón, que guarda hasta para salir y que su claudicación excusa.

Recoge las hojas rotas, junta los fragmentos y copia cuidadosamente todas las cifras mientras espera a los Baraglioul.

La familia Baraglioul (la "gl" se pronuncia "ll" en italiano, como en "Broglie" [duque de] y en "miglionaire") es originaria de Parma. Un Baraglioli (Alejandro) se casó en segundas nupcias con Felipa Visconti en 1514, pocos meses después de la anexión del ducado a los Estados de la Iglesia. Otro Baraglioli (Alejandro igualmente) se distinguió en la batalla de Lepanto y murió asesinado en 1580, en circunstancias misteriosas. Sería conveniente, pero no de gran interés, seguir los destinos de la familia hasta 1807, época en que Parma se unió a Francia y en que Roberto de Baraglioul, abuelo de Julio, fue a instalarse a Pau. En 1828 recibió de Carlos X la corona de conde -corona que debía llevar tan noblemente un poco más tarde Justo Agenor, su tercer hijo (los dos primeros murieron muy

jóvenes), en las embajadas donde brillaba su inteligencia sutil y triunfaba su diplomacia.

El segundo hijo de Justo Agenor de Baraglioul, que desde su matrimonio vivía completamente apartado, había tenido algunas pasiones en su juventud. Pero, al menos, podía hacérsele esta justicia. su corazón había permanecido incólume. La distinción profunda de su naturaleza y esta especie de elegancia moral que respiraba en sus menores escritos, habían contenido siempre sus deseos en la pendiente por la que le hubiese arrastrado sin duda su curiosidad de novelista. Su sangre corría sin turbulencia, pero no sin calor, como hubieran podido atestiguar numerosas bellezas aristocráticas...

Y yo no hablaría aquí de ello si sus primeras novelas no lo hubieran dejado entender claramente; a lo que debieron en gran parte el éxito mundano que alcanzaron. La alta calidad del público susceptible de admirarlas las permitió aparecer. una en el Correspondant, otras dos en la Revue des deux Mondes. Fue así como, a pesar suyo, todavía joven, se vio empujado hacia la Academia. ya parecía indicarle su hermoso camino la grave unción de su mirada y la palidez pensativa de su frente.

Anthime sentía gran desprecio por las ventajas del rango, de la fortuna y del aspecto, lo que no dejaba de mortificar a Julio; pero apreciaba en Julio un buen natural y una gran torpeza en las discusiones, que a menudo dejaba la ventaja al libre pensamiento.

A las seis, Anthime oyó pararse ante la puerta el coche de sus huéspedes. Salió a su encuentro en el descansillo. Julio subió el primero con su sombrero "cronstadt", su abrigo recto con forros de seda; creyérase en traje de visita y no de viaje, a no ser por la bufanda escocesa que llevaba sobre el antebrazo. La largura del traje no le sentaba bien. Margarita de Baraglioul seguía del brazo de su hermana, por el contrario, muy desfigurada, capota y moño de través, que temblaba al andar; una cuarta parte del rostro tapada por su pañuelo, que sostenía a modo de compresa... Anthime se acercó.

—Margarita tiene un carbón en el ojo -deslizó Verónica.

Julia, su hija, graciosa niña de nueve años, y la criada, que cerraban la marcha, guardaron un silencio consternado.

Con el carácter de Margarita no era cosa de tomarlo a broma. Anthime propuso enviar recado a un oculista, pero Margarita, que conocía la reputación de los medicastros italianos, no quiso "por nada del mundo" oír hablar de ello, y suspiró con una voz susurrante.

—Agua fresca. Un poco de agua fresca sencillamente. ¡Ah!

—Mi querida hermana, efectivamente -repuso Anthime-, el agua fresca te podrá aliviar un momento descongestionándote el ojo, pero no quitará el mal.

Después se volvió hacia Julio.

—¿Has podido ver lo que es?

—No muy bien. Cuando el tren se paró y me propuse examinarlo, Margarita comenzó a impacientarse.

—¡No digas eso, Julio! Has estado horriblemente torpe. Para levantarme el párpado has comenzado por retorcerme las pestañas...

—¿Quieres que yo lo pruebe? — dijo Anthime- Acaso sea más hábil.

Un mozo subía las maletas. Carolina encendió una lámpara de reflector.

—Veamos, querido, no vas a hacer esta operación en el pasillo -dijo Verónica, y condujo a los Baraglioul a su habitación.

El piso de los Armand-Dubois se extendía alrededor del patio interior, del que recibían luz las ventanas de un pasillo que, partiendo del vestíbulo, terminaba en el invernadero. Sobre este pasillo abrían sus puertas el comedor, primero; después el salón (enorme pieza de esquina, mal amueblada, de la que no se servían los Anthime), dos habitaciones para amigos, preparadas, la primera, para el matrimonio Baraglioul; la segunda, más pequeña, para Julia; al lado de la última habitación, la de la pareja Armand-Dubois. Todas estas habitaciones, por otra parte, se comunicaban entre sí interiormente. La cocina y dos cuartos de las criadas daban al otro lado del descansillo...

—Por favor, no estéis todos alrededor de mí -gemía Margarita-. Julio, ocúpate tú entonces del equipaje.

Verónica hace sentar a su hermana en una silla y sostiene la lámpara, en tanto que Anthime se apresta.

—El hecho es que está inflamado. Si te quitaras el sombrero.

Pero Margarita, temiendo acaso que su peinado en desorden dejara aparecer sus postizos, declara que no se quitará el sombrero hasta más tarde; un ligero sombrero de cintas no era obstáculo para apoyar la nuca en el respaldo.

—Entonces quieres que te saque la paja del ojo antes de quitar la viga del mío -dice Anthime burlonamente-. ¡Esto me parece contrario a los preceptos evangélicos!

—¡Ah! Te lo ruego, no me hagas pagar demasiado caro tus cuidados.

—No digas nada más… Con el pico de un pañuelo limpio… Ya veo lo que es… No tengas miedo. ¡Caramba! ¡Mira al cielo!… Aquí está.

Y Anthime saca en la punta del pañuelo una carbonilla imperceptible.

—¡Gracias, gracias! Dejadme ahora. Tengo un dolor de cabeza horrible.

En tanto que Margarita reposa, que Julio desembala con la criada y que Verónica vigila los preparativos de la comida, Anthime se ocupa de Julia, a quien ha conducido a su habitación. Había dejado a su sobrina pequeñita y casi no reconocía a esta arrogante jovencita de sonrisa ya gravemente ingenua. Al cabo de algún tiempo de tenerla a su lado, hablando de las pequeñas puerilidades de las que creía que podían hablar, su mirada se fijó en una cadenilla de plata que llevaba al cuello la niña, y de la que supuso colgadas algunas medallas. Con un deslizamiento indiscreto de su índice las sacó fuera del corsé, y ocultando su repugnancia enfermiza bajo una máscara de sorpresa, exclamó.

—¿Qué es lo que significan estos chismes?

Julia comprendió perfectamente que la pregunta no era seria; pero ¿por qué se ofuscaría?

—¿Cómo, querido tío? ¿No ha visto usted nunca medallas?

—De verdad que no, pequeña -mintió-; esto no es muy bonito que digamos, pero acaso pueda servir para algo.

Y como la serena piedad no repugna alguna travesura inocente, la niña, lista, señala con el dedo una fotografía suya que está en el espejo sobre la chimenea.

—Ahí tiene usted, querido tío, el retrato de una niña que no es muy bonita que digamos. ¿Para qué puede servirle?

Sorprendido de hallar en una beatilla un espíritu de réplica tan malicioso y sin duda tan de buen sentido, el tío Anthime quedó momentáneamente desconcertado. ¡Con una niña de nueve años no podía entablar una discusión metafísica! Sonrió. La pequeña en seguida se agarró a la ventaja y mostró las medallas santas.

—Ésta -dijo- es de Santa Julia, mi patrona, y ésta del Sagrado Corazón de Nuestra...

—¿Y no tienes una de Dios? — interrumpió absurdamente Anthime.

La niña respondió con naturalidad.

—No; de Dios no se hacen... Pero ésta es la más bonita; es de Nuestra Señora de Lourdes, que me ha regalado la tía Fleurissoire; la ha traído de Lourdes; me la puse al cuello el día en que papá y mamá me ofrecieron a la Santa Virgen.

Esto era demasiado para Anthime. Sin intentar comprender un instante lo que evocan de inefablemente gracioso aquellas imágenes, el mes de mayo, el cortejo blanco y azul de los niños, cedió a una maniática necesidad de blasfemar.

—¿Y no te ha querido la Santa Virgen, que estás todavía con nosotros?

La pequeña no contestó. ¿Se daba cuenta ya de que para ciertas impertinencias lo más sabio era no responder? Además, ¿qué iba a decir? Después de esta pregunta ridícula no fue Julia, sino el francmasón el que enrojeció; ligera alteración, compañera inconfesable de la indecencia, confusión pasajera que el tío ocultará depositando sobre la frente cándida de su sobrina un respetuoso beso reparador.

—¿Por qué se hace usted el perverso, tío Anthime?

La pequeña no se engañaba; en el fondo, este sabio impío era sensible.

Entonces, ¿para qué aquella resistencia obstinada?

En aquel momento Adela abrió la puerta.

—La señora llama a la señorita.

Aparentemente Margarita de Baraglioul teme la influencia de su cuñado y se preocupa de no dejar mucho tiempo a su hija con él. Se atreverá él a decírselo, en voz baja, un poco más tarde, mientras la familia se sienta a la mesa. Pero Margarita elevará hacia Anthime un ojo todavía ligeramente inflamado.

—¿Miedo de ti? Pero, querido, Julia habría convertido a doce iguales a ti, antes que tus burlas hubieran podido tener el menor éxito sobre su alma. No, no, nosotros somos más sólidos que todo eso, nosotros somos más sólidos. Además, piensa que es una niña… Sabe todo lo que puede esperarse de la blasfemia en una época tan corrompida y en un país tan vergonzosamente gobernado como el nuestro. Pero es triste que los primeros motivos de escándalo le sean ofrecidos por ti, su tío, a quien hubiéramos querido enseñarle a respetar.

Aquellas palabras tan desmesuradas, tan sabias, ¿serían capaces de calmar a Anthime?

Sí, durante los dos primeros platos (la comida, buena, pero sencilla, no constaba más que de tres platos), y en tanto que la conversación familiar, perezosamente, trata temas no espinosos. Por atención a Margarita se hablará primeramente de oculística (los Baraglioi fingían no ver que la lente de Anthime había engrosado); después, de la cocina italiana, por gentileza hacia Verónica, con alusiones a la excelencia de su comida. Después Anthime pedirá noticias de los Fleurissoire, a quienes los Baraglioul han visitado últimamente en Pau, y de la condesa de Saint-Prix, la hermana de Julio, que veranea en los alrededores; de Genoveva, por último, la deliciosa hija mayor de los Baraglioul, a quien hubieran deseado llevar con ellos a Roma, pero que jamás había consentido en alejarse del Hospital de Niños Enfermos, donde todas las mañanas, en la calle de Sevres, va a curar las llagas a los pequeños desgraciados. Después Julio pondrá sobre el tapete la grave cuestión de la expropiación de los bienes de Anthime. se trata de terrenos que Anthime había comprado en Egipto, después de un primer viaje que hizo cuando joven a aquel país; mal situados los terrenos, no habían adquirido hasta el presente gran

valor; pero el asunto era, desde hacía poco, que la nueva línea del ferrocarril de El Cairo a Heliópolis los atravesase; ciertamente, la bolsa de los Armand-Dubois, que estaba fatigada por azarosas especulaciones, tenía mucha necesidad de esta ganga; pero Julio, antes de su marcha, pudo hablar con Maniton, perito ingeniero comisionado para el estudio de la línea, y aconseja a su cuñado que no se haga muchas ilusiones. podía quedarse compuesto y sin novia. Pero lo que Anthime no dijo es que el negocio estaba en manos de la Logia, que no abandona nunca a los suyos.

Anthime habla ahora a Julio de su candidatura a la Academia, de sus probabilidades; habla sonriendo, porque no tiene apenas confianza, y el mismo Julio finge una indiferencia tranquila y como de renunciación. ¿Por qué contar que su hermana la condesa Guy de Saint-Prix tiene al cardenal André a su disposición y, por tanto, a los quince inmortales que siempre votan con él? Anthime esboza un elogio muy ligero de la última novela de Baraglioul, "El aire de las cumbres". Lo positivo es que ha encontrado el libro execrable y Julio, que no se engaña sobre esto, se apresura a decir, para dejar su amor propio a cubierto.

—Yo pensaba que un libro así no podía agradarte.

Anthime consentiría en excusar todavía el libro, pero esta alusión a sus opiniones le halagaba, y protesta de que sus opiniones no inclinan en nada los juicios que forma sobre obras de arte en general y sobre los libros de su cuñado en particular. Julio sonríe con una complacencia condescendiente, y para cambiar de tema pide a su cuñado noticias de su ciática, que llama por equivocación su lumbago. ¡Ah! ¿Por qué no le ha preguntado Julio mejor por sus investigaciones científicas? Le hubiera complacido más responderle. ¡Su lumbago! ¿Y por qué no su lobanillo? Pero, aparentemente, su cuñado ignora sus investigaciones científicas. prefiere ignorarlas... Anthime, muy irritado ya y a quien precisamente en aquel momento el "lumbago", hace sufrir, ríe burlón y contesta con aspereza.

—¿Si estoy mejor?... No te haría ninguna gracia, ¿verdad?

Julio se sorprende y ruega a su cuñado que le diga a qué obedece que le atribuya tan poco caritativos sentimientos.

—¡Pardiez! Tú también sabes llamar al médico en cuanto uno de los tuyos está enfermo; pero en cuanto el enfermo está curado, la Medicina no cuenta ya para nada. se ha curado por las oraciones que habéis rezado mientras el médico os cuidaba. ¡Uno no ha tomado la comunión, pardiez!

¡Sería bastante fastidioso que se curara!

—¿Prefieres estar enfermo a rezar? — dice con un tono convencido Margarita.

¿Por qué se mezclaba en el asunto? De ordinario no tomaba parte en las conversaciones de interés general y enmudecía en cuanto Julio abría la boca. ¡Estaban hablando los hombres y no tenían que intervenir las mujeres! Se volvió bruscamente hacia ella.

—Querida, ten en cuenta que, si la curación estuviera ahí, ahí mismo, ya me entiendes -y señala el salero-, cerca de la mano, y para tener derecho a cogerlo tuviera que implorar al Señor Principal (así se divertía, en los momentos de buen humor, en llamar al Ser Supremo) o rezarle para que interviniera y alterase por mí el orden establecido, el orden natural de los efectos y de las causas, no querría la curación. Diría al Principal. déjame en paz con tus milagros; no los quiero.

Destaca las palabras, las sílabas; ha levantado la voz al diapasón de su cólera. Está espantoso.

—¿No querrías?... ¿Por qué? — preguntó Julio muy tranquilo.

—Porque ello me obligaría a creer en aquel que no existe.

Y al decir esto dio puñetazos sobre la mesa.

Margarita y Verónica, inquietas, han cambiado una mirada, y después las dos miran a Julia.

—Me parece que es hora de irse a acostar, hijita mía -dice la madre-

.

Anda, márchate; iremos a darte las buenas noches a la cama.

La niña, a quien las frases atroces y el aspecto demoníaco de su tío causaban espanto, huyó.

—Yo quiero, si me curo, no agradecérselo a nadie más que a mí mismo.

Y basta.

—¡Bueno! ¿Y el médico entonces? — aventura Margarita.

—Le pagué las visitas y lo dejé.

Pero Julio, en su registro más grave, añadió.

—En cambio, sólo reconocimiento hacia Dios te ligaría… —Sí, hermano; por eso no le ruego nunca.

—Otros rezan por ti, amigo mío.

Hablaba ahora Verónica; hasta este momento no había dicho nada. Al oír esta dulce voz tan conocida Anthime se excita, pierde la continencia. Afirmaciones contradictorias se atropellan en sus labios; primeramente, no hay derecho a pedir para nadie en contra suya, solicitar un favor para él sin que lo sepa; eso es una traición. Desde luego que ella no ha obtenido nada, ¡tanto mejor! ¡Así se dará cuenta de lo que valen sus oraciones! ¡Hay que enorgullecerse!… Pero ¿puede ser acaso que no haya rezado lo suficiente?

—Estáte tranquilo -agregó tan dulcemente como antes Verónica.

Después, sonriente y como fuera del ciclón de esta cólera, contó a Margarita que todas las tardes, sin faltar una, encendía, implorando por Anthime, dos cirios a los lados de la Virgen ubicada en el ángulo norte de la casa, precisamente aquella ante la cual había sorprendido Verónica a Beppo signándose. El niño se acurrucaba en un entrante del muro, donde Verónica tenía la seguridad de encontrarlo a una hora fija. Ella no hubiera podido llegar al nicho situado fuera del alcance de los paseantes; Beppo (era en la actualidad un esbelto adolescente de quince años), agarrándose a las piedras y a una argolla de metal, colocaba los cirios encendidos ante la santa imagen… Y la conversación, insensiblemente, se apartaba de Anthime, y se volvía a cerrar por encima de él; las dos hermanas hablaban ahora de la piedad popular, tan emocionante, para la cual la más tosca imagen es la más venerada. Anthime estaba anonadado. Qué, ¿no era bastante que ya esta mañana, a sus espaldas, Verónica hubiera alimentado a sus ratas? ¡Y ahora encendía velas! ¡Para él! ¡Su mujer! Y comprometía a Beppo en esta necia puerilidad… ¡Ah! ¡Sólo eso nos faltaba!

La sangre se le subía al cerebro a Anthime, que se ahogaba; en sus sienes tocaban a rebato. En un esfuerzo inmenso se levantó,

derribando la silla; volcó sobre su servilleta un vaso de agua, se mojó la frente; ¿iba a ponerse enfermo? Verónica acude presurosa; la rechaza brutalmente con una mano y escapa hacia la puerta, que cierra de golpe; ya en el corredor se oye su paso desigual alejarse, con el acompañamiento de la muleta, sordo y claudicante.

Esta salida brusca deja a nuestros convidados entristecidos y perplejos.

Algunos instantes permanecen silenciosos.

—¡Mi pobre amiga! — dice por fin Margarita.

Y en esta ocasión se afirma una vez más la diferencia entre el carácter de las dos hermanas. El alma de Margarita está cortada en esa tela admirable de la que Dios hace sus mártires. Ella lo sabe y aspira a sufrir. La vida, desgraciadamente, no le proporciona ningún daño; colmada dé todo, su facultad de sufrimiento queda reducida a buscar su empleo en las menudas vejaciones; se aprovecha de las menores cosas para sentir los arañazos; se agarra y vuelve a agarrarse a todo. Ciertamente sabe arreglárselas para procurarse lo que le falta; pero Julio parece trabajar siempre para quitar ocupación a su virtud. ¿Como extrañarse, pues, de que se muestre cerca de él siempre insatisfecha y caprichosa? Con un marido como Anthime, ¡qué hermosa carrera! Le molesta ver a su hermana, que no sabe aprovecharse lo bastante; Verónica, en efecto, se sacude las molestias; sobre su indefectible unción sonriente se desliza todo, sarcasmo, burla, y, sin duda, hace mucho tiempo ha adoptado el plan de aislamiento de su vida; Anthime, en su vida común, no es malo para ella y ¡puede decir lo que quiera! Explica que si habla fuerte es por la imposibilidad que tiene de moverse; se arrebataría menos si tuviera las piernas más ágiles, y como Julio pregunta a dónde puede haber ido.

—A su laboratorio -responde; y a Margarita, que le pregunta si no le sentaría mal después de haberse encolerizado, le asegura que es mejor dejarle que se calme solo y no darle mucha importancia a su salida.

—Acabemos de comer tranquilamente -termina.

No, no ha sido en su laboratorio donde se ha detenido el tío Anthime.

Ha atravesado rápidamente esta dependencia donde acaban de sufrir las seis ratas. ¿Por qué no permanecer en la terraza, que inunda un resplandor occidental? La seráfica claridad de la tarde, apaciguando su alma rebelde, acaso le inclinaría... Pero no, huye de este consejo. Por la incómoda escalera de caracol gana el patio, que atraviesa. Esta prisa del lisiado es trágica para nosotros, que conocemos a costa de qué esfuerzo da cada paso y a costa de qué dolor hace cada esfuerzo. ¿Cuándo veremos emplear para el bien una energía tan salvaje? Algunas veces un gemido escapa de sus labios retorcidos; sus facciones se alteran. ¿A dónde le lleva su rabia impía?

La Virgen -que, con sus manos oferentes, dejando fluir la gracia y el reflejo de los rayos celestes sobre el mundo, vigila la casa y hasta acaso intercede por los blasfemos- no es una de esas esculturas modernas como las que fabrica en nuestros días con el cartón romano plástico de Blafaphas la casa de arte Fleurissoire-Levichon. Imagen ingenua, expresión de la adoración popular, es así más bella y elocuente a nuestros ojos. Iluminando la cara exangüe, las manos radiantes, el manto azul, una linterna, frente a la estatua, pero bastante lejos delante de ella, cuelga de un techo de cinc que sobresale del nicho y acoge a la vez los exvotos colgados a los lados de los muros. Al alcance de la mano, una puertecita de metal, de la que el macero de la parroquia tiene la llave, protege el enrollamiento de la cuerda, a cuyo extremo pende la linterna. Además, arden día y noche ante la estatua dos cirios, que se encarga de llevar Verónica. A la vista de los cirios, que sabe arden para él, el francmasón siente reavivarse su furor. Beppo, que en el esconce del muro donde anida acababa de chascar un cuscurro de pan acompañado de unas raíces de hinojo, ha corrido a su encuentro. Sin responder a su breve saludo, Anthime lo coge por el hombro; inclinado sobre él, ¿qué dijo que hace estremecer al niño? "¡No, no!", protesta el muchacho. Del bolsillo de su chaqueta saca Anthime un billete de cinco liras; Beppo se indigna... Más tarde robará acaso; hasta puede que mate. ¿Quién sabe con qué salpicadura sórdida la miseria manchará su frente? Pero levantar la mano contra la Virgen que le protege, hacia la que, todas las tardes, antes de dormirse, suspira; a la que todas las mañanas al despertarse sonríe... Anthime podía recurrir a la exhortación, la corrupción, el maltrato, la amenaza. No obtendría más que la repulsa.

Es necesario que no nos equivoquemos; Anthime no iba precisamente contra la Virgen, sino especialmente contra los cirios de Verónica que tenía. Pero el alma sencilla de Beppo no consentía estos matices y, además, las velas, ya consagradas, nadie tenía derecho a apagarlas…

Anthime, a quien esta resistencia exaspera, ha rechazado al niño. Lo hará solo. Apoyado contra el muro, empuña su muleta por la contera, toma impulso balanceando el mango hacia atrás y con todas sus fuerzas lo arroja contra el cielo. La madera rebota contra la pared de la hornacina y cae a tierra arrastrando algunos trozos de yeso. Recoge la muleta y se echa hacia atrás para ver la hornacina… ¡Demonio! Los dos cirios siguen ardiendo. Pero ¿qué quiere decir esto? La imagen, en vez de mano derecha, tiene una varilla de metal negro.

Contempla un instante, con desilusión, el triste resultado de su gesto; venir a parar en aquel irrisorio atentado… ¡Ah! ¡Maldición! Buscaba con la mirada a Beppo; el niño ha desaparecido. La noche cierra; Anthime está solo; en el suelo ve los residuos de los destrozos que acaba de causar con la muleta y recoge un trozo de mano de escayola, que con un encogimiento de hombros desliza en el bolsillo de la americana.

Con la vergüenza en la frente, la rabia en el corazón sube ahora a su laboratorio; querría trabajar, pero el abominable esfuerzo lo ha destrozado; no se siente con fuerzas más que para dormir. Y, ciertamente, se va a ir a la cama sin dar las buenas noches a nadie… En el instante de entrar en su alcoba le detiene el murmullo de una conversación. La puerta de la alcoba vecina está abierta; se desliza en la sombra del pasillo…

Parecida a un angelote familiar, la joven Julia, en camisa, está arrodillada sobre su cama; a la cabecera del lecho, bañadas por la claridad de la lámpara, Verónica y Margarita están arrodilladas las dos; un poco detrás de pie cerca de la cama, Julio, con una mano sobre el corazón y la otra cubriendo los ojos, en una actitud a la vez devota y viril. Los tres escuchan cómo reza la niña. Un silencio prolongado envuelve la escena y hace recordar al sabio una lejana tarde tranquila y dorada, en las orillas del Nilo, donde, como se eleva esta oración infantil, se elevaba una columna de humo azul derechamente hacia un cielo puro.

Sin duda la oración toca a su fin; la niña ahora, dejando las fórmulas aprendidas, reza muy de prisa, siguiendo los dictados de su corazón; ruega por los huérfanos, por los enfermos y por los pobres, por su hermana Genoveva, por su tía Verónica, por su papá; para que el ojo de su mamá se cure pronto... Durante este tiempo el corazón de Anthime se contrae; desde la puerta, en un tono que intenta ser irónico, se le oye en el otro extremo de la habitación. Dice.

—Y para el tío, ¿no se le pide nada al buen Dios?

La niña entonces, con una voz extraordinariamente segura, dice con gran sorpresa de todos.

—Y Os ruego igualmente, Dios mío, por los pecados del tío Anthime.

Estas palabras alcanzaron al ateo en pleno corazón.

Aquella noche Anthime tuvo un sueño. Llamaban a la puerta de su alcoba, pero no a la puerta del pasillo ni a la que daba a la alcoba vecina; llamaban a otra puerta, de la que en estado de vigilia no se había dado cuenta, y que se abría directamente sobre la calle. Esto hizo que en un principio tuviese miedo y por toda respuesta se estuviese callado. Una débil claridad le permitía distinguir los objetos pequeños en la alcoba; una dulce y dudosa claridad parecida a la que esparce una lamparilla; sin embargo, no alumbraba ninguna llama. Mientras intentaba explicarse de dónde procedía aquella luz llamaron por segunda vez.

—¿Qué es lo que desea? — gritó con voz temblorosa.

A la tercera vez, una extraordinaria flojedad le entorpeció, una flojera tal que todo sentimiento de miedo se disipó (lo que más tarde llamó una ternura resignada), de pronto sintió, a la vez, que se encontraba sin fuerzas y que la puerta iba a ceder. Se abrió sin ruido y durante un instante no vio más que el oscuro vano, pero donde, como en una hornacina, aparecía la Santa Virgen. Era una pequeña forma blanca, que tomó al principio por su sobrinilla Julia, tal como acababa de dejarla, con los pies desnudos que asomaban un poco bajo la camisa; pero un instante después reconoció a Aquella a quien él había ofendido; quiero decir que tenía el aspecto de la imagen del rincón, y hasta distinguió la herida del antebrazo derecho; ahora el pálido rostro era más bello, más sonriente todavía que de costumbre. Sin que precisamente la viese

andar avanzó hacia él, como deslizándose, y cuando estuvo junto a la cabecera de la cama, dijo.

–¿Crees tú, tú que me has herido, que tengo necesidad de mi mano para curarte? – y levantaba sobre él su brazo roto.

Ahora le parecía que la extraña claridad emanaba de Ella. Pero cuando la lanza de metal le entra de golpe en el costado, un atroz dolor le conmueve y se despierta en la noche.

Anthime queda cerca de un cuarto de hora sin darse cuenta de nada. Sentía por todo el cuerpo una especie de torpeza extraña, de embotamiento, después un hormigueo casi agradable, de manera que el dolor agudo del costado dudaba ahora si lo habría sentido efectivamente; no era capaz de determinar dónde comenzaba y dónde acababa su sueño, ni si ahora estaba despierto, ni si hacía un momento había soñado. Se palpa, se pellizca, comprueba, saca un brazo de las sábanas y, por último, enciende una cerilla.

Verónica, a su lado, dormía con la cara vuelta hacia la pared.

Entonces, saliendo de las sábanas y retirando las mantas, se deslizó hasta poner las puntas de los pies desnudos sobre las pantuflas. La muleta estaba allí apoyada en la mesilla de noche; sin cogerla se levantó sobre las manos, empujando la cama hacia atrás; después metió los pies en las zapatillas, se enderezó sobre las piernas, y, todavía incierto, con un brazo extendido hacia adelante y el otro hacia atrás, dio un paso, dos pasos a lo largo de la cama, tres pasos después a través de la alcoba… ¡Virgen Santa! ¿Era él?… Sin ruido se puso los pantalones, cogió su chaleco, su chaqueta… Detente, ¡oh imprudente pluma mía! Donde palpita ya el ala de un alma que se liberta, ¿qué importa la agitación inhábil de un cuerpo paralizado que cura?

Cuando un cuarto de hora después Verónica, advertida por no sé qué presentimiento, se despierta, se inquieta al principio al no sentir a Anthime cerca de ella; se inquieta todavía más cuando, después de haber encendido una cerilla, ve a la cabecera de la cama la muleta, compañera obligada del enfermo. La cerilla se consume entre sus dedos, porque Anthime, al salir, se había llevado la bujía; Verónica, a tientas, se viste a la ligera, y después, abandonando la alcoba a su vez, se guía por el hilo de luz que sale por debajo de la puerta de la buhardilla.

—¡Anthime! ¿Estás ahí, querido?

No obtuvo respuesta. Sin embargo, Verónica se puso a escuchar y percibió un ruido singular. Con angustia, entonces, empujó la puerta. Lo que vio la dejó clavada sobre el suelo.

Su Anthime estaba allí, ante ella; no es ni sentado ni de pie; su cabeza, a la altura de la mesa, recibía de lleno la luz de la bujía que había dejado sobre el borde; Anthime el sabio, el ateo, aquel cuyas piernas tullidas, no más que la voluntad insumisa, no se habían doblegado desde hacía años (porque hay que señalar cómo en él el espíritu marchaba paralelamente con el cuerpo), Anthime estaba arrodillado.

Estaba de rodillas Anthime; tenía entre las manos un trocito de escayola que humedecía con las lágrimas, que cubría de frenéticos besos. No se alteró en absoluto, y Verónica, ante aquel misterio, sobrecogida, no se atrevía ni a entrar ni a retroceder. Ya pensaba en arrodillarse ella también en el suelo, ante su marido, cuando éste se levantó sin esfuerzo, ¡oh milagro!, y se encaminó hacia ella con paso seguro y la abrazó.

—Desde este momento -le dijo, apretándola contra su corazón y con el rostro inclinado hacia ella-, desde este momento, querida, rezarás conmigo.

La conversión del francmasón no podía permanecer secreta mucho tiempo. Julio de Baraglioul no esperó ni un día para dar cuenta al cardenal André, que lo propaló en el partido conservador y en el alto clero francés, en tanto que Verónica lo anunciaba al padre Anselmo, de manera que la noticia llegó muy pronto a los oídos del Vaticano.

Sin duda Armand-Dubois había sido objeto de un señalado favor. Que se le hubiera aparecido la Virgen era realmente una imprudencia afirmarlo; pero, aunque la hubiera visto en sueños, su curación, al menos, estaba allí, innegable, demostrable, seguramente milagrosa.

Ahora bien, si podía ser suficiente para Anthime haberse curado, no era bastante para la Iglesia, que reclama una abjuración manifiesta pretendiendo rodearla de un ruido insólito.

—¡Y qué! — le decía algunos días después de esto el padre Anselmo-. Durante vuestros errores, habría propagado usted por todos los

medios la herejía ¿y se sustrae ahora a la superior enseñanza que el cielo espera obtener de usted mismo? ¡A cuántas almas los falsos resplandores de vuestra vana ciencia no han apartado de la luz! A usted le toca hoy volverlos al camino. ¿Y dudará hacerlo? ¿Qué digo le toca? Es un deber ineludible, y no le haré la injuria de suponer que no lo cumpla.

No, Anthime no se desentendía de aquel deber; no obstante, no dejaba de temer las consecuencias. Importantes intereses que tenía en Egipto estaban, ya lo hemos dicho, en manos de los francmasones. ¿Qué podía hacer sin la ayuda de la Logia? ¿Y cómo esperar que continuaría sosteniendo a aquel que precisamente la negaba? Como había esperado de ella su fortuna, se veía ahora arruinado.

Se confesó al padre Anselmo. Éste, que no conocía el alto grado de Anthime, se alegró sobremanera al pensar que la abjuración sería mucho más señalada. Dos días más tarde el alto grado de Anthime no era un secreto para ninguno de los lectores del Osservatore ni de la Santa Croce.

—Me pierde usted -decía Anthime.

—¡Ah, hijo mío! Al contrario -respondía el padre Anselmo-; le proporcionamos la salud. En cuanto a lo que respecta a las necesidades materiales, no se preocupe; la Iglesia subvendrá. He hablado durante mucho tiempo de su caso con el cardenal Pazzi, que ha debido contárselo a Rampolla, y le diré, por último, que ya su abjuración no es ignorada de nuestro Santo Padre. La Iglesia sabrá reconocer lo que sacrifica por ella y no creo que quede usted frustrado. En resumen. ¿no cree que exagera usted la eficacia (y sonreía) de los francmasones en el caso? ¡No es que yo no sepa que es preciso frecuentemente contar con ellos!... En fin, ¿ha calculado usted lo que cree que su hostilidad puede hacerle perder? Dígame la suma aproximadamente y... (levantó el índice de la mano izquierda a la altura de la nariz con una benignidad maliciosa) y no tema nada.

Diez días después de las fiestas del Jubileo, la abjuración de Anthime se hizo en Gesü, rodeada de una pompa excesiva. No voy a relatar esta ceremonia, de la que se ocuparon todos los periódicos italianos de la época. El padre T., socius del general de los jesuitas, pronunció en esta ocasión uno de sus más importantes discursos. Ciertamente el alma del francmasón estaba atormentada hasta la locura y el mismo exceso de su odio era un presagio de amor. El

orador sagrado evocaba a Saulo de Tarso, descubría ante la gesta iconoclasta de Anthime y el lapidamiento de San Esteban analogías sorprendentes. Y mientras la elocuencia del reverendo padre se hinchaba y rodaba a través de la nave como retumba en una gruta sonora el oleaje, Anthime pensaba en la frágil voz de su sobrina y en lo íntimo de su corazón agradecía a la niña el haber llamado sobre los pecados del tío impío la atención misericordiosa de aquella a quien él quería únicamente servir en adelante.

A partir de aquel día, lleno de más altas preocupaciones, apenas se dio cuenta Anthime del ruido que se hacía en torno a su nombre. Julio de Baraglioul había tomado sobre sí el trabajo de sufrir por él, y no abría los periódicos sin que el corazón se le sobresaltara. A los primeros entusiasmos de las hojas ortodoxas respondían ahora los abucheos de los órganos liberales; al importante artículo del Osservatore, "Una nueva victoria de la Iglesia", hacía pareja la diatriba del Templo Felice, "Un imbécil más". En fin, en la Dépêche de Toulouse, la crónica de Anthime, enviada la antevíspera de su curación, apareció precedida de una noticia burlona; Julio respondió en nombre de su cuñado con una carta a la vez digna y seca para advertir a la Dépêche de que no contara más en adelante con el "converso" entre sus colaboradores. El Zukunft se tomó la delantera y despidió correctamente a Anthime. Este aceptó los golpes con el rostro sereno que corresponde a un alma verdaderamente devota.

—Afortunadamente, el Correspondant te abrirá sus puertas; de esto respondo -decía Julio con una voz sibilante.

—Pero, querido amigo, ¿qué quieres que escriba yo en el periódico? —objetaba benévolamente Anthime-. Nada de lo que me ocupaba ayer me interesa hoy.

Después, silencio. Julio había tenido que volverse a París.

Anthime, sin embargo, presionado por el padre Anselmo, había abandonado dócilmente Roma. Su ruina material había seguido pronto al retraimiento del apoyo de las Logias; y las visitas, a las cuales Verónica, que confiaba en el apoyo de la Iglesia, le empujaba, no habían tenido otro resultado que el de cansar y, finalmente, indisponer al alto clero. Amistosamente se le aconsejó que fuese a aguardar a Milán la compensación antes prometida y los auxilios de un favor celestial tan pregonado.

LIBRO SEGUNDO.

JULIO DE BARAGLIOUL.

Pues no hay jamás que impedir el retorno a nadie.

RETZ, VIII, p. 93.

El 30 de marzo, a medianoche, los Baraglioul llegaron a París y se reintegraron a su casa de la calle de Verneuil.

En tanto que Margarita se preparaba para la noche, Julio, con una lamparilla en la mano y las zapatillas en los pies, entraba en su gabinete de trabajo, al que no se reintegraba nunca sin agrado. El decorado de la habitación era sobrio; algunos Lépine y un Boudin colgaban de las paredes; en un rincón, sobre un pedestal en mármol, el busto de su mujer, por Chapu, ponía una nota un poco cruda. En medio de la habitación, una mesa Renacimiento enorme, donde, desde su marcha, se amontonaban libros, folletos y prospectos; en una bandeja de esmalte con compartimientos, algunas tarjetas de visita dobladas, y separada de lo demás, apoyada de modo visible sobre un bronce de Barye, una carta en la que Julio reconoció la letra de su anciano padre. Rasgó el sobre y leyó.

Mi querido hijo.

Mis fuerzas han disminuido bastante estos últimos días. Por algunos síntomas que no engañan comprendo que ya es hora de ir haciendo el equipaje. Además, de nada me aprovecharía esperar una estancia más prolongada.

Ya sé que has regresado a París esta noche y espero que querrás hacerme pronto un favor. En vista de algunas disposiciones de las que te daré cuenta en seguida, tengo necesidad de saber si un joven, llamado Lafcadio Wluiki (se pronuncia Lu-ki, la W y la I apenas se notan) vive todavía en el 12 del callejón Claudio Bernard.

Te agradecería que fueses a esta dirección y solicitaras ver al susodicho. (Encontrarás fácilmente, ya que eres novelista, un pretexto para llegar hasta él.) Me interesa conocer.

Primero. Lo que hace este joven.

Segundo. Lo que piensa hacer (¿tiene ambiciones?, ¿de qué orden?).

Tercero. En fin, me indicarás lo que te parezcan ser sus recursos, sus facultades, sus apetitos, sus gustos...

No pretendas verme ahora; estoy de muy mal humor. Estos informes puedes escribírmelos en algunas palabras. Si tengo ganas de charlar y me siento próximo al gran viaje, ya te avisaré.

Te abraza.

JUSTO-AGENOR DE BARAGLIOUL.

Post Data,— No dejes entender que vas de mi parte; el joven no me conoce y debe continuar sin conocerme.

Lafcadio Wluiki tiene en la actualidad diecinueve años. Es rumano.

Huérfano.

He hojeado tu último libro. Si después de esto no entras en la Academia, es imperdonable que hayas escrito esas tonterías.

No se podía negar. El último libro de Julio tenía mala prensa. Aunque fatigado, el novelista recorría los recortes de los periódicos, donde se citaba su nombre sin benevolencia. Después abrió una ventana y respiró el aire brumoso de la noche. Las ventanas del gabinete de Julio daban sobre los jardines de la Embajada, estanque de sombra lustral donde el espíritu y los ojos se lavaban de las villanías del mundo y de la calle. Escuchó algunos momentos el canto puro de un mirlo invisible. Después entró en la alcoba donde Margarita reposaba ya.

Como temiese el insomnio cogió de la cómoda un frasco de agua de azahar, de la que hacía frecuente uso. Cuidadoso de las amabilidades conyugales, había tenido la precaución de colocar alejada de la durmiente la lámpara con la mecha baja; pero un ligero tintineo del cristal, cuando después de haber bebido dejó el vaso, sacó de su profundo sueño a Margarita, que, lanzando un gemido animal, se volvió del lado de la pared.

Julio, encantado de tener pretexto para despertarla, se acercó a ella, y mientras se desnudaba dijo.

—¿Quieres saber cómo habla mi padre de mi libro?

—Querido, tu pobre padre no tiene ningún sentido literario; me lo has dicho cien veces -murmuró Margarita, que no deseaba más que dormir.

Pero Julio tenía demasiado oprimido el corazón.

—Dice que es imperdonable que haya escrito esas tonterías.

Se produjo un largo silencio, en el que se sumergió Margarita, perdiendo de vista toda literatura, y ya Julio se hacía a la idea de estar solo, pero ella hizo, por amor a su esposo, un gran esfuerzo y volvió a la superficie.

—Espero que no vayas a molestarte por eso.

—Tomo la cosa muy fríamente, ya lo ves -repuso en seguida Julio-. Pero me parece que mi padre no debía expresarse así; mi padre menos que nadie, y precisamente a propósito de este libro, que no es, propiamente hablando, más que un monumento en su honor.

¿No era precisamente, en efecto, la carrera tan representativa del viejo diplomático lo que Julio había relatado en aquel libro? Ante las turbulencias románticas, ¿no había exaltado la digna, tranquila, clásica y a la vez política y familiar existencia de Justo Agenor?

—Tú no has escrito, afortunadamente, ese libro para que te estuviese agradecido.

—Me da a entender que he escrito el "Aire de las cumbres" para entrar en la Academia.

—¡Y aunque fuese así! ¡Aunque entraras en la Academia por haber escrito un buen libro! – Y después, en un tono de resignación-. ¡En fin!

Esperemos que los periódicos y las revistas le enteren.

Julio estalla.

—¡Los diarios! ¡Ya hablan!... ¡Las revistas! – Y furiosamente, dirigiéndose a Margarita, como si ella también tuviese culpa, con una risa amarga-. Me tratan mal en todas partes.

Al exabrupto Margarita se despabiló completamente.

—¿Has recibido muchas críticas? – preguntó solícita.

—Y elogios de una conmovedora hipocresía.

—¡Qué bien haces en despreciar a esos periodistas! Pero acuérdate de lo que te ha escrito anteayer M. de Vogüé. "Una pluma como la suya defiende a Francia como una espada."

—"Una pluma como la suya, contra la barbarie que nos amenaza, defiende a Francia mejor que una espada" -rectifica Julio.

—Y el cardenal André, al prometerte su voto, te ha confirmado recientemente que tenías detrás de ti a toda la Iglesia.

—¡Valiente cosa! — ¡Pero, querido!...

—Acabamos de ver con Anthime lo que vale la alta protección del clero.

—Julio, no te exasperes. Tú me has dicho muchas veces que no trabajas en busca de recompensas, ni de la aprobación de los demás, y que la tuya te basta; y hasta has escrito acerca de esto hermosas páginas.
— Ya lo sé, ya lo sé -dijo Julio impaciente. Para su dolor profundo no eran suficientes aquellas tisanas. Pasó al tocador.

¿Por qué se dejaba arrastrar ante su mujer por aquel desbordamiento lastimoso? Su inquietud, que no es del tipo de aquellas que las esposas saben aminorar, por orgullo, por vergüenza, debía encerrarla en su corazón. "¡Tonterías!" La palabra, mientras se lavaba los dientes, le golpeaba las sienes, trastornaba sus más nobles pensamientos. ¡Y qué importaba su último libro! Olvidaba la frase de su padre, por lo menos olvidaba que viniera de su padre... Una interrogación horrible, por primera vez en su vida, se alzaba ante él -en él, que no había encontrado hasta entonces más que aprobaciones y sonrisas-; una duda sobre la sinceridad de aquellas sonrisas, sobre el valor de esta aprobación, sobre el valor de sus obras, sobre la realidad de su pensamiento, sobre la autenticidad de su vida.

Entró en la alcoba llevando distraídamente en una mano el vaso para enjuagarse la boca y en la otra el cepillo; dejó el vaso, lleno a medias de agua rosada, sobre la cómoda, y dentro del vaso el cepillo, y se sentó ante un secreter de arce, donde Margarita tenía costumbre de escribir su correspondencia. Cogió el portaplumas de su esposa; sobre un papel violeta, delicadamente perfumado, comenzó.

Mi querido padre.

Recibí su carta esta tarde, al llegar. Desde mañana me dedicaré a la misión que me confía y espero llegar a satisfacerla, deseoso de probarle así mi devoción.

Porque Julio era una de esas nobles naturalezas que, bajo las ofensas, manifiestan su verdadera grandeza. Después, echando hacia atrás el busto, permaneció algunos instantes balanceando la frase con la pluma levantada.

Me es muy duro ver precisamente en usted una falta de interés que... No. Más bien.

¿Cree que estimo en menos esta probidad literaria que...

La frase no salía. Julio estaba en pijama; le pareció que iba a coger frío, rasgó el papel, volvió a coger el vaso y fue a dejarlo al lavabo, en tanto que arrojaba los trozos de papel en el cubo.

En el momento de entrar en la cama tocó en la espalda a su mujer.

—¿Y a ti qué es lo que te parece mi libro?

Margarita entreabrió un ojo lánguido. Julio tuvo que repetir la pregunta. Margarita, volviéndose a medias, le miró. Las cejas arqueadas bajo un montón de rizos, los labios contraídos, Julio daba pena.

—Pero ¿qué es lo que tienes, querido? ¡Qué! ¿Crees de verdad que tu último libro es menos bueno que los otros?

Esto no era una contestación. Margarita se esquivaba.

—Yo no creo que los otros no son mejores que éste.

—¡Oh! ¡Entonces!...

Y Margarita, ante aquellos esfuerzos, desfalleciendo de sueño y presintiendo sus cariñosos argumentos inútiles, se volvió hacia la sombra y se durmió.

A pesar de cierta curiosidad profesional y la halagüeña ilusión de que nada humano debía serle extraño, Julio había salido poco hasta el presente de las costumbres de su clase y apenas había tenido relaciones más que con gentes de su medio social. La ocasión, más que el deseo, le faltaba. A punto de salir para esta visita Julio se dio

cuenta de que no tenía el aspecto exterior que era necesario. Su abrigo, su corbata, hasta su sombrero cronstadt presentaban un no sabía qué de correcto, de distinguido... Pero acaso, después de todo, valiese más que su porte no invitase a una brusca familiaridad al joven. Es por la conversación, pensaba, por donde hay que llevarle a la confianza. Y mientras se dirigía al callejón de Claude Bernard, Julio imaginaba con qué precauciones, bajo qué pretextos introducirse allí y realizar su investigación.

¿Qué clase de negocios podía tener con este Lafcadio el conde Justo Agenor de Baraglioul? La pregunta zumbaba alrededor de Julio importuna.

No era ahora, que acababa de escribir la vida de su padre, la oportunidad para plantearse preguntas de ese género. No quería saber más que lo que su padre quisiera decirle. Estos últimos años el conde se había vuelto taciturno, pero nunca había sido hombre que anduviera con tapujos. Un chaparrón sorprendió a Julio cuando atravesaba el Luxemburgo.

Callejón de Claude Bernard, ante la puerta del doce, se hallaba estacionado un coche de alquiler, en donde Julio, al pasar, pudo distinguir bajo un gran sombrero una dama con un traje un poco chillón.

Su corazón aceleró el ritmo mientras decía el nombre de Lafcadio Wluiki al portero de la casa. Le parecía al novelista que se lanzaba a la aventura; pero al subir la escalera, la mediocridad del sitio, la insignificancia del decorado, le desanimaron; su curiosidad no encontraba donde alimentarse y cedía a la repugnancia.

En el cuarto piso, un pasillo sin estera, que no recibía más luz que la de la caja de la escalera, hacía un recodo a algunos pasos del descansillo; a derecha y a izquierda puertas cerradas; la del fondo, entreabierta, dejaba pasar un débil rayo de luz diurna. Julio llamó en vano; tímidamente empujó la puerta un poco; nadie en la habitación. Julio volvió a la portería.

—Si no está, no tardará en volver -había dicho el portero.

La lluvia caía a torrentes. En el vestíbulo, frente a la escalera, se abría una sala de espera, en la que Julio iba a entrar; el olor pringoso, el aspecto sórdido del lugar le rechazaron, hasta hacerle

pensar que habría podido empujar la puerta arriba y esperar a pie firme al joven en la habitación. Julio volvió a subir.

Cuando doblaba nuevamente el corredor, una mujer salió de la habitación vecina a la del fondo. Julio tropezó con ella y se disculpó.

—¿Qué desea usted?… —El señor Wluiki, ¿es aquí?

—Sí, ha salido.

—¡Ah! — dijo Julio con un acento de contrariedad tan vivo que la mujer le preguntó.

—¿Es urgente lo que tiene usted que decirle?

Julio, armado únicamente para afrontar al desconocido Lafcadio, estaba desconcertado; sin embargo, la ocasión era magnífica; esta mujer acaso supiera bastante acerca del joven. Si sabía, la haría hablar… —Es un informe lo que quiero pedirle.

—¿De parte de quién?

"¿Me creerá policía?", pensó Julio.

—Soy el conde Julio de Baraglioul -dijo con una voz un poco solemne, levantando ligeramente su sombrero.

—¡Oh, señor conde!… Le pido perdón por no haberle… ¡El pasillo está tan oscuro! Tenga la bondad de entrar.

La mujer empujó la puerta del fondo.

—Lafcadio no debe tardar en… Ha ido únicamente a casa de… ¡Ah!

Permítame…

Y como Julio iba a entrar se lanzó primero en la habitación hacia unos pantalones de mujer indiscretamente tirados sobre una silla; no pudiendo disimularlos, se esforzó al menos en reducirlos.

—Hay tal desorden aquí…

—¡Deje, deje! Estoy acostumbrado -decía complacidamente Julio.

Carola Venitequa era una joven bastante fuerte, o mejor, un poco gorda, pero bien formada y de aspecto sano, de rasgos comunes, pero no vulgares, y regularmente atractivos, de mirada animal y dulce y con una voz como un balido. Como se disponía a salir, un sombrerillo

flojo le cubría la cabeza; sobre su blusa, que un nudo marino cortaba por la mitad, llevaba un cuello de hombre y puños blancos.

—¿Conoce hace mucho tiempo al señor Wluiki?

—¿Podría yo darle el encargo? — volvió a decir la joven sin contestar a la pregunta.

—Verá usted... Yo quería saber si se encuentra muy ocupado por el momento.

—Eso depende de los días.

—Porque si tuviese algún tiempo libre, yo pensaba pedirle que... me hiciese un pequeño trabajo.

—¿De qué género?

—¡Ah! Precisamente, verá usted... Yo quería primero conocer un poco el género de sus ocupaciones.

La pregunta estaba hecha sin astucia, pero la apariencia de Carola no invitaba a las sutilezas. Sin embargo, el conde de Baraglioul había encubierto sus deseos; se hallaba ahora sentado en la silla que había ocupado Carola, y ésta, cerca de él, apoyada sobre la mesa, comenzaba ya a hablar cuando se oyó un gran ruido en el corredor. La puerta se abrió con estrépito y apareció la mujer que Julio había visto en el coche.

—Estaba segura -dijo-; cuando le vi subir...

Y Carola, rápidamente, se apartó un poco de Julio.

—Nada de eso, querida... Hablábamos. Mi amiga Berta Grand-Marnier.

El señor conde... ¡Perdón, he olvidado su nombre!

—No importa -dijo Julio un poco forzado estrechando la mano enguantada que Berta le ofrecía.

—Preséntame a mí también -dijo Carola.

—Escucha, pequeña; hace una hora que nos aguardan -repuso la otra después de haber presentado a su amiga-. Si quieres hablar con el señor, tráetelo; tengo abajo un coche.

—No era a mí a quien venía a ver.

—Entonces vamos. ¿Quiere usted comer con nosotros?... —Lo siento mucho.

—Dispénseme, señor -dijo Carola enrojeciendo, preocupada ahora de llevarse a su amiga-. Lafcadio va a volver de un momento a otro.

Las dos mujeres, al salir, habían dejado la puerta abierta; el pasillo, sin estera, retumbaba; el recodo que hacía impedía que se viese al que llegaba, pero se le sentía venir.

"Después de todo, mejor todavía que la mujer, espero que me ilustre la habitación", se dijo Julio.

Y tranquilamente comenzó el examen. Casi nada en aquel cuarto, vulgarmente amueblado, se prestaba a su curiosidad inexperta. Ni biblioteca, ni cuadros en las paredes. Sobre la chimenea, la Moll Flanders, de Daniel Defoe, en inglés, en una edición antigua, cortada solamente en sus dos tercios, y las Novelle, de Antón Francesco Grazzini, llamado el Lasca, en italiano. Estos dos libros intrigaron a Julio. Al lado de ellos, detrás de un frasco de alcohol de menta, una fotografía no le inquietó menos. en una playa arenosa, una mujer, no muy joven, pero extrañamente hermosa, colgada del brazo de un hombre de tipo inglés muy acusado, elegante y esbelto, en traje de "sport"; a sus pies, sentado sobre un esquife volcado, un muchacho robusto de unos quince años, de espesos cabellos rubios en desorden, de aire descarado, burlón y completamente desnudo.

Julio cogió la fotografía y la llevó a la luz para leer, en el ángulo de la derecha, algunas palabras borrosas. "Duino; julio 1886", que no le aportaron gran cosa, aunque se acordó que Duino es un pueblecito del litoral austríaco del Adriático. Meneando la cabeza de arriba a abajo y con los labios apretados, volvió a colocar la fotografía en su sitio. En el hogar frío de la chimenea se refugiaban una lata de harina de avena, un saco de lentejas y un saco de arroz; apoyado contra el muro, un poco más lejos, un tablero de ajedrez. Nada dejaba entrever a Julio la clase de estudios o de ocupaciones en las que el joven empleaba su tiempo.

Lafcadio acababa aparentemente de desayunar; sobre su mesa, en una pequeña cacerola, encima de un infiernillo, nadaba todavía aquel huevo vacío, de metal perforado, de que se sirven para preparar el té los turistas cuidadosos de los detalles, y había algunas migajas

alrededor de una taza sucia. Julio se acercó a la mesa; la mesa tenía un cajón y el cajón su llave...

No quisiera que se pensara mal de Julio por lo que voy a decir; Julio no era indiscreto; respetaba en la vida de cada uno aquel revestimiento que a cada uno agradaba darle; tenía un gran respeto por la decencia. Pero ante la orden de su padre debía plegar su carácter. Esperó todavía un momento, escuchando, y después, al no oír a nadie llegar -a pesar suyo, contra sus principios, pero con el sentimiento delicado del deber- sacó de la mesa el cajón cuya llave no estaba echada.

Un "carnet" forrado de piel de Rusia se encontraba allí; Julio lo cogió y lo abrió. En la primera página leyó estas palabras de la misma escritura que las de la fotografía.

A Cadio, para que lleve sus cuentas.

A mi leal compañero.

Su tío, Faby

Y debajo, sin separación, casi, con una escritura infantil, derecha y regular.

Duino. Aquella mañana, 10 de julio 86, lord Fabián vino unirse con nosotros aquí. Me trajo un esquife, una carabina este bonito "carnet".

En la primera página no había escrito nada más.

En la tercera página, con la fecha de 29 de agosto, se leía.

Saqué 4 brazas a Faby. Y al día siguiente.

Saqué 12 brazas...

Julio comprendió que no era más que un "carnet" de entrenamiento. La lista de los días, sin embargo, se interrumpía pronto, y después de una página en blanco se leía.

20 de septiembre. Salida de Argel para Aures.

Después algunas indicaciones de sitios y fechas, y por último, este dato. 5 de octubre. regreso a El Kantara. 50 kilómetros a caballo, sin parar.

Julio volvió algunas hojas blancas; pero un poco más lejos el "carnet" parecía comenzar de nuevo. A manera de nuevo título, a la cabeza de una página, había escrito en caracteres muy grandes y esmerados.

QUI INCOMINCIA IL LIBRO DELLA NOVA ESIGENZA E DELLA SUPREMA VIRTÙ.

Después, debajo, a guisa de epígrafe.

"Tanto quanto se ne taglia"

BOCCACCIO.

Ante la expresión de ideas morales, el interés de Julio se despertó bruscamente; era caza para él. Pero a la página siguiente quedó decepcionado; no había más que contabilidad sin ningún orden. Se leía sin más indicaciones de fechas ni de sitios.

Por haber ganado a Protos al ajedrez, 1 punta.

Por haber demostrado que hablo italiano, 3 puntas.

Por haber respondido antes que Protos, 1 punta.

Por haber tenido la última palabra, 1 punta.

Por haber llorado al saber la muerte de Faby, cuatro puntas.

Julio, que leía apresuradamente, tomó "punta" por una moneda extranjera, y no vio en estas cuentas más que un mezquino comercio de méritos y de retribuciones. Después, de nuevo las cuentas cesaban. Julio volvió aún la página y leyó.

4 de abril, conversación con Protos.

¿Comprendes tú lo que hay en estas palabras, pasar a otro?

Aquí terminaba la escritura.

Julio se encogió de hombros, apretó los labios, movió la cabeza y puso en su sitio el cuaderno. Sacó el reloj, se levantó, se acercó a la ventana y miró hacia fuera; la lluvia había cesado. Se dirigió al rincón del cuarto donde al entrar había dejado su paraguas. En este momento fue cuando vio, apoyado en el quicio de la puerta, a un joven guapo y rubio que le observaba sonriendo.

El adolescente de la fotografía había madurado apenas; Justo-Agenor había dicho. diecinueve años; no representaba arriba de dieciséis. Ciertamente Lafcadio acababa de llegar; al dejar en su sitio el "carnet", Julio había mirado hacia la puerta y no había visto a nadie; pero ¿cómo no le había oído llegar? Entonces, instintivamente, miró los pies del joven y vio Julio que a guisa de botines se había puesto chanclos.

Lafcadio sonreía con una sonrisa que no tenía nada de hostil; parecía más bien divertido, pero irónico; no se había quitado una gorra de viaje, pero cuando se encontró con la mirada de Julio se descubrió y se inclinó ceremoniosamente.

—¿El señor Wluiki? – preguntó Julio. El joven se inclinó de nuevo sin responder. – Perdóneme que me haya instalado en su habitación para esperarle. A decir verdad, no hubiera osado entrar si no me hubiesen introducido.

Julio hablaba más de prisa y más alto que de cosj tumbre para convencerse de que no estaba molesto. La frente de Lafcadio se frunció casi insensiblemente; fud hacia el paraguas de Julio, sin decir una palabra lo cogió y lo puso a escurrir en el pasillo; después, entrando nuevamente en la habitación, indicó a Julio que se sentara.

—¿Sin duda le sorprenderá verme?

Lafcadio sacó tranquilamente un cigarrillo de una pitillera de plata y lo encendió.

—Voy a explicarle en pocas palabras las razones que me traen y que usted comprenderá en seguida…

Mientras más hablaba, más sentía volatilizarse su firmeza.

—He aquí… Pero permítame primero que me presente.

Después, como molesto por tener que pronunciar su nombre, sacó de su americana una tarjeta y la ofreció a Lafcadio, que la colocó, sin mirarla, sobre la mesa.

—Yo estoy… acabo de terminar un trabajo bastante importante; es un trabajo corto que no he tenido tiempo de poner en limpio yo mismo. Me han hablado de usted y de su excelente escritura, y yo he pensado… Por otra parte -aquí la mirada de Julio circuló

elocuentemente por la habitación desnuda-, he pensado que acaso a usted no le incomodase que...

—No hay nadie en París -interrumpió entonces Lafcadio-, nadie que haya podido hablarle de mi escritura.

Dirigió entonces una mirada al cajón donde Julio había, sin duda, hecho saltar un imperceptible sello de cera blanda; después echó violentamente la llave, la sacó de la cerradura y se la guardó en el bolsillo.

—Nadie que tenga derecho a hablar -reanudó, mirando a Julio enrojecer-. Además (hablaba muy lentamente, como un tonto, sin entonación ninguna) no comprendo claramente todavía las razones que puede tener el señor... (miró la tarjeta), que puede tener para interesarse particularmente por mí el conde Julio de Baraglioul. Sin embargo (y su voz, de pronto, a semejanza de la de Julio, se hizo untuosa y flexible), su oferta merece ser tomada en consideración por quien tenga necesidad de dinero, como usted habrá notado. (Se levantó). Tenga la bondad, señor, de venir por mi contestación mañana por la mañana.

La invitación para que se marchase era clara. Julio comprendió que se encontraba en mala situación para insistir, tomó su sombrero y vaciló un instante.

—Hubiera querido hablar con usted primero -dijo torpemente-.

Permítame esperar que mañana... Le esperaré desde las diez.

Lafcadio se inclinó.

Tan pronto como Julio dobló el pasillo, Lafcadio empujó la puerta y echó el cerrojo. Corrió al cajón, sacó su cuaderno, lo abrió por la última página indiscreta y, precisamente en el lugar donde, desde hacía meses, lo había dejado, escribió con lápiz en grandes caracteres, que denotaban su cólera, muy diferentes de los primeros.

Por haber dejado a Olibrius meter su puerca nariz en este cuaderno = 1 punta.

Sacó de su bolsillo un cortaplumas, cuya hoja, muy afilada, no era más que una especie de punzón corto; lai flameó con una cerilla, y a través del bolsillo de su pantalón, de un golpe se la clavó en el

muslo. No pudo¡ reprimir una mueca. Pero aquello no era bastante. Debajo de la frase, sin sentarse, inclinado sobre la mesa, escribió.

Y por haberle demostrado que lo sé = 2 puntas.

Esta vez dudó; se desabrochó el pantalón y lo bajó de un lado. Miró su pierna donde la heridita que acababa de hacerse sangraba; examinó viejas cicatrices qua parecían señales de vacuna. Flameó de nuevo el punzón, y después, muy de prisa, por dos veces, se lo clavó en la carne.

—No tomaba antes tantas precauciones -se dij mientras iba por el frasco de alcohol de menta y vertía algunas gotas sobre las heridas.

Su cólera se había calmado un poco, cuando, al dejar, el frasco, notó que la fotografía que le representaba con su madre no estaba, indudablemente, en el mismo sitio. Entonces la cogió, la contempló una última vez con una especie de angustia, y después, mientras una oleada de sangre le subía a la cara, la rompió rabiosamente. Quisa quemar los trozos, pero la llama prendía mal en ellos; entonces, desalojando la chimenea de los sacos que la ocupaban, colocó en el hogar, a manera de morillos, sus dos únicos libros, despedazó, destrozó el "carnet", arrojó encima su retrato y prendió fuego a todo.

Con la cara junto a la llama se persuadió de que veía arder aquellos recuerdos con un contento indecible; pero cuando se levantó, después de haber quedado todo reducido a cenizas, se le iba un poco la cabeza. Fue al lavabo y se remojó la frente.

Miró la tarjeta de visita con más tranquilidad.

—Conde Julio de Baraglioul -repetía-. Dapprima importa sapere chi é.

Arrancó el pañuelo que llevaba a guisa de corbata y de cuello, se desabrochó a medias la camisa, y ante la ventana abierta dejó que el aire fresco le acariciara los costados. Después, con una prisa repentina por salir, se calzó y encorbató prontamente, se encasquetó un decente fieltro gris, y apaciguado y ordenado en la medida de lo posible, Lafcadio cerró tras él la puerta de su habitación y se encaminó hacia la plaza de San Sulpicio. Allí, ante

la alcaldía, en la biblioteca Cardenal, encontraría sin duda los informes que deseaba.

Al pasar bajo el odeón, la novela de Julio, allí expuesta, atrajo sus miradas; era un libro de portada amarilla, cuyo solo aspecto hubiera hecho bostezar a Lafcadio cualquier otro día. Se palpó el bolsillo del chaleco y arrojó un escudo sobre la caja.

—¡Qué hermoso fuego para esta tarde! — pensó al recoger el libro y las monedas.

En la biblioteca, un diccionario de contemporáneos trazaba en pocas palabras la carrera amorfa de Julio, daba el título de sus obras y las elogiaba en términos convencionales, propios para matar todo deseo.

—¡Puah! — hizo Lafcadio.

Iba a cerrar el diccionario, cuando tres palabras del artículo precedente le sobresaltaron. Algunas líneas por encima de. "Julio de Baraglioul (vizconde)", en la biografía de " Justo-Agenor", Lafcadio leyó. "Ministro en Bucarest en 1873". ¿Qué tenían estas sencillas palabras para hacer latir así su corazón?

Lafcadio, a quien su madre había dado cinco tíos, no había conocido nunca a su padre; aceptaba tenerle por muerto y se había abstenido siempre de hacer preguntas sobre esto. En cuanto a los tíos (cada uno de nacionalidad diferente y tres de ellos diplomáticos), comprendió en seguida que no tenían con él otro parentesco que el que placía a la bella Wanda concederles. Lafcadio acababa de cumplir diecinueve años. Había nacido en Bucarest en 1874, precisamente al final del segundo año en que el conde de Baraglioul había sido retenido allí por sus funciones.

Puesto sobre aviso por la visita misteriosa de Julio, ¿cómo no había de ver en ello algo más que una fortuita coincidencia? Hizo un gran esfuerzo para leer el artículo " Justo-Agenor", pero las líneas daban vueltas ante sus ojos. Al menos comprendió que el conde de Baraglioul, padre de Julio, era un hombre importante.

Una alegría insolente estalló en su corazón con tal fuerza que pensó si la oirían desde fuera. Pero no, esta envoltura carnal era decididamente sólida, impermeable. Contempló socarronamente a sus vecinos, consuetudinarios de la sala de lectura, absortos en su

trabajo estúpido... Calculó. "Nacido en 1821, el conde tendría setenta y dos años. Ma chi sa se vive ancora?..." Colocó en su sitio el diccionario y salió.

El azul se desprendía de algunas nuoes ligeras que empujaba una brisa bastante viva. "Importa di domesticare questo nuovo proposito", se dijo Lafcadio, que aprisionaba desde la raíz toda libre disposición de sí mismo, y desesperando de poner en orden esas turbulentas ideas resolvió desterrarlas por un momento de su cerebro. Sacó del bolsillo la novela de Julio e hizo un gran esfuerzo para distraerse con ella; pero el libro estaba hecho sin trampa ni misterio y nada más a propósito para permitirle escapadas.

–¡Y es en casa del autor de "esto" donde voy yo a hacer mañana de secretario! – se repetía a pesar suyo.

Compró un periódico en un quiosco y entró en el Luxemburgo. Los bancos estaban mojados; abrió el libro, se sentó encima y desplegó el periódico para leer las noticias varias. En seguida, como si hubiese sido un deber suyo encontrarlas allí, sus ojos cayeron sobre estas líneas.

"La salud del conde Justo-Agenor de Baraglioul, que, como se sabe, había causado grandes inquietudes estos últimos días, parece restablecerse.

Su estado es todavía delicado y no le permite recibir más que a los íntimos." Lafcadio saltó del banco; en un instante adoptó una resolución. Olvidando el libro se lanzó hacia una papelería de la calle Médicis, donde se acordaba haber visto, en el escaparate, un anuncio de "Tarjetas de visita al minuto, a tres francos el ciento." Al andar sonreía; la osadía de su proyecto era bastante para divertirle, porque se encontraba ansioso de aventuras.

–¿En cuánto tiempo puede hacerme un ciento de tarjetas? – preguntó al comerciante.

–Puede usted tenerlas antes de la noche.

–Le pagaré el doble si me las hace en dos horas.

El comerciante fingió consultar su libro de pedidos.

–Para servirle... sí, puede usted pasar a recogerlas dentro de dos horas.

¿A qué nombre?

Entonces, sobre la hoja que le ofrecía el hombre, sin temblar, sin enrojecer, pero con el corazón un poco acelerado, escribió.

LAFCADIO DE BARAGLIOUL

—Este ganapán no me toma en serio -se dijo al salir, molesto por no haber recibido un saludo más profundo del proveedor. Después, al pasar ante la luna de un escaparate-. ¡Hay que reconocer que no tengo el aire de Baraglioul! Procuraremos en adelante parecernos un poco más.

No era todavía mediodía. Lafcadio, a quien llenaba una exaltación fantástica, no sentía todavía ningún deseo de comer.

—Caminemos un poco primero o voy a salir volando -pensaba-. Y marchemos por en medio de la calzada; si me acerco a ellos, estos transeúntes se van a dar cuenta de que les llevo más de la cabeza. Otra superioridad que hay que ocultar. No se acaba nunca de hacer un aprendizaje.

Entró en una oficina de correos.

—Plaza Malesherbes… ¡Eso será para luego! – se decía, al buscar en un anuario la dirección del conde Justo-Agenor-. Pero ¿qué me impide hoy por la mañana realizar un reconocimiento hasta la calle de Verneuil? (ésta era la dirección escrita en la tarjeta de Julio).

Lafcadio conocía aquel barrio y le gustaba; dejando las calles demasiado concurridas, dio la vuelta por la tranquila calle de Vaneau, donde su reciente alegría podía respirar más a gusto. Al dar la vuelta a la calle de Babilonia vio correr gente; cerca del callejón Oudinot un grupo bullicioso se formaba ante una casa de dos pisos de la que salía una espesa humareda.

Y se esforzó por no alargar el paso, a pesar de que lo tenía bastante ágil…

Lafcadio, amigo mío, has caído en la sección "noticias policiales" y mi pluma te abandona. No esperes que relate las exclamaciones de una muchedumbre, los gritos…

Penetrando, atravesando esta turba como una anguila, Lafcadio se colocó en primera fila. Allí sollozaba una mendiga arrodillada.

—¡Mis hijos! ¡Mis hijitos! — decía.

Una joven la sostenía, cuya indumentaria elegante denunciaba que no tenían ningún parentesco; muy pálida y tan bella que, atraído por ella, Lafcadio la interrogó.

—No, señor, no la conozco. Todo lo que he podido comprender es que sus dos niños están en una habitación del segundo piso, donde bien pronto llegarán las llamas; ya han invadido la escalera; se ha avisado a los bomberos, pero antes que lleguen, el humo habrá asfixiado a esos pequeños... Diga, señor. ¿no sería posible llegar al balcón por ese muro y ver de utilizar la cañería que baja? Es un camino que ya han utilizado los ladrones, dicen aquí; pero lo que otros hacen para robar no hay nadie que lo haga por salvar a unos niños. Nadie intenta hacerlo. En vano he ofrecido este bolsillo. ¡Ah, si yo fuese un hombre!...

Lafcadio no escuchó más. Puso su bastón y su sombrero a los pies de la joven y se lanzó. Para escalar el muro no pidió auxilio a nadie; en este momento, derecho, avanzaba sobre la cresta, evitando los cascotes de que estaba erizada.

Pero el asombro de la gente se redobló cuando, agarrándose a la cañería, le vieron subir a fuerza de brazos, apoyándose apenas aquí y allá con la punta de los pies. Ya toca el balcón y con una mano se agarra a la barandilla; la muchedumbre le admira inmóvil, porque verdaderamente su agilidad es perfecta. De un golpe con el hombro hace saltar los cristales y desaparece en la habitación... Un momento de espera y de angustia indecibles...Después se le ve reaparecer con un chiquillo llorando en brazos. Con una sábana que ha desgarrado y cuyos extremos anudó, ha hecho una especie de cuerda; ata al niño y lo desciende hasta los brazos de

su madre desesperada. El segundo, de la misma manera...

Cuando Lafcadio descendió a su vez, la muchedumbre le aclamó como a un héroe.

—Me toman por un "clown" -pensó, exasperado, al sentirse enrojecer y rechazando la ovación con un mal talante brutal.

Pero cuando la joven, a la cual se había acercado nuevamente, le tendió confusa, con el bastón y el sombrero, la bolsa que había prometido, la cogió él riendo, y después de sacar los sesenta francos

que contenía, dio el dinero a la pobre madre, que todavía ahogaba a sus hijos a fuerza de besos.

—¿Me permite usted que me guarde el bolsillo como recuerdo suyo, señorita?

Era un bolsillo bordado, que besó. Ambos se miraron un instante. La joven parecía conmovida, más pálida todavía y como deseosa de hablar. Pero bruscamente huyó Lafcadio, hendiendo la muchedumbre con su bastón, con el ceño tan fruncido que pararon casi de pronto de aclamarle y de seguirle. Volvió al Luxemburgo, y después, tras una frugal comida en Gambrinus, junto al Odeón, subió presuroso a su habitación. Bajo una tabla del piso escondía sus recursos; tres monedas de veinte francos y una de diez salieron del escondrijo. Calculó.

—Tarjetas de visita, seis francos; un par de guantes, cinco francos; una corbata, cinco francos. ¿Y qué es lo que voy a encontrar por este precio? Un par de zapatos, treinta y cinco francos. No les pediré que me duren mucho.

Quedan diez y nueve francos para imprevistos.

Sentía horror a las deudas y Lafcadio pagaba siempre al contado.

Fue al armario y sacó un traje completo de "cheviot" oscuro, de corte perfecto y poco usado.

—Lo malo es que he crecido desde... -se dijo, recordando la brillante época, no lejana, en que el marqués de Gesvres, su último tío, le llevaba muy elegante a casa de sus proveedores.

El descuido en el vestir era para Lafcadio tan enojoso como para el calvinista una mentira.

—O más importante todavía. mi tío de Gesvres decía que se reconoce al hombre por su calzado.

Y por miramiento a los zapatos que iba a comprarse comenzó por cambiar de calcetines.

El conde Justo-Agenor de Baraglioul no había salido desde hacía cinco años de su lujoso cuarto de la plaza de Malesherbes. Allí era donde se preparaba a morir, errando pensativo en aquellas salas llenas de colecciones o, con más frecuencia, confinado en su alcoba y entregando sus hombros y sus brazos doloridos a la acción

bienhechora de los paños calientes y de las compresas sedativas. Un enorme pañuelo color madera envolvía su cabeza admirable a manera de turbante, cuya extremidad quedaba flotando; y el espeso chaleco de lana sostenía su barba de cascada de plata. Sus pies, metidos en unas babuchas de cuero blanco, se apoyaban sobre un cojín de agua templada. Sumergía alternativamente sus manos exangües en un baño de arena caliente, bajo el que ardía una lamparilla de alcohol. Un chai gris le cubría las rodillas. Ciertamente se parecía a Julio, pero más todavía a algún retrato del Ticiano. Julio no era más que una reproducción fría de sus rasgos, igual que en su Aire de las cumbres; no había dado más que una imagen dulzona de su vida y la había reducido a la insignificancia.

Justo-Agenor de Baraglioul bebía una taza de tisana y escuchaba una homilía del padre Avril, su confesor, al que había tomado la costumbre de consultar con frecuencia. En este momento llamaba a la puerta y el fiel Héctor, que hacía veinte años realizaba junto a él las funciones de criado, de enfermero y de consejero a veces, llevó sobre su bandeja de laca un pequeño envoltorio.

—Este caballero espera que el señor conde le reciba.

Justo-Agenor dejó la taza, desgarró el sobre y sacó la carta de Lafcadio.

La estrujó nerviosamente en su mano.

—Dile que... -y después, reprimiéndose-. ¿Un caballero? Querrás decir un joven. En fin, ¿qué clase de persona es?

—Una persona a la que puede recibir el señor.

—Mi querido abate -dijo el conde volviéndose hacia el padre Avril-, dispénseme si es preciso que suspendamos nuestra conversación, pero no se le olvide venir mañana. Sin duda tendré novedades que contarle y creo que quedará satisfecho.

Apoyó la frente entre las manos en tanto que el padre Avril se retiraba por la puerta del salón. Después alzó por fin la cabeza.

—Que pase.

Lafcadio avanzó en la habitación con la frente alta, con una seguridad varonil; cuando llegó ante el viejo se inclinó

gravemente. Como se había prometido no hablar antes de haber tenido tiempo de contar hasta doce, fue el conde quien comenzó.

—Primeramente, sepa, señor, que no hay ningún Lafcadio de Baraglioul dijo, rompiendo la tarjeta-, y adviértale al señor Lafcadio Wluiki, ya que es amigo suyo, que si se atreve a jugar con estas cartulinas, si no las rompe todas como yo he hecho con ésta (la redujo a trocitos que arrojó en la taza vacía), daré cuenta a la policía y lo haré detener como a un vulgar estafador. ¿Me ha comprendido? Ahora venga a la luz que le mire.

—Lafcadio Wluiki le obedecerá, señor. (Su voz, muy deferente, temblaba un poco.) Perdónele el medio de que se ha valido para llegar hasta usted; en su espíritu no ha entrado ninguna intención reprobable. Querría convencerle de que merece... por lo menos, que usted lo estime.

—No está usted nada mal; pero ese traje no le sienta -repuso el conde que parecía no querer oír nada.

—¿No soy entonces despreciable? — dijo, aventurando una sonrisa Lafcadio, que se prestaba complacientemente al examen.

—¡Gracias a Dios, a quien se parece es a su madre! — murmuró el viejo Baraglioul.

Lafcadio aprovechó la ocasión, y con voz muy queda, mirando al conde fijamente, dijo.

—Si no es demasiado decir, me está prohibido parecerme también a...

—Hablaba del físico. Aunque no se parezca a su madre únicamente, Dios no me dejará el tiempo necesario para reconocerlo.

En ese momento el chai gris se deslizó de sus rodillas a tierra.

Lafcadio se inclinó, y mientras estaba curvado sintió la mano del viejo apoyarse dulcemente sobre su hombro.

—Lafcadio Wluiki -dijo Justo-Agenor cuando se hubo incorporado-, mis momentos están contados; no lucharé en sutileza con usted. esto me fatigaría. Acepto que no es usted torpe y me agrada que no sea usted feo. Lo que acaba de intentar usted revela un poco de arrojo que no le sienta mal; yo, al principio, he creído que se trataba de una imprudencia, pero su voz y su actitud me tranquilizan. Además, había pedido a mi hijo Julio que me informara; pero ahora me doy

cuenta de que esto no me interesa y me importa menos que haberle visto. Ahora, Lafcadio, escúcheme. ningún documento oficial, ningún papel atestigua su identidad. Yo he tenido cuidado de no dejar posibilidades para ningún recurso. No, no haga protesta de sus sentimientos; es inútil, no me interrumpa. Su silencio hasta hoy me garantiza que su madre ha sabido guardar la promesa de no hablarle nada de mí. Está bien. Yo me he comprometido con ella y ya conocerá usted los efectos de mi reconocimiento. Por intermedio de Julio, mi hijo, no obstante, las dificultades de la ley, recibirá usted la parte de herencia que dije a su madre le reservaría. Es decir, que, sobre mi otra hija, la condesa Guy de Saint-Prix, mejoraré a mi hijo Julio en la medida en que la ley me autoriza y precisamente en la suma que a través de él quiero dejarle a usted. Esto se elevará, calculo a… pongamos cuarenta mil libras de renta; tengo que ver a mi notario en seguida y examinaré con él estas cifras… Siéntese si quiere estar más cómodo para escucharme. (Lafcadio acababa de apoyarse en el borde de la mesa.) Julio puede oponerse a todo esto; tiene a su favor la ley; pero cuento con su honradez para que no haga nada en contrario, y cuento con la suya para que no perturbe nunca a la familia de Julio, así como su madre no alteró nunca la mía. Para Julio y los suyos sólo existe Lafcadio Wluiki. Hijo mío, la familia es una gran cosa hermética, y usted no será nunca más que un bastardo. No quiero que lleve luto por mí.

Lafcadio no se había sentado, a pesar de la invitación de su padre, que le había sorprendido vacilante; ya dominado el vértigo se apoyó en el borde de la mesa sobre la que estaban la taza y los paños y guardó una compostura muy amable.

—Dime ahora. ¿has visto entonces esta mañana a mi hijo Julio? ¿Te ha dicho…?

—Con precisión no me ha dicho nada; lo he adivinado.

—¡Torpe!… ¡Oh! Es del otro del que hablo… ¿Debes volver a verle?

—Me ha propuesto tomarme de secretario.

—¿Has aceptado?

—¿Le desagrada?

—No. Pero creo conveniente que… no os reconozcáis.

—Lo mismo creo yo. Pero sin reconocerle yo querría conocerle un poco.

—¿No tendrás la intención, supongo, de permanecer mucho tiempo en esas funciones subalternas?

—El tiempo preciso solamente.

—Y después, ¿qué es lo que piensas hacer, ahora que sabes que eres rico?

—¡Ah, señor! Ayer apenas tenía qué comer; déjeme tiempo de saciar el hambre.

En este momento Héctor llamó a la puerta.

—El señor vizconde desea ver al señor. ¿Le digo que pase?

El viejo frunció la frente, guardó silencio un instante, pero como Lafcadio discretamente se había levantado en actitud de retirarse.

—¡Quédate! — gritó Justo-Agenor con una violencia que conquistó al joven. Después se volvió hacia Héctor.

—¡Ah! ¡Mejor! Le había recomendado que no intentara verme. Dile que estoy ocupado, que... ya le escribiré.

Héctor se inclinó y salió.

El viejo conde esperó algunos instantes con los ojos cerrados; parecía dormir, pero a través de su barba podía verse cómo se movían sus labios. Finalmente levantó los párpados, tendió la mano a Lafcadio y con una voz muy cambiada, dulcificada y como rota, le dijo.

—Estréchala, hijo mío. Ahora, déjame.

—Necesito hacerle un ruego -dijo Lafcadio temeroso-; para presentarme decentemente ante usted he agotado mis últimos recursos. Si no me ayuda no sé cómo me las arreglare para comer esta tarde, y mucho menos mañana... a menos que su señor hijo...

—Toma esto -dijo el conde sacando quinientos francos de un cajón-.

Bueno, ¿qué aguardas ahora?

—Quería preguntarle además... si no puedo esperar volver a verle.

—A fe mía, confieso que no sería sin placer; pero las reverendas personas que se ocupan de mi salud me tienen de un humor que relego mi placer a segundo término. En cuanto a mi bendición, voy a dártela en seguida -y el viejo abrió los brazos para acogerle. Lafcadio en lugar de arrojarse a los brazos del conde, se arrodilló piadosamente ante él, y con la cabeza entre las rodillas, sollozando, poniendo toda su ternura en el abrazo, sintió fundirse su corazón en resoluciones heroicas.

—¡Hijo mío, hijo mío! – balbuceaba el viejo-. Estoy en deuda contigo.

Cuando Lafcadio se levantó, su rostro estaba lleno de lágrimas.

Cuando se marchaba, al meterse en el bolsillo el billete que no había cogido antes, Lafcadio tropezó con las tarjetas y se las alargó al conde.

—Tenga, aquí está el paquete entero.

—Tengo confianza en ti; tú mismo las romperás. ¡Adiós!

—Hubiera hecho el mejor de los tíos -pensaba Lafcadio de vuelta al barrio latino- y algo más -añadió con un dejo melancólico-. ¡Bah!

Sacó el paquete de tarjetas, las abrió en abanico y lo rompió de un golpe sin esfuerzo.

—No he tenido nunca confianza en las alcantarillas -murmuró arrojando el "Lafcadio" en una boca y ya dos bocas más lejos el "de Baraglioul"-. No importa, Baraglioul o Wluiki, ocupémonos en liquidar nuestro pasado.

Conocía en el "boulevard" Saint-Michel un joyero ante el cual Carola le obligaba a pararse todos los días. En el insolente escaparate había descubierto ella la antevíspera un par de gemelos singulares. Presentaban unidos dos a dos por un broche de oro y tallados en un cuarzo raro, especie de ágata enturbiada que no dejaba ver a través de ella, aunque parecía transparente- cuatro cabezas de gato rodeadas de un círculo. Como Venitequa llevaba -con aquella forma de blusa masculina que se llama hechura sastre, como ya he dicho- dos puños y teniendo como ella un gusto absurdo, codiciaba aquellos botones.

Más que divertidos eran extravagantes; Lafcadio los encontraba horribles; se irritaba al pensar que los llevara puestos su amante,

pero desde el momento en que iba a dejarla... Entró en la tienda y pagó ciento veinticinco francos por los gemelos.

—Un pedazo de papel, si me hace el favor.

Y sobre la hoja que le dio el comerciante, inclinado sobre la caja, escribió.

A Carola Venitequa.

Para agradecerle haber introducido al desconocido en mi habitación y rogándole que no ponga más los pies en ella.

Doblado el papel lo introdujo en la caja donde el comerciante empaquetó la alhaja.

—No nos precipitemos -se dijo, en el momento de entregar la caja al portero-. Pasemos todavía la noche bajo este techo y contentémonos por hoy con cerrar nuestra puerta a la señorita Carola.

Julio de Baraglioul vivía bajo un régimen prolongado de moral provisional, la misma moral a la que se sometía Descartes en espera de establecer alguna vez las reglas según las cuales habría de vivir en adelante. Pero ni el temperamento de Julio hablaba con tal intransigencia, ni su pensamiento con tal autoridad que no estuviese hasta el presente bastante fastidiado para amoldarse a las conveniencias. No exigía, a buen seguro, más que la comodidad que formaba parte de sus éxitos de hombre de letras.

Ante las críticas a su último libro sentía por primera vez los pinchazos.

No se había sentido poco mortificado al ver que se le negaba el acceso junto a su padre, pero se hubiera sentido más al saber la persona que se le había adelantado. Marchando de vuelta por la calle de Verneuil, rechazaba cada vez con más debilidad la impertinente suposición que ya le había importunado mientras se encaminaba a casa de Lafcadio. Él también juntaba hechos y fechas; él también se negaba desde este momento a no ver más que una simple coincidencia en esta extraña conjunción. Además, la gracia juvenil de Lafcadio le había seducido, y aunque sospechase que su padre, en favor de este hermano bastardo, le privara de una parte del patrimonio, no sentía por su parte ninguna malquerencia; hasta esperaba aquella mañana con una cariñosa y agradable curiosidad.

En cuanto a Lafcadio, por sombrío y suspicaz que fuese, le tentaba esta rara ocasión de hablar, y el placer de incomodar un poco a Julio. Porque ni aun con el mismo Protos había tenido nunca confianza. ¡Qué camino había seguido después! Julio, después de todo, no le desagradaba, por muy fantoche que le pareciese; le divertía saber que era su hermano.

Cuando se encaminaba hacia la casa de Julio aquella mañana, día siguiente al que había recibido la visita, le ocurrió una aventura bastante extraña. Fue por su gusto a pasear, empujado acaso por su genio o por aquietar cierta turbulencia de su espíritu y de su carne, y deseoso de presentarse dueño de sí en casa de su hermano. Lafcadio tomó el camino más largo; había seguido el "boulevard" des Invalides, había pasado por el lugar del incendio y continuaba por la calle de Bellechasse.

—Treinta y cuatro, calle de Verneuil -se repetía al andar-. Cuatro y tres, siete; la cifra es buena.

Desembocaba en la calle de Saint-Dominique, en el punto en que esta calle corta el "boulevard" Saint-Germain, cuando desde la otra acera vio y creyó asimismo reconocer a la joven que desde la víspera no dejaba de ocupar un poco su pensamiento. Apretó el paso en seguida... ¡Era ella! La alcanzó al final de la calle corta de Villersexel; pero estimando que sería poco Baraglioul abordarla, se contentó con sonreírle, inclinándose un poco y levantando discretamente el sombrero; después encontró el admirable pretexto de entrar en un estanco, en tanto que la joven, adelantándose nuevamente, daba la vuelta hacia la calle de la Universidad.

Cuando Lafcadio salió del estanco y entró a su vez en dicha calle, miró a la derecha y a la izquierda; la joven había desaparecido.

(Lafcadio, amigo mío, te estás entregando a cosas vanas; si es que vas a enamorarte no cuentes con mi pluma Para describir el desorden de tu corazón...)

Pero no; encontró improcedente comenzar una persecución. Además, no quería presentarse con retraso en casa de Julio, y el rodeo que acababa de dar no le dejaba i tiempo de distraerse. La calle de Verneuil, afortunadamente, estaba próxima; la casa que ocupaba Julio, en la primera esquina. Lafcadio dio el nombre del conde al portero y se lanzó escaleras arriba.

Entre tanto, Genoveva de Baraglioul -porque era ella, la hija mayor del conde Julio, que regresaba del Hospital de Niños Enfermos, a donde iba todas las mañanas-, bastante más emocionada que Lafcadio, con aquel encuentro, había ganado apresuradamente el domicilio paterno; pasaba por la puerta cochera en el preciso instante en que Lafcadio daba la vuelta a la esquina, llegaba al segundo piso, cuando apresurados. brincos, detrás de ella, le hicieron volver la cabeza. Alguien subía más de prisa que ella. Se hizo a un lado para dejarle pasar, pero reconociendo de pronto a Lafcadio, que se paró cohibido frente a ella, le dijo.

—¿Es digno de usted, caballero, perseguirme? — dijo, con el tono más irritado que pudo.

—¡Ay, señorita! ¿Qué va usted a pensar de mí? — se quejó Lafcadio-. No me creerá usted si le digo que no la había visto entrar en esta casa, donde no estoy menop sorprendido de encontrarla. ¿No es aquí donde vive el conde Julio de Baraglioul?

—¡Qué! — dijo Genoveva enrojeciendo-. ¿Será usted acaso el nuevo secretario que espera mi padre? El señor Lafcadio Wlu... Lleva usted un nombre tan raro que no sé cómo se pronuncia. — Y como Lafcadio se pusiese rojo a su vez y se inclinase-. Ya que le encuentro aquí, caballero, voy a pedirle el favor de que no le hable a mi familia de la aventura de ayer, pues sospecho que no les agradará nada; ni menos del bolsillo, que les te dicho que he perdido.

—Iba, señorita, a suplicarle igualmente que guardara silencio acerca del papel absurdo que me vio realizar Yo soy como su familia. ni lo comprendo ni lo apruebo Ha debido usted tomarme por un terranova. No he podido contenerme; dispénseme... Tengo mucho que aprender todavía. Pero ya lo aprenderé, se lo aseguro... ¿Quiere usted darme la mano?

Genoveva de Baraglioul, que no se confesaba a sí misma que encontraba a Lafcadio muy guapo, no confesó a Lafcadio que, lejos de parecerle ridículo, había tomado para ella la figura de un héroe. Le tendió una mano, que Lafcadio llevó fogosamente a sus labios. Entonces, sonriendo sencillamente, Genoveva le rogó que bajase algunos escalones y aguardase a que ella hubiese entrado y cerrado la puerta para llamar de manera que no los viesen juntos y, sobre todo, no dar a sospechar que se habían encontrado.

Algunos minutos más tarde, Lafcadio era introducido en el despacho del novelista.

La acogida de Julio fue halagüeña; Julio no sabía cómo arreglárselas; el otro se defendía en seguida.

—Señor, debo advertirle primeramente que siento gran aversión por el reconocimiento, tanto como por las deudas, y que lo que pueda usted hacer por mí no le llevará a creer que he de sentirme agradecido. Julio, a su vez, protesta.

—No intento comprarle, señor Wluiki -comenzó a decir desde su altura... pero ambos vieron que iban a cortar los puentes y se pararon.

Después de un momento de silencio.

—¿Qué trabajo es el que quiere usted encomendarme? — preguntó Lafcadio con un tono más suave.

Julio se evadió, pretextando que el original no estaba todavía terminado.

No estaría mal que trabasen antes un conocimiento un poco más amplio. —Confiese, señor -repuso Lafcadio con un tono más alegre-, que ayer no me ha esperado para hacerlo y que ha favorecido usted con sus miradas cierto cuaderno...

Julio perdió pie, y algo confuso dijo.

—Confieso que lo he hecho. — Y después, dignamente-. Le pido perdón.

Si volviera a encontrarme en el mismo caso no volvería a hacerlo.

—No podría hacerlo. He quemado el cuaderno.

Julio hizo un gesto de desolación.

—¿Está usted muy enfadado?

—Si estuviese enfadado todavía no le hablaría de ello. Perdóneme el tono que he empleado hace un momento al entrar -continuó Lafcadio resuelto a fijar su posición-. Además, querría saber si ha leído usted también un trozo de carta que se encontraba en el cuaderno.

Julio no había leído aquel trozo de carta por la razón de que no lo había visto; pero lo aprovechó para hacer protestas de su

discreción. Lafcadio se divertía con él y se divertía haciéndoselo notar.

—Me he tomado la revancha ayer con su último libro.

—No ha sido escrito para que le interesara a usted -se apresuró a decir Julio.

—¡Oh! No lo he leído entero. Tengo que confesarle que no me agrada mucho la lectura. Verdaderamente no me ha gustado más que "Robinson"... Sí, "Aladino" también... con esto estaré descalificado a sus ojos.

Julio levantó la mano dulcemente.

—Le compadezco; se priva usted de grandes alegrías.

—Yo conozco otras.

—Que no son seguramente de tan buena calidad.

—¡De seguro!

Y Lafcadio reía con bastante impertinencia.

—Lo que le pesará algún día -repuso Julio un poco halagado por la broma.

—Cuando sea demasiado tarde -acabó sentenciosamente Lafcadio.

Después, bruscamente-. ¿Le divierte mucho escribir?

Julio se estiró.

—Yo no escribo para divertirme -dijo solemnemente-. Las alegrías que experimento al escribir son superiores a las que sentiría por vivir. Además, una cosa no impide la otra...

—Eso se dice. — Después, elevando bruscamente el tono que había dejado descender como por negligencia-. ¿Sabe usted lo que me desagrada de la escritura? Las correcciones, las tachaduras, los maquillajes que se hacen en ella.

—¿Cree usted que no se corrige nada en la vida? — preguntó Julio encendido.

—No me ha entendido usted. En la vida no se puede corregir lo que se ha hecho. Es ese derecho de retoque lo que hace de la escritura una

cosa tan gris y tan... (no terminó la frase). Eso es lo que me gusta de la vida. Las raspaduras están prohibidas en ella.

—¿Y habría algo que raspar en vuestra vida?

—No... todavía no mucho... y como no se puede... -Lafcadio se calló un instante; después dijo-. ¡Ha sido por el deseo de borrar por lo que he arrojado al fuego mi cuaderno!... Demasiado tarde, ya lo ha visto usted...

Confiese usted que no ha comprendido de él gran cosa... No, esto no lo confesaría Julio.

—¿Me permite usted que le haga algunas preguntas? — dijo, en lugar de contestar.

Lafcadio se levantó tan bruscamente que Julio creyó que quería huir; pero únicamente fue a la ventana y levantó la cortina.

—¿Es de usted este jardín?

—No -dijo Julio.

—Señor, no he dejado hasta el presente a nadie que mire, por poco que sea, en mi vida -repuso Lafcadio sin volverse. Después, yendo hacia Julio, que no veía en él más que un chiquillo-. Pero hoy es día de fiesta; voy a concederme vacaciones por única vez en la vida. Hágame preguntas. Yo me encargaré de responder a todas... ¡Ah! Tengo que decirle primeramente que he puesto en la puerta a la joven que le abrió a usted ayer.

Por las conveniencias, Julio adoptó un aire consternado.

—¡Por culpa mía! Crea usted que...

—¡Bah! Desde hace tiempo buscaba una ocasión para deshacerme de ella.

—¿Vivía usted con ella? — preguntó torpemente Julio.

—Sí, por higiene... pero lo menos posible, y en recuerdo de un amigo que había sido su amante.

—¿Acaso el señor Protos? — aventuró Julio, decidido a tragarse sus indignaciones y sus desagrados y a no dejar aparecer su sorpresa, este primer día, más de lo necesario, para animar un poco sus réplicas.

—Sí, Protos -respondió Lafcadio sonriente-. ¿Le gustaría a usted saber quién es Protos?

—De conocer un poco a sus amigos aprendería a conocerle a usted.

—Era un italiano, llamado... caramba, no me acuerdo; pero ¡poco importa! Sus camaradas, sus mismos maestros, no le llamaron nunca más que por el apodo a partir del día en que obtuvo bruscamente el primer puesto de griego.

—Yo no recuerdo nunca haber sido el primero -dijo Julio para ayudar a la confidencia-; pero siempre me ha gustado a mí también tener amistad con los primeros. Entonces, Protos...

—¡Oh! Fue consecuencia de una apuesta que había hecho. Antes era uno de los últimos de nuestra clase, aunque de los de más edad, mientras que yo era uno de los más jóvenes; pero ciertamente yo no trabajaba peor por eso. Protos manifestaba un gran desprecio para aquello que nos enseñaban nuestros maestros; por eso después que uno de nuestros empollones, a quien él detestaba, le dijo un día. "Es muy cómodo desdeñar las cosas que no se pueden hacer", o algo por el estilo, Protos se picó, se encerró durante quince días y realizó la composición, por la que pasó sobre el otro, primero con gran estupor de todos nosotros, mejor diría de todos los otros, porque yo tenía a Protos en una consideración bastante alta para que aquello pudiera sorprenderme. Él me había dicho. "¡Ya les demostraré que eso no es tan difícil!" Y yo lo había creído.

—Por lo que dice, Protos ha tenido sobre usted alguna influencia.

—Puede ser. Me imponía, A decir verdad, yo no he tenido con él más que una conversación íntima, pero fue para mí tan persuasiva que al día siguiente me escapé de la pensión, donde palidecía como una ensalada, y fui a pie a Badén, donde mi madre vivía entonces en compañía de mi tío, el marqués de Gesvres... Pero comenzamos por el final. Presiento que me interrogará usted mal. Cállese. Déjeme que le cuente mi vida con toda sencillez. Se enterará así más de lo que se enteraría preguntando y acaso de lo que deseará saber... No, gracias, prefiero los míos -dijo, sacando su petaca y rechazando el cigarrillo que le había ofrecido Julio.

Nací en Bucarest en 1874 -comenzó diciendo lentamente- y, como usted sabe, me parece, perdí a mi padre al poco tiempo de nacer. La primera persona que recuerdo al lado de mi madre es un alemán, mi

tío, el barón Heldenbruck. Pero como lo perdí a la edad de doce años, no guardo de él sino un recuerdo muy borroso. Parece que era un financiero notable. Me enseñó su idioma y el cálculo con tan hábiles recursos, que pronto encontré en estas enseñanzas una diversión extraordinaria. Había hecho de mí lo que él llamaba complacido su cajero, es decir, que me confiaba una fortuna en monedas y por todos los sitios donde le acompañaba era el encargado de gastarlas. Fuera lo que fuera lo que comprase (y compraba bastante), pretendía que yo supiese hacer la suma en el momento de sacar el dinero de mi bolsillo. Algunas veces me llenaba de monedas extranjeras, y eran entonces operaciones de cambio; después de descuento, de interés, de préstamo y, en fin, de especulación. En este trabajo fui muy pronto lo bastante hábil para hacer multiplicaciones y hasta divisiones por muchas cifras sin necesidad de papel. Tranquilícese usted (veía fruncirse las cejas de Julio), eso no me ha aficionado ni al dinero ni al cálculo. Así no tengo cuentas jamás, por si le divierte saberlo. A decir verdad, esta primera educación fue eminentemente práctica y positiva y no tocó en mí ningún resorte... Después, Heldenbruck, que estaba muy enterado de la higiene de los niños, convenció a mi madre para que me dejara vivir con la cabeza y los pies desnudos en todo tiempo y al aire libre lo más frecuentemente posible; me bañaba él mismo en agua fría, lo mismo en invierno que en verano, y yo me aficioné mucho a ella... Pero a usted no le interesarán estos detalles.

—¡Sí, sí!

—Después sus negocios le reclamaron en América, y no volví a verle más. En Bucarest, los salones de mi madre se abrían para la sociedad más elegante, y por lo que puedo juzgar de mis recuerdos, la más heterogénea; pero en la intimidad la visitaban con frecuencia entonces mi tío el príncipe Wladimir Bielkowski y Ardengo Baldi, que yo no sé por qué no le llamaba nunca tío. Los intereses de Rusia (iba a decir de Polonia) y de Italia los retuvieron en Bucarest tres o cuatro años. Cada uno de ellos me enseñó su idioma, es decir, el italiano y el polaco, porque el ruso, aunque lo leo y lo entiendo sin gran dificultad, no lo he hablado nunca de corrido. A causa de la sociedad que recibía mi madre y por la que yo era mimado, no pasaba día que no tuviese ocasión de ejercitar tres o cuatro idiomas, que a la edad de trece años hablaba ya sin acento alguno y casi indiferentemente; pero prefería siempre el francés, porque era la

lengua de mi padre, y mi madre había tenido empeño en que la aprendiese antes que ninguna.

"Bielkowski se ocupaba mucho de mí, como todos los que querían agradar a mi madre; parecía que era a mí a quien hacían el amor; pero lo que hacía él era, según me parece, sin intención, porque cedía siempre a la inclinación suya, que era rápida y de más de una vertiente. Se ocupaba de mí hasta fuera de aquello que podía conocer mi madre, y yo no dejaba de sentirme orgulloso del interés particular que me mostraba. Este hombre raro transformó de la noche a la mañana nuestra existencia, un poco tranquila, en una fiesta desatinada. No, no es bastante decir que se abandonaba a su inclinación. se precipitaba en ella, rodaba por ella, llevaba a su deseo una especie de frenesí.

"Nos llevó tres veranos a una quinta, o mejor, un castillo de la vertiente húngara de los Cárpatos, cerca de Eperjes, a donde íbamos con frecuencia en coche. Pero con más frecuencia montábamos a caballo y no había nada que divirtiese tanto a mi madre como correr a la ventura por el campo y los bosques de los contornos, que son muy hermosos. El poney que me había regalado Wladimir fue, durante más de un año, lo que yo más quise en el mundo.

"En el segundo verano, Ardengo Baldi vino a unirse a nosotros; fue entonces cuando me enseñó el ajedrez. Acostumbrado por Heldenbruck a los cálculos mentales, me habitué pronto a jugar sin mirar el tablero.

"Baldi hacía con Bielkowski buenas migas. Por la tarde, en una torre solitaria, sumergidos en el silencio del parque y de la selva, los cuatro prolongábamos hasta muy tarde las veladas jugando a las cartas; porque, aunque yo fuese todavía un niño -tenía trece años-, Baldi me había enseñado el 'whist' y a hacer trampas.

"Jugador, tramposo, prestidigitador, acróbata; los primeros días que estuvo con nosotros, mi imaginación salía apenas del largo ayuno a que la había tenido sometida Heldenbruck; estaba hambriento de maravillas, crédulo y de sensible curiosidad. Más tarde, Baldi me instruyó en sus trucos; pero aun conocido su secreto, no pude disfrazar la primera impresión de misterio, cuando una tarde le vi tranquilamente encender con la uña del dedo pequeño su cigarro, y después, como había perdido al juego, sacar de mi oreja y de mi nariz tantos rublos como quiso, lo que me causó espanto

literalmente, pero divirtió mucho a la galería, porque decía siempre con el mismo aire tranquilo. 'Afortunadamente, este niño es una mina inagotable'.

"Las tardes que se encontraba solo con mi madre y conmigo, inventaba siempre algún juego nuevo, alguna sorpresa o alguna broma; imitaba a todos nuestros conocidos, hacía gestos, parodiaba todas las voces, los gritos de los animales, los sonidos de los instrumentos, sacaba tonos raros, cantaba acompañándose con la guzla, bailaba, saltaba, andaba con las manos, brincaba sobre las mesas o sobre las sillas, con los pies descalzos hacía malabarismos a la manera japonesa, hacía girar el biombo o el velador del salón en el dedo gordo del pie, hacía malabarismos con las manos todavía mejor; de un papel arrugado, roto, hacía salir muchas mariposas blancas, que yo perseguía soplando y que él mantenía suspendidas en el aire abanicándolas. Así, los objetos cerca de él perdían peso y realidad, hasta presencia, o bien tomaban una significación nueva, inesperada, barroca, distante de toda utilidad. 'Hay pocas cosas con las que no sea divertido jugar', decía. Con todas estas locuras yo me desternillaba de risa, y mi madre gritaba. 'Estése quieto, Baldi. Cadio no va a poder dormir luego'. Pero mis nervios eran lo bastante sólidos para resistir semejantes excitaciones.

"Yo me he aprovechado mucho de aquellas enseñanzas; al mismo Baldi, en más de una ocasión, al cabo de algunos meses, le daba ciento y raya, y hasta...

—Observo, hijo mío, que ha recibido usted una educación muy cuidada interrumpió en este momento Julio. Lafcadio se echó a reír extremadamente divertido por el aire consternado del novelista.

—¡Oh, nada de eso llega muy adentro; no tenga cuidado! pero ya es hora, ¿no es verdad?, de que llegue el tío Faby. Fue él quien se acercó a mi madre cuando Bielkowski y Baldi fueron llamados a nuevos cargos.

—¿Faby? ¿El que escribió en la primera página de vuestro cuaderno?

—Sí. Fabián Taylor, lord Gravensdale. Nos llevó a mi madre y a mí a una finca que había alquilado cerca de Duino, en el Adriático, donde me fortalecí mucho. La costa en este sitio forma casi una isla rocosa que ocupaba toda la propiedad. Allí, bajo los pinos, entre las rocas, en el fondo de las ensenadas, o en el mar, nadando y remando,

vivía en estado salvaje todo el día. De esta época data la fotografía que ha visto usted y que yo he quemado también.

—Me parece -dijo Julio- que para el caso se podía haber presentado más decentemente.

—Precisamente no podía -repuso Lafcadio riendo-; con el pretexto de que me pusiese moreno, Faby guardaba bajo llave todos mis trajes, hasta mi ropa blanca...

—¿Y qué decía de todo esto su madre? – Le divertía mucho; decía que si nuestros invitados se escandalizaban no tenían más que marcharse; pero esto no impedía quedarse a ninguno de los que recibíamos.

—¡Durante todo aquel tiempo, su educación, pobre niño...!

—Sí, aprendía tan fácilmente que mi madre hasta entonces la había descuidado un poco. Iba a cumplir pronto dieciséis años; mi madre pareció darse cuenta bruscamente, y después de un maravilloso viaje por Argelia que hice con el tío Faby (aquella fue, sin duda, la mejor época de mi vida), fui enviado a París y confiado a una especie de carcelero impenetrable que se ocupaba de mis estudios.

—Después de la excesiva libertad, comprendo, en efecto, que aquel tiempo de sujeción haya podido parecerle un poco duro.

—No lo hubiera soportado sin Protos. Vivía en la misma pensión que yo, para aprender el francés, decía; pero lo hablaba maravillosamente y no he comprendido nunca lo que hacía allí, ni aun lo que hacía yo mismo. Yo languidecía; no era precisamente amistad lo que sentía por Protos, pero me volvía hacia él como si él debiera darme la libertad. De más edad que yo, representaba más años de los que en realidad tenía, sin nada infantil ni en las actitudes ni en los gustos. Sus rasgos eran extraordinariamente expresivos; cuando quería, podía expresar cualquier cosa; pero en reposo tomaba la actitud de un imbécil. Un día que yo le gastaba bromas me respondió que en este mundo importa no tener demasiado el aire de lo que se es.

"No estaba satisfecho más que cuando parecía modesto; le gustaba pasar por tonto. Le divertía decir que lo que pierde a los hombres es preferir la quietud al ejercicio y no saber guardar sus dones; pero esto no se lo decía a nadie más que a mí. Vivía apartado de los demás, y aun de mí, el único de la pensión a quien no despreciaba. Cuando le

excitaba a que hablase demostraba una elocuencia extraordinaria; pero frecuentemente taciturno, parecía entonces rumiar negros proyectos, que yo hubiera querido conocer. Cuando le preguntaba. '¿Qué es lo que hace usted aquí?' (ninguno de nosotros le tuteaba), respondía. 'Estoy tomando impulso'. Pretendía que en la vida se dan los pasos más difíciles si se sabe decir. para mí esto no es nada. Que fue lo que yo me dije cuando me escapé.

"Partí con dieciocho francos y llegué a Badén a pequeñas jornadas, comiendo lo que podía y durmiendo en cualquier parte... Estaba un poco extenuado cuando llegué; pero, sobre todo, contento de mí, porque tenía todavía tres francos en el bolsillo; es verdad que en el camino había recogido cinco o seis. Encontré allí a mi madre con mi tío de Gesvres, que se divirtió mucho con mi fuga y resolvió volverme a llevar a París; no se conformaba, decía, con que París me hubiese dejado mal recuerdo. Y efectivamente, cuando yo volví con él, París se me presentó con un aspecto mejor.

"Al marqués de Gesvres le gustaba gastar frenéticamente; era una necesidad continua, un hambre devoradora. Sabía que me gustaba ayudarle a satisfacer su gusto y a redoblar con el mío su apetito. Al contrario de Faby, me hizo aficionarme a los trajes, y creo que llegué a ser elegante; con él tenía buena escuela; su elegancia era perfectamente natural, como una segunda sinceridad. Me llevaba muy bien con él. Juntos nos pasábamos las mañanas en las camiserías, las zapaterías, las sastrerías; ponía un cuidado especial en el calzado, por el que se reconoce a la gente, decía, tan segura y más secretamente que por el resto del vestido y que por los rasgos de la cara... Me enseñó a gastar sin tasa y sin inquietarme de si tendría con qué satisfacer mi fantasía, mi deseo o mi hambre... Sustentaba el criterio de que siempre es necesario satisfacer esto último, porque (me acuerdo de sus palabras), deseo o fantasía, son solicitaciones fugitivas, en tanto que el hambre siempre se encuentra y es imperiosa para que se la haga esperar mucho tiempo. Me enseñó, en fin, a no gozar de una cosa más porque costase más cara, ni menos, si por acaso no costaba nada.

"Me encontraba en esta situación cuando perdí a mi madre. Un telegrama me llamó bruscamente a Bucarest; no pude verla más que muerta. Me enteré allí que desde la marcha del marqués había contraído numerosas deudas que su fortuna venía a pagar

justamente, de manera que no podía esperar ni un 'copeck', ni un 'pfennig', ni un 'groschen'. Inmediatamente después de la ceremonia fúnebre regresé a París, donde pensaba encontrar al tío de Gesvres; pero había salido bruscamente para Rusia sin dejar dirección.

"No voy a decirle todas las reflexiones que me hice, ¡pardiez! Yo tenía algunas habilidades de las que podía sacar partido; pero mientras más necesidad tenía, más me repugnaba recurrir a ellas. Afortunadamente, una noche que recorría la calle un poco perplejo me encontré con esa Carola Venitequa que usted ha visto, ex amante de Protos, que me hospedó decentemente. Algunos días después fui advertido de que una pequeña pensión, bastante misteriosa, me sería entregada todos los primeros de mes en casa de un notario; yo tengo horror a todas las aclaraciones, y la cogía sin preocuparme de más. Después llegó usted. Ahora ya sabe casi todo lo que tenía que decirle.

—Es una suerte -dijo solamente Julio-, es una suerte, Lafcadio, que le llegue hoy algún dinero; sin oficio, sin instrucción, condenado a vivir de lo que salga... tal como le conozco ahora está usted decidido a todo.

—Al contrario, a nada -repuso Lafcadio mirando a Julio gravemente-. A pesar de todo lo que le he dicho, veo que me conoce mal todavía. Nada me tiene tan sin cuidado como la necesidad. Yo no he buscado nunca más que lo que no puede servirme.

—Las paradojas, por ejemplo. ¿Y cree usted que eso alimenta?

—Depende de los estómagos. A usted le gusta llamar paradojas a aquello que le desagrada al suyo... Yo me dejaría morir de hambre ante ese guisado de lógica del que he visto que alimenta usted a sus personajes.

—Permítame...

—Por lo menos al héroe de su último libro. ¿Es verdad que ha descrito en él a su padre? El cuidado de sostenerlo por todas partes, siempre consecuente con usted y consigo mismo, fiel a sus deberes, a sus principios, es decir, a vuestras teorías... Señor Baraglioul, acepte esto que es verdad. yo soy un inconsecuente. Y ¡ya ve usted cómo acabo de hablar! Yo, que ayer todavía me consideraba como el más silencioso, el más hermético, el más retraído de los seres. Pero era necesario que hiciésemos conocimiento en seguida y que no hubiese

motivo para volver sobre ello. Mañana, por la tarde, volveré a mi secreto.

El novelista, desconcertado por aquellas palabras, hizo esfuerzos por recobrar su serenidad.

—Convénzase, primeramente, que no hay en ello inconsecuencia, ni psicológica ni físicamente -comenzó diciendo-. Usted es todavía un ser en formación y...

Unos golpes que sonaron en la puerta le interrumpieron. Pero como nadie entraba fue Julio quien salió. Por la puerta que dejó abierta llegó hasta Lafcadio un ruido de voces confusas. Después siguió un gran silencio. Lafcadio, después de diez minutos de espera, se disponía a salir, cuando se acercó un criado con librea.

—El señor conde hace saber al señor secretario que no le retiene más. El señor conde acaba de recibir malas noticias de su señor padre y se excusa de no poder despedirse del señor.

En el tono en que fue dicho todo esto comprendió Lafcadio que acababan de anunciar que el viejo conde había muerto. Dominó su emoción.

—¡Vamos! — se decía al ganar el callejón de Claude Bernard-. El momento ha llegado. "It is time to lauch the ship." De dondequiera que sople el viento en adelante será bueno lo que traiga. Ya que no puedo estar cerca del viejo, aprestémonos a alejarnos de él más.

Al pasar ante la portería dio al portero la cajita que llevaba encima desde la víspera.

—Hará usted el favor de entregar este paquete a la señorita Venitequa, esta tarde, cuando regrese -le dijo-. Y prepáreme usted mi cuenta.

Una hora después, hecha la maleta, enviaba a buscar un coche. Se marchó sin dar su dirección. Bastaba con la de su notario.

LIBRO TERCERO.

AMADEO FLEURISSOIRE.

La condesa Guy de Saint-Prix, hermana segunda de Julio, a quien la muerte del conde Justo-Agenor había hecho llegar bruscamente a París, no se reintegró sino después de mucho tiempo al coquetón castillo de Pezac, a cuatro kilómetros de Pau, que desde su viudez no abandonaba nunca, y menos todavía después del casamiento y del establecimiento de sus hijos, donde recibió una singular visita.

Regresaba de uno de los paseos matinales que tenía costumbre de hacer en un ligero "dogcar", conducido por ella misma, cuando fueron a decirle que un capuchino la esperaba desde hacía una hora en el salón. El desconocido era recomendado del cardenal André, como atestiguaba la carta de éste, que entregaron a la condesa; la carta estaba bajo sobre; se leía en ella, encima del nombre del cardenal, escrito con su fina y casi femenina letra, esto.

"Recomiendo a la especial atención de la condesa de Saint-Prix al abate J.P. Salus, canónigo de Virmontal."

Eso era todo, y bastaba; la condesa recibía muy complacida a las gentes de iglesia; además, el cardenal André tenía el alma de la condesa en sus manos. En un brinco fue hasta el salón y se disculpó por haberle hecho esperar.

El canónigo de Virmontal era un hombre hermoso; en su noble rostro brillaba una energía varonil que desdecía (si vale la palabra) de la vacilante precaución de sus gestos y de su voz, como extrañaban sus cabellos casi blancos en la carnación joven y fresca de su rostro.

A pesar de la afabilidad de la condesa, la conversación se sostenía mal y se arrastraba en frases circunstanciales acerca del duelo reciente de la condesa, la salud del cardenal André, el nuevo fracaso de Julio para su ingreso en la Academia. La voz del abate se hacía paulatinamente lenta y sorda y la expresión de su rostro desolada. Por último, se levantó, pero en lugar de retirarse, dijo.

—Hubiera querido, señora condesa, de parte del cardenal, darle cuenta de un asunto grave. Pero la habitación no es discreta, el número de puertas me asusta; me parece que aquí pueden oírnos.

La condesa se perecía por las confidencias y los melindres; hizo pasar al canónigo a un gabinetito estrecho que no tenía entrada más que por el salón y cerró la puerta.

—Aquí estamos a cubierto -dijo-. Hable sin temor.

Pero en lugar de hablar, el abate, que se había sentado frente a la condesa en un silloncito bajo, sacó un pañuelo de su bolsillo y sofocó con él unos sollozos convulsivos. Perpleja la condesa, alcanzó de sobre un velador que se hallaba cerca de ella un cestillo de costura, buscó un frasco de sales, dudó si ofrecerlo a su visitante y adoptó, por fin, el partido de respirarlo ella misma.

—Dispénseme -dijo por fin el abate sacando del pañuelo un rostro congestionado-. Ya sé que es usted muy buena católica, señora condesa, para no comprenderme muy pronto y compartir mi emoción.

La condesa sentía horror por las efusiones y refugió su satisfacción tras un rostro compuesto. El abate se rehizo prontamente y acercando un poco su silloncito, dijo.

—Me ha sido necesaria, señora condesa, la solemne confianza del cardenal para decidirme a venir a hablarle; sí, la seguridad que me ha dado de que vuestra fe no es como esas fes mundanas, simples revestimientos de la indiferencia…

—Vayamos al asunto, señor abate.

—El cardenal me ha asegurado que podía tener en vuestra discreción una confianza perfecta, una discreción de confesor, me atrevería a decirle…

—Pero, señor abate, perdóneme. si se trata de un secreto que el cardenal conoce, de un secreto de tal gravedad, ¿cómo no me ha hablado él mismo?

La sonrisa del abate simplemente hizo comprender a la condesa la incongruencia de su pregunta.

—¡Una carta! Pero, señora, en Correos, en nuestros días, todas las cartas de los cardenales son abiertas.

—Pudo confiarle a usted la carta.

—Sí, señora; pero ¿quién sabe lo que pueda ocurrirle a un papel? Estamos tan vigilados. Y hay más. el cardenal prefiere ignorar lo que voy a decirle; no quiere saber nada. ¡Ah, señora! En el último instante me abandona el valor y no sé si...

—Señor abate, no me conoce usted y no puede ofenderme porque su confianza en mí no sea más grande -dijo dulcemente la condesa volviendo la cabeza-. Tengo para los secretos que me confían el más grande respeto. Dios únicamente sabe si he hecho nunca la menor traición. Pero jamás se me ha ocurrido solicitar una confidencia...

Hizo un ligero movimiento como para levantarse y el abate extendió el brazo hacia ella.

—Me dispensará, señora, dignándose considerar que es usted la primera mujer, la primera, digo, que ha sido juzgada digna por los que me han confiado la espantosa misión de advertirla, digna de recibir y conservar este secreto. Y me asusta, lo confieso, saber que esta revelación es tan pesada y difícil para la inteligencia de una mujer.

—Se fantasea mucho sobre la poca capacidad de inteligencia de las mujeres -dijo secamente la condesa. Después, con las manos un poco inquietas, guardó su curiosidad bajo un aire distraído, resignado y vagamente extático, que juzgó a propósito para recibir una importante confidencia de la Iglesia. El abate acercó nuevamente su silloncito.

Pero el secreto que el abate Salus se aprestaba a confiar a la condesa me parece todavía hoy demasiado desconcertante, demasiado atrevido para que ose traerlo aquí sin una amplia precaución.

Existe en el mundo de un lado la novela y de otro la historia. Agudos críticos han considerado la novela como historia que hubiera podido ser y la historia como una novela que se ha realizado. Es preciso reconocer, en efecto, que el arte del novelista empuja frecuentemente a la credulidad, mientras los hechos muchas veces la desafían. ¡Ah! Ciertos espíritus escépticos niegan el hecho cuando rompe con lo ordinario. No es para éstos para los que yo escribo.

Que el representante de Dios sobre la tierra haya podido ser arrebatado de la Santa Sede y por la intervención del Quirinal robado, en cierto modo a la cristiandad entera, es un problema muy espinoso que yo no tengo ni remotamente la temeridad de sacar a relucir. Pero es un hecho "histórico" que hacia fines del año 1893 circuló el rumor; es patente que numerosas almas devotas se conmovieron. Algunos periódicos hablaron tímidamente; se les hizo enmudecer. Un folleto sobre este asunto se publicó en SaintMalo fue secuestrado. El caso es que el partido francmasón tampoco se esforzaba en que se divulgara el relato de este delito y el partido católico no osaba dar su apoyo o no se resignaba a cubrir las colectas extraordinarias que se organizaron pronto con este fin. Y sin duda numerosas almas piadosas contribuyeron (se calcula en cerca de medio millón la suma recogida o gastada en esta ocasión); pero era dudoso si todos los que recibían los fondos eran verdaderos devotos o simplemente estafadores. Era preciso, para llevar a buen término esta colecta, a falta de una convicción religiosa, una audacia, una habilidad, un tacto, una elocuencia," un conocimiento de las personas y de los hechos, una salud que sólo podían envanecerse de tener algunos osados como Protos, el antiguo compinche de Lafcadio. Quiero advertir honradamente al lector. era aquél el que se presentaba hoy bajo el aspecto y el nombre usurpado de canónigo de Virmontal.

La condesa, decidida a no despegar los labios y a no cambiar de actitud ni aun de expresión hasta conocer el secreto, escuchaba imperturbablemente al falso sacerdote, cuya seguridad se afirmaba poco a poco. Se había levantado y caminaba a grandes pasos. Para mejor preparación, tomaba el asunto, si no precisamente en sus comienzos (el conflicto entre la Logia y la Iglesia, esencial, ¿no había existido siempre?), remontándose, por lo menos, a ciertos hechos en los que se había declarado la hostilidad flagrante. Había comenzado por invitar a la condesa a que se acordara de las dos cartas dirigidas por el Papa en diciembre del 92, una al pueblo italiano y la otra más especialmente a los obispos, previniendo a los católicos contra los manejos de los francmasones; después, como la memoria le fallara a la condesa, hubo de remontarse más lejos, recordar la erección de la estatua de Giordano Bruno, decidida, presidida por Crispi, tras del que hasta entonces estaba disimulada la Logia. Pintó a Crispi despechado porque el Papa había rechazado

sus ofrecimientos y rehusado negociar con él (y negociar no era entrar en componendas, colaborar, someterse). Describió esta jornada trágica. los ejércitos tomando posiciones; los francmasones, en fin, quitándose la careta, y -en tanto que el cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede se trasladaba al Vaticano, manifestando por aquel acto, al mismo tiempo que su desprecio por Crispi, su veneración por nuestro Santo Padre ultrajado-, la Logia, con las banderas desplegadas, en la plaza "Campo dei Fiori", donde se alzaba el ídolo provocador, aclamaba al ilustre blasfemo.

—En el consistorio que se celebró poco después, el 30 de junio de 1889 continuó diciendo, siempre de pie, apoyándose ahora sobre el velador, los dos brazos hacia adelante, inclinado hacia la condesa-, León XIII dejó escapar su indignación vehemente. Su protesta fue escuchada por la Tierra entera. ¡Y toda la cristiandad tembló al oírle hablar de abandonar Roma! ¡Abandonar Roma he dicho!... Todo esto, señora condesa, lo sabe usted ya, lo ha sufrido usted y lo recuerda como yo.

Reanudó sus paseos.

—En fin, Crispi fue arrojado del poder. ¿Iba a respirar la Iglesia? En diciembre de 1892 escribió el Papa aquellas dos cartas. Señora...

Se sentó, aproximó bruscamente su sillón al canapé y asiendo el brazo de la condesa añadió.

—Un mes más tarde el Papa estaba en el calabozo.

La condesa se obstinaba en permanecer callada. El canónigo le soltó el brazo y continuó en un tono más reposado.

—No pretendo, señora, que se apiade de los sufrimientos de un cautivo. El corazón de las mujeres está siempre pronto a conmoverse ante el espectáculo de los infortunios. Me dirijo a su inteligencia, condesa, y la invito a que considere el desorden en que, a los cristianos, la desaparición de nuestro jefe espiritual nos ha sumido. Una ligera arruga se marcó en la frente pálida de la condesa.

—Es horrible, señora, pero no importa; un falso Papa es más horrible todavía. Porque para disimular su crimen, ¿qué digo?, para invitar a la Iglesia a desmantelarse, a deshacerse ella misma, la Logia ha

instalado sobre el trono pontifical, en el sitial de León XIII, no sé qué satélite del Quirinal, un maniquí a la imagen de Su Santidad víctima, un impostor, al cual, por temor de perjudicar al verdadero, nos es preciso someternos, ante el cual, en fin, ¡oh vergüenza!, en el jubileo se ha inclinado la cristiandad entera.

A aquellas palabras el pañuelo que retorcía en sus manos se desgarró.

—El primer acto del falso papa fue aquella encíclica harto famosa, la encíclica a Francia, por la que el corazón de todo francés digno de este nombre sangra todavía. Sí, sí, ya sé, señora, cuánto ha sufrido su gran corazón de condesa al oír a la Santa Iglesia renegar de la santa causa de la realeza, al Vaticano aplaudir a la República. ¡Ah! Convénzase, señora condesa. ¡Piense en lo que ha sufrido el Santo Padre cautivo al oír a ese impostor proclamarlo republicano!

Después se echó hacia atrás con una risa convulsiva.

—¿Y qué ha pensado usted, condesa de Saint-Prix, y qué ha pensado usted como corolario de esta cruel encíclica, de la audiencia concedida por nuestro Santo Padre al redactor del Petit Journal! ¡Del Petit Journal, señora condesa! ¡Ah! ¡León XIII en el Petit Journal! Comprende usted que eso es imposible. ¡Su noble corazón le ha gritado ya que eso es falso!

—Pero -exclamó la condesa sin poder contenerse más-, eso es lo que hay que gritar a toda la Tierra.

—¡No, señora! ¡Eso es lo que hay que callar! – responde tonitronante el abate, formidable-. Eso es lo que hay que callar, primeramente. Eso es lo que debemos ocultar para trabajar.

Después, excusándose con una voz súbitamente llorosa.

—Ya ve usted que le hablo como a un hombre.

—Tiene usted razón, señor abate. Trabajar, dice usted. Pronto. ¿qué ha resuelto usted?

—¡Ah! Ya sabía que encontraría en usted esta noble impaciencia viril, digna de la sangre de los Baraglioul. Pero nada hay tan peligroso en los comienzos, ¡ah!, como un celo intempestivo. En cuanto a esos abominables crímenes que conocen hoy algunos

elegidos, nos es indispensable, señora, contar con su discreción perfecta, con su plena y entera sumisión a la indicación que le será dada en tiempo oportuno. Actuar sin nosotros es actuar contra nosotros. Y, además de la desaprobación eclesiástica que podrá entrañar... si no basta. la excomunión. Toda iniciativa individual se estrellará contra los mentís categóricos y formales de nuestro partido. Se trata, señora, de una cruzada; sí, pero de una cruzada secreta. Excúseme que insista sobre este punto, pero estoy encargado muy especialmente por el cardenal de advertirle que quiere ignorar esta historia y que no sabrá nada sobre este asunto si se le habla de él. El cardenal no quiere haberme visto; y hasta más adelante, si los sucesos nos ponen en relación, convengamos que usted y yo no nos hemos hablado jamás. Nuestro Santo Padre sabrá pronto reconocer a sus verdaderos servidores.

Un poco decepcionada, la condesa arguye tímidamente.

—¿Pero entonces?...

—Se trabaja, señora condesa; se trabaja, no tenga temor. Y hasta estoy autorizado para revelarle una parte de nuestro plan de campaña.

Se acomodó en su silla, bien enfrente de la condesa. Ésta, entre tanto, había levantado sus manos al rostro y permanecía, con el busto adelantado, los codos en las rodillas, el mentón apoyado en las palmas de las manos. Comenzó a contar que el Papa no estaba encerrado en el Vaticano, sino probablemente en el castillo del Santo Ángel, que, como sabía ciertamente la condesa, comunicaba con el Vaticano por un corredor subterráneo; la dificultad para sacarle de aquel calabozo era el temor casi supersticioso que cada uno de los servidores tenía a la francmasonería, a pesar de su amor a la Iglesia. Y era con esto con lo que contaba la Logia; el ejemplo del Santo Padre secuestrado mantenía a las almas en el terror. Ninguno de los servidores consentía en prestar su concurso sin que le facilitasen previamente el vivir lejos, al abrigo de sus perseguidores. Importantes sumas se habían destinado a este fin por personas devotas y de discreción reconocida. No había que vencer más que un obstáculo, pero que presentaba más dificultades que todos los demás reunidos. Porque este obstáculo era un príncipe, carcelero jefe de León XIII.

—¿Se acuerda usted, señora condesa, del misterio en que sigue envuelto el doble asesinato del archiduque Rodolfo, príncipe heredero de Austria Hungría, y de su joven esposa, encontrada agonizante a su lado, María Wettsyera, la nieta de la princesa Grazioli, que acababa de casarse? Suicidio, se dijo. La pistola no estaba allí más que para probar la coartada ante la opinión pública; la verdad es que los dos habían sido envenenados. Locamente enamorado, ¡ay!, de María Wettsyera, un primo del gran duque, su marido, gran duque también, no había soportado verla en brazos de otro... Después de este abominable crimen, Juan Salvador de Lorená, hijo de María Antonieta, gran duquesa de Toscana abandonaba la corte de su pariente el emperador Francisco José. Sabiendo que le habían descubierto en Viena, iba a confesarse al Papa, a implorarle, a aplacarle. Obtuvo el perdón. Pero bajo pretexto de penitencia, Monaco -el cardenal Monaco La Valette- lo encerró en el castillo del Santo Ángel, donde gemía desde hacía tres años.

El canónigo había relatado todo esto con una voz casi igual; hizo una pausa, y después, con un pequeño golpecito de pie.

—Es a él a quien Monaco ha nombrado jefe de los carceleros de León XIII.

—¡Eh! ¡Quién! ¡El cardenal! – exclamó la condesa-. ¿Un cardenal puede ser entonces francmasón?

—¡Ah! – dijo el canónigo pensativo-, la Logia ha penetrado de un modo intenso en la Iglesia. Crea usted, señora condesa, que si la Iglesia hubiera sabido defenderse mejor no hubiera sucedido nada de esto. La Logia no ha podido apoderarse de la persona de nuestro Santo Padre más que con la connivencia de algunos compañeros situados en puestos muy altos.

—¡Pero esto es horrible!

—¿Qué más voy a decirle, señora condesa? Juan Salvador creía ser prisionero de la Iglesia cuando lo era de los francmasones. No consiente en trabajar hoy por la evasión del Santo Padre más que si se le permite huir al mismo tiempo; y tiene que huir muy lejos, a un país donde no sea posible la extradición. Además, exige doscientos mil francos.

A estas palabras Valentina de Saint-Prix, que hacía algunos instantes retrocedía y dejaba caer los brazos inclinando la cabeza hacia atrás, lanzó un débil gemido y perdió el conocimiento. El canónigo se abalanzó.

—Tranquilícese usted, señora condesa -y le daba golpecitos en las manos-. ¡No es para tanto! – y le acercaba el frasco de sales a las narices-. Para esa suma de doscientos mil francos disponemos ya de ciento cuarenta y cuando la condesa abría los ojos-. la duquesa de Lectoure ha dado cincuenta. no quedan más que sesenta por cubrir.

—Los tendrá usted -murmuró casi imperceptiblemente la condesa.

—Condesa, la Iglesia no duda de usted.

Se levantó, muy grave, casi solemne. Hizo una pausa, y después.

—Condesa de Saint-Prix -dijo-, tengo en su generosa palabra la confianza más plena; pero piense en las dificultades sin cuento que nos van a entorpecer, a molestar, a impedir acaso la remesa de esta suma; suma, digo, que usted misma debe olvidar que me ha dado, que yo mismo debo estar pronto a negar que he recibido, para la cual no me será permitido ni libraros un recibo… Yo no puedo prudentemente recibirla más que de mano a mano, de su mano a la mía. Estamos vigilados. Mi presencia en el castillo puede ser comentada. ¿Estamos, acaso, seguros de los criados? ¡Piense en la elección del conde de Baraglioul! No es necesario que yo vuelva aquí.

Y como después de estas palabras permanecía allí, plantado, sin decir esta boca es mía, la condesa comprendió.

—Pero, señor abate, usted comprenderá que yo no tengo en casa esa enorme suma. Y, además…

El abate se impacientaba ligeramente; la condesa no se atrevió a añadir que necesitaría sin duda algún tiempo para reuniría (porque esperaba no tener que desembolsarla ella sola). Murmuró.

—¿Qué he de hacer?

Después, como las cejas del canónigo se mostraban de más en más amenazadoras, agregó.

—Tengo arriba algunas alhajas…

—¡Ah! No, señora; las alhajas son recuerdos. ¿Me supone usted haciendo cambalaches? ¿Y piensa usted que voy a dar la voz de alerta buscando el mejor postor? Arriesgaría comprometer en el mismo golpe a usted y nuestro asunto.

Su voz grave insensiblemente se hacía áspera y violenta. La de la condesa temblaba ligeramente.

—Aguarde un instante, señor canónigo; voy a ver lo que tengo en los cajones.

Regresó bien pronto. Su mano crispada frotaba billetes azules.

—Afortunadamente, acababa de cobrar los arrendamientos. Puedo entregarle ya seis mil quinientos francos.

El canónigo se encogió de hombros.

—¿Y qué quiere usted que haga yo con eso?

Y con un entristecido menosprecio, con un gesto noble, apartó a la condesa.

—No, señora, no. No cogeré esos billetes. No los cogeré más que con los otros. Las personas íntegras exigen la integridad. ¿Cuándo podrá entregarme toda la suma?

—¿Cuánto tiempo me concede usted?... ¿Ocho días?... -preguntaba la condesa, que piensa en hacer una colecta.

—Condesa de Saint-Prix. ¿Se había equivocado la Iglesia? ¡Ocho días!

No diré más que una palabra. "El Papa aguarda".

Después alzó los brazos al cielo.

—¡Qué! ¡Se le proporciona el insigne honor de tener entre las manos su libertad y tarda usted! ¡Tema, señora, tema que el Señor, el día de vuestra liberación, no haga igualmente esperar y languidecer vuestra alma a las puertas del Paraíso!

Se tornaba amenazador, terrible; después, bruscamente, llevó a sus labios el crucifijo de un rosario y se abstrajo en una rápida oración.

—¿El tiempo preciso de escribir a París? — gimió la condesa.

—¡Telegrafíe! Que su banquero deposite los sesenta mil francos en el Crédit Foncier, de París, que a su vez telegrafiará al Crédit Foncier de Pau para que le entreguen a usted inmediatamente la suma. Es sencillísimo. —Yo tengo dinero en Pau, en depósito -aventuró ella.

—¿En casa de un banquero?

—En el Crédit Foncier, precisamente.

Entonces el sacerdote se indigna.

—¡ Ah, señora! ¿Por qué da usted ese rodeo para decírmelo? ¿Es ésa la prisa que mostraba? ¿Qué diría usted si ahora yo rechazara su ayuda?...

Después, caminando a través de la habitación con las manos en la espalda y como maldispuesto a todo lo que pudiera oír.

—Hay en ello algo más que tibieza (y daba con la lengua pequeños chasquidos para manifestar su desagrado) y hasta acaso doblez.

—Señor abate, yo le suplico...

Durante algunos instantes el abate continuó su marcha, la vista baja, inflexible. Por último.

—Usted conoce, lo sé, al abate Boudin, con el que almuerzo esta misma mañana (saca el reloj) y al que voy a hacer aguardar. Extendiendo un cheque a su nombre, él cogerá por mí los sesenta billetes, que podrá remitirme en seguida. Cuando usted vuelva a verlo dígale simplemente que son "para la capilla expiatoria"; es un hombre discreto que sabe vivir y que no insistirá. ¡Bueno! ¿Qué espera usted todavía?

La condesa, que estaba postrada sobre el canapé, se levantó, se dirigió a una mesita de escritorio y la abrió. Sacó un carnet oblongo, verde oliva, del que cubrió una hoja con su escritura alargada.

—Dispénseme que me haya mostrado un poco brusco hace un momento, señora condesa -dijo el abate con una voz dulcificada mientras cogía el cheque que ella le tendía-. ¡Pero están en juego tales intereses!

Después, deslizando el cheque en un bolsillo interior.

—Sería impiedad darle las gracias, ¿no es verdad? Es en nombre de Aquel entre cuyas manos yo no soy más que un instrumento muy digno.

Lanzó un breve sollozo, que sofocó en su pañuelo; pero se rehizo en seguida y murmuró rápidamente una frase en una lengua extranjera.

—¿Es usted italiano? – preguntó la condesa.

—¡Español! La sinceridad de mis sentimientos lo ha revelado.

—Pero no el acento. Verdaderamente habla usted el francés con una pureza...

—Es usted demasiado amable, señora condesa. Dispénseme que la abandone tan pronto. Gracias a esta pequeña combinación voy a poder llegar a Narbona esta misma tarde, donde me espera el arzobispo con gran impaciencia. ¡Adiós!

Había cogido las manos de la condesa.

—Adiós, condesa de Saint-Prix -y después, poniéndose un dedo sobre los labios-. Y recuerde que una palabra suya puede echarlo todo a perder.

No bien había acabado de salir, la condesa corrió al cordón de la campanilla.

—Amelia, di a Pedro que prepare en seguida la calesa, que esté dispuesta después del almuerzo para ir al pueblo. ¡Ah! Un momento... Que Germán monte en su bicicleta y lleve inmediatamente a la señora Fleurissoire la carta que te voy a dar.

E inclinada sobre la mesita de escritorio, que no había cerrado, escribió.

Querida señora.

Iré a verla en seguida. Espéreme hacia las dos. Tengo que decirle una cosa muy grave. Prepare la manera de que estemos solas.

Firmó, cerró el sobre y entregó la carta a Amelia.

La señora de Fleurissoire, née Peterat, hermana menor de Verónica Armand-Dubois y de Margarita de Baraglioul, respondía al nombre barroco de Árnica. Filiberto Peterat, botánico, bastante célebre bajo el segundo Imperio por sus desgracias conyugales, había desde

su juventud prometido poner nombre de flores a los niños que pudiera tener. Algunos amigos encontraron un poco raro el nombre de Verónica con que bautizó a la primera; pero en cuanto al nombre de Margarita, parecía insinuar una retirada, ceder a la opinión, y resolvió bruscamente gratificar a su tercer producto con un nombre tan deliberadamente botánico que cerrase la boca de todos los maldicientes.

Poco después del nacimiento de Árnica, Filiberto, cuyo carácter se había agriado, se separó de su mujer, dejó la capital y fue a instalarse en Pau. La esposa se quedó en París durante el invierno; pero cuando llegaron los días buenos marchó a Tarbes, su pueblo natal, donde recibía a sus dos hijas mayores en una vieja casa de familia.

Verónica y Margarita repartían el año entre Tarbes y Pau. En cuanto a la pequeña Árnica, despreciada por sus hermanas y por su madre, un poco boba, es cierto, y más simpática que bonita, permanecía verano e invierno junto a su padre.

La mayor alegría de la niña era ir a herborizar con su padre al campo; pero con frecuencia el maniático, cediendo a su humor triste, la dejaba y marchaba solo para darse una larga caminata, volvía extenuado y tan pronto terminaba la comida se metía en la cama sin hacer a su hija la limosna de una caricia, de una sonrisa o de una palabra. En sus horas poéticas tocaba la flauta, repitiendo insaciablemente los mismos temas. El resto del tiempo dibujaba flores minuciosamente.

Una criada vieja, a la que llamaba Reseda, se ocupaba en la cocina y en la casa y tenía cuidado de la niña, a la que enseñaba lo poco que ella sabía. Con aquel régimen, Árnica, a los diez años, apenas sabía leer. El respeto humano advirtió finalmente a Filiberto. Árnica entró como alumna en casa de la señora viuda Semene, que inculcaba nociones rudimentarias a una docena de niñas y a algunos chicos muy pequeñitos.

Árnica Peterat, sin desconfianza y sin defensa, no había imaginado hasta aquel día que su nombre pudiera provocar la risa. El día de su entrada en la pensión tuvo la revelación brusca de su ridículo; la ola de burlas curvó como un alga lentamente; enrojeció, palideció, lloró. Y la señora Semene, al castigar de un golpe a toda la clase

por su comportamiento inconveniente, tuvo el desdichado acierto de cambiar de golpe en animosidad unas risotadas sin malicia.

Larga, floja, anémica, atontada, Árnica permanecía con los brazos caídos en medio de la clase, y cuando la señora Semene indicó. "En el tercer banco a la izquierda, señorita Peterat", la clase volvió a reír con más ganas, a pesar del castigo.

¡Pobre Árnica! La vida aparecía ya ante ella como una sombría avenida bordeada de dicharachos y de insultos. La señora Semene, afortunadamente, no fue insensible a su desgracia, y pronto la pequeña pudo encontrar en el regazo de la viuda un abrigo.

Voluntariamente Árnica se retrasaba en la pensión después de las clases, antes de ir a reunirse con su padre en casa; la señora Semene tenía una hija siete años mayor que Árnica, un poco jorobada, pero agradable. Con la esperanza de encontrar un marido, la señora Semene recibía el domingo por la tarde y hasta organizaba dos veces al año pequeñas matinées dominicales con recitados y bailes. Acudían por gratitud algunas de sus antiguas discípulas, escoltadas por sus parientes, y por aburrimiento algunos adolescentes sin porvenir. Árnica asistió a todas aquellas reuniones; flor sin brillo, discreta hasta anularse, pero que, a pesar de ello, no podía pasar inadvertida.

Cuando a los catorce años Árnica perdió a sus padres, la señora Semene recogió a la huérfana, a quien sus hermanas, de más edad que ella, no iban a ver sino de tarde en tarde. En una de aquellas visitas, Margarita encontró por primera vez al que dos años más tarde había de ser su esposo. Julio de Baraglioul, que entonces tenía veintiocho años y vivía con su abuelo Roberto de Baraglioul, que, como hemos dicho antes, había ido a establecerse a los alrededores de Pau, poco después de la anexión del ducado de Parma a Francia.

El brillante matrimonio de Margarita (por otra parte las señoritas Peterat no carecían totalmente de fortuna), la hacía, a los ojos deslumhrados de Árnica, la hermana más distante; dudaba que nunca, inclinado sobre ella, un conde, un Julio, fuese a respirar su perfume. Envidiaba a su hermana, que hubiera podido evadirse de aquel nombre seco. Peterat. El nombre de

"Margarita" era encantador. ¡Qué bien sonaba con el "de Baraglioul"! ¡Ah! ¿Con qué otro nombre, al casarse, éste de "Árnica" no resultaría tan ridículo?

Hastiada del presente, su alma hermética y atormentada ensayaba la poesía. Llevaba, a los diez y seis años, a ambos lados de su cara pálida, aquellos bucles colgantes que se llamaban del "arrepentimiento", y sus soñadores ojos azules se abrían atónitos cerca de sus cabellos negros. Su voz sin timbre no era áspera; leía versos y se afanaba en escribirlos. Tenía como cosa poética todo aquello que escapaba a la vida.

Frecuentaban las reuniones de la señora Semene dos jóvenes a quienes una tierna amistad había asociado desde la infancia; uno de ellos, desgarbado, sin ser grande, no tan delgado como enflaquecido, con los cabellos más desteñidos que rubios, gran nariz y mirada tímida, era Amadeo Fleurissoire. El otro, gordo y rechoncho, de negros cabellos duros, llevaba por extraña costumbre la cabeza constantemente inclinada sobre el hombro izquierdo, la boca abierta y la mano derecha vuelta hacia adelante; he descrito a Gastón Blafaphas. El padre de Amadeo era marmolista, contratista de monumentos funerarios y comerciante de coronas mortuorias; Gastón era hijo de un importante farmacéutico.

(Por extraño que pueda parecer, el nombre de Blafaphas está muy extendido en las aldeas de las estribaciones pirenaicas, aunque escrito muchas veces de maneras bastante distintas. De esta suerte, en la ciudad de Sta… a donde le llevó un examen, el que escribe estas líneas ha podido ver un Blaphaphas notario, un Blafafaz peluquero, un Blaphaface carnicero, que, interrogados, no reconocían ningún origen común y cada uno miraba con desprecio el grafismo inelegante del nombre de los otros. Pero estas consideraciones filológicas no pueden interesar más que a un número reducido de lectores).

¿Qué hubieran sido Fleurissoire y Blafaphas uno sin el otro? No puede imaginarse. En las recreaciones del Liceo se les veía siempre juntos; embromados constantemente, se consolaban mutuamente, se prestaban ayuda. Se les llamaba los "Blafaforios". Su amistad parecía a cada uno el techo único, el oasis en el implacable desierto de la vida. Ninguno gustaba una alegría que no quisiera

compartirla con el otro, o, por, mejor dicho, nada era agradable para uno si no le gustaba al otro.

Discípulos medianos, a pesar de su asiduidad y profundamente refractarios a toda clase de cultura, los Blafaforios hubieran sido siempre los últimos de la clase sin la ayuda de Eudosio Levichon, que mediante pequeñas recompensas les corregía y hasta les hacía los temas. Este Levichon era el hijo menor de uno de los principales joyeros de la ciudad. (Veinte años antes, poco tiempo después de su matrimonio con la hija única del joyero Cohen -en el momento en que por la prosperidad de sus negocios dejó los barrios bajos de la ciudad para ir a establecerse no lejos del casino-, el joyero Alberto Levi había creído conveniente reunir y aglutinar los dos nombres, como reunía las dos casas.)

Blafaphas era fuerte, pero Fleurissoire era de complexión delicada. En las proximidades de la pubertad, el rostro de Gastón se sombreó; hubiérase dicho que la savia iba a llenar de vello todo su cuerpo; mientras la epidermis más susceptible de Amadeo se resistía, se inflamaba, se llenaba de granos, como si el pelo hubiese hecho hoyos para salir. Blafaphas padre aconsejó los depurativos, y todos los lunes Gastón llevaba en su mochila un frasco de jarabe antiescorbútico que daba en secreto a su amigo. Igualmente utilizaba pomadas.

Por esa época, Amadeo cogió su primer catarro, catarro que, a pesar del agradable clima de Pau, no cedió en todo el invierno y dejó tras sí una fastidiosa debilidad de los bronquios. Esto fue para Gastón motivo de nuevos cuidados; colmaba a su amigo de regaliz, de pastillas de azufaifa, de liquen, de pastillas pectorales a base de eucalipto, que el padre Blafaphas fabricaba él mismo según la receta de un viejo cura. Amadeo, propenso a los catarros, hubo de resignarse a no salir nunca sin pañuelo al cuello.

Amadeo no tenía otra ambición que suceder a su padre. Gastón, sin embargo, a pesar de su apariencia indolente, no carecía de iniciativa; desde el colegio se ingeniaba en pequeños inventos, a decir verdad, en su mayoría recreativos. un cazamoscas, un pasabola, un cerrojo de seguridad para su pupitre, que por cierto no contenía más secretos que su corazón. Por inocentes que fuesen las primeras aplicaciones de su industria, debían, sin embargo, llevarle a investigaciones más serias que le ocuparon más tarde y

de las que el primer resultado fue aquella "pipa fumívora higiénica para fumadores delicados del pecho y otros", que estuvo mucho tiempo expuesta en el escaparate del farmacéutico.

Amadeo Fleurissoire y Gastón Blafaphas se enamoraron juntamente de Árnica; era fatal. Cosa admirable, esta pasión naciente que en seguida se confesaron uno al otro, lejos de dividirlos, no hizo más que reforzar su unión. Y Árnica no dio al principio, a uno más que a otro, grandes motivos de celos. Ninguno de los dos se había declarado, y nunca Árnica hubiera sospechado del amor, a pesar de sus temblores de voz cuando, en aquellas reuniones del domingo en casa de la señora Semene, a las que eran concurrentes, ella les ofrecía jarabe, verbena o manzanilla. Y ambos, cuando regresaban por la tarde, celebraban su honestidad y su gracia, se inquietaban por su palidez, se enardecían...

Acordaron declararse uno y otro la misma tarde, juntos, y después abandonarse a la elección de ella. Árnica, inocente ante el amor, dio gracias al cielo en la sorpresa y la sencillez de su corazón. Rogó a los dos enamorados que le dejaran tiempo para reflexionar.

A decir verdad, no se inclinaba más por uno que por otro, y no se interesaba por ellos, sino por el hecho de que ellos se interesaban por ella, cuando se había resignado a no interesar nunca a nadie. Durante seis semanas, cada vez más perpleja, se embriagaba dulcemente con el homenaje de sus pretendientes paralelos. Y en tanto que, en sus paseos nocturnos, calculando mutuamente sus progresos, los Blafaforios se contaban largamente, uno a otro, sin rodeos, las menores palabras, las miradas, las sonrisas con que "ella" les había gratificado, Árnica, retirada en su alcoba, escribía en pedazos de papel, que quemaba cuidadosamente en seguida en la llama de la bujía, y repetía incansablemente. ¿Árnica Blafaphas?... ¿Árnica Fleurissoire?, incapaz de decidir entre la atrocidad de estos dos nombres.

Bruscamente, cierto día de baile se decidió por Fleurissoire. Amadeo, ¿no acababa de llamarla "Árnica", acentuando la penúltima sílaba de su nombre de una manera que le pareció italiana? (Quizás inconscientemente, y sin duda arrastrado por el piano de la señorita Semene, que ritmaba la atmósfera en aquel momento), y el nombre de Árnica, su propio nombre, de repente se le apareció rico y de una musicalidad imprevista, capaz de expresar asimismo poesía,

amor... Estaban los dos solos en un cuartito al lado del salón, y tan juntos uno del otro, cuando Árnica, desfalleciente, dejó caer la cabeza abrumada por la gratitud, su frente tocó el hombro de Amadeo, que, muy grave, cogió entonces la mano de Árnica y le besó la punta de los dedos.

Cuando, de regreso Amadeo, anunció su ventura a su amigo, Gastón, contra su costumbre, no dijo nada, y cuando pasaron junto a un farol le pareció a Fleurissoire que lloraba. Por grande que fuese la ingenuidad de Amadeo, ¿podía verdaderamente suponer que su amigo compartiría hasta aquel punto su dicha? Desconcertado, corrido, estrechó entre sus brazos a Blafaphas (la calle estaba desierta) y le juró que por grande que fuese su amor, su amistad era mayor todavía, que no creía que por su matrimonio disminuyese en nada, y que antes de ver sufrir a Blafaphas de celos estaba pronto a prometerle por su honor no usar jamás de sus derechos conyugales.

Ni Blafaphas ni Fleurissoire eran de temperamento fogoso; sin embargo, Gastón, cuya virilidad era un poco mayor, se calló y dejó prometer a Amadeo.

Poco tiempo después del casamiento de Amadeo, Gastón, que para consolarse se había sumergido en el trabajo, descubrió el "cartón plástico". Este invento, que al principio no parecía nada, tuvo por primer resultado vigorizar la amistad algo debilitada de Levichon para los Blafaforios. Eudosio Levichon presentía sobre todo el partido que la estatuaria religiosa podía sacar de esta nueva materia, que bautizó desde un principio, con un certero sentimiento de las contingencias, "Cartón Romano". Se fundó la casa Blafaphas, Fleurissoire y Levichon.

El negocio se puso en marcha con un capital de sesenta mil francos declarados, de los que suscribieron los Blafaforios modestamente diez mil. Levichon aportó generosamente los cincuenta restantes, no consintiendo que sus dos amigos se entrampasen. Es cierto que, de estos cincuenta mil francos, cuarenta eran prestados por Fleurissoire de la dote de Árnica, rembolsables en diez años, con un interés acumulativo de cuatro y medio por ciento, más de lo que Árnica hubiera esperado nunca y lo que ponía la fortuna de Amadeo al abrigo de los grandes riesgos que esta empresa no podía menos de correr. Los Blafaforios, por el contrario, aportaban el apoyo de sus relaciones y de las de los Baraglioul, es decir, después que se

hiciesen las pruebas del Cartón Romano, la protección de numerosos miembros influyentes del clero, los cuales, aparte de algunos importantes pedidos, persuadieron a numerosas parroquias a dirigirse a la casa BFL para responder a las necesidades crecientes de los fieles. La educación artística, cada vez más perfeccionada, exigía obras más exquisitas que aquellas con las que la tosca fe de nuestros antepasados se había contentado. A este fin, algunos artistas de mérito reconocido por la Iglesia, enrolados en la obra del Cartón Romano, consiguieron ver por fin sus obras aceptadas por el jurado del salón. Dejando en Pau a los Blafaforios, Levichon se estableció en París, donde, como tenía habilidad, la casa alcanzó pronto un impulso considerable.

Que la condesa Valentina de Saint-Prix buscase a través de Árnica interesar a la Casa Blafaphas y Compañía en la causa secreta de la libertad del Papa, ¿qué más natural? Así como que ella tuviera confianza en la gran piedad de Fleurissoire para recuperar una parte de su anticipo. Por desgracia, los Blafaforios, a causa de la pequeña suma aportada por ellos al principio del negocio, intervenían muy poco; dos dozavas de los beneficios declarados y absolutamente nada de los otros. Era lo que la condesa ignoraba, porque Árnica tenía, lo mismo que Amadeo, gran pudor respecto del portamonedas.

—¡Querida señora! ¿Qué hay? Su carta me ha causado temor.

—¡Ah, señora Fleurissoire!... Mire, déjeme llamarla querida amiga...

Esta pena, que usted siente también, nos acerca. ¡Ah! Si usted supiera... —¡Hable, hable! No me tenga más tiempo esperando.

—Pero es que lo que acabo de saber y voy a decirle, debe permanecer secreto entre nosotras.

—Yo no he traicionado nunca la confianza de nadie -dijo lastimosamente Árnica, a quien nadie había confiado jamás ningún secreto.

—No va usted a creerlo.

—Sí, sí -gemía Árnica.

—¡Ah! — gemía la condesa-. Mire, ¿sería usted tan amable que me preparase una taza de cualquier cosa? Noto que voy a marearme.

—¿Quiere usted verbena, tila, manzanilla?

—No importa... Mejor té... Me resisto a creerlo.

—Hay agua hirviendo en la cocina. Será cuestión de un momento.

Y en tanto que Árnica trajinaba, la mira interesada de la condesa examinaba el salón. Reinaba allí una modestia descorazonante. Sillas de "reps" verde, un sillón de terciopelo granate, otro de tapicería vulgar, en el que ella estaba sentada; una mesa, una consola de caoba; sobre la chimenea, a ambos lados de un reloj de alabastro, bajo su fanal, dos vasos de alabastro, bajo fanales idénticos; sobre la mesa, un álbum de fotografías de familia; sobre la consola, una imagen de Nuestra Señora de Lourdes en su gruta, de cartón romano, modelo reducido. Todo desconsolaba a la marquesa, que sentía flaquearle el corazón.

Después de todo, podían ser estos falsos pobres avaros... Árnica volvió con la tetera, el azúcar y una taza sobre un platillo.

—La molesto demasiado.

—¡Oh, por Dios!... Y prefiero que sea antes, porque después no voy a tener fuerzas.

—Pues bien -comenzó Valentina, después que Árnica se hubo sentado-. el Papa...

—¡No, no me diga nada, no me diga nada! — dijo inmediatamente la señora Fleurissoire extendiendo la mano ante ella; después, lanzando un débil grito, cayó hacia atrás con los ojos cerrados.

—¡Mi pobre amiga, mi pobre querida amiga, mi pobre querida amiga! — decía la condesa, dándole golpecitos en la mano-. Ya sabía que este secreto estaría por encima de sus fuerzas.

En fin, Árnica abrió un ojo y murmuró tristemente.

—¿Ha muerto?

Entonces Valentina, inclinándose hacia ella, le deslizó en los oídos. —Prisionero...

El estupor hizo rehacerse a la señora Fleurissoire, y Valentina comenzó su largo relato, titubeando sobre las fechas, embrollándose en la cronología; pero el hecho estaba allí, cierto, indiscutible. nuestro Santo Padre había caído entre las manos de

los infieles; se organizaba secretamente para libertarlo una cruzada, y era necesario, primeramente, para llegar a buen fin, mucho dinero.

—¿Qué va a decir Amadeo? — gemía Árnica consternada.

No debía llegar hasta la tarde, pues había salido a pasear con su amigo Blafaphas…

—Sobre todo, recomiéndele bien el secreto -repetía muchas veces Valentina despidiéndose de Árnica-. ¡Abracémonos, mi querida amiga!

¡Mucho valor! (Árnica, confusa, ofreció a la condesa su frente húmeda.)

Mañana pasaré a saber qué es lo que piensa hacer usted. Consulte al señor Fleurissoire; pero piense que se trata de la Iglesia… Y, desde luego, ¡a su marido únicamente; ¿Me lo promete usted? Ni una palabra, ¿no es eso?, ni una palabra.

La condesa de Saint-Prix había dejado a Árnica en un estado de depresión muy próximo al desfallecimiento. Cuando Amadeo regresó del paseo.

—Querido mío -le dijo inmediatamente-, acabo de saber una cosa muy lamentable. El pobre Santo Padre está prisionero.

—¡Imposible! — dijo Amadeo, como hubiera dicho ¡Bah!

Entonces Árnica estalló en sollozos.

—Ya sabía yo, ya sabía yo que tú no me creerías.

—Pero vamos, vamos, querida mía -repetía Amadeo despojándose del abrigo, sin el cual no salía satisfecho por temor a los cambios bruscos de temperatura-. ¡Recapacita! Si hubiesen tocado al Santo Padre todo el mundo lo sabría. Lo contarían los periódicos… Y ¿quién hubiera podido secuestrarlo?

—Valentina dice que es la Logia.

Amadeo miró a Árnica, pensando que se había vuelto loca. Y añadió.

—¡La Logia! ¿Qué Logia?…

—Pero ¿cómo quieres que yo lo sepa? Valentina ha prometido no hablar de eso.

—¿Quién le ha contado a ella todo eso?

—Me ha prohibido que lo diga... Un canónigo, que ha venido de parte del cardenal, con una carta suya...

Árnica no entendía nada de los negocios públicos y de lo que le había contado la señora de Saint-Prix no se hacía sino una representación confusa. Las palabras "cautiverio", "prisión", levantaban ante sus ojos imágenes tenebrosas y semi-románticas; la palabra "cruzada" la exaltaba infinitamente y acabó por trastornarla. Amadeo habló de partir, y le vio inmediatamente con una coraza y un yelmo, a caballo... En el momento presente recorría a grandes pasos la habitación y decía.

—Primeramente, dinero no tenemos... ¿Y sería para mí bastante darlo?

¿Crees tú que con privarme de algunos billetes me quedaría tranquilo?... Pero, querida mía, si lo que me dices es cierto, se trata de una cosa espantosa que no nos permite ni un momento de reposo. Espantosa, ¿comprendes?

—Sí, ya lo sé, espantosa... Pero, sin embargo, explícame un poco... ¿Por qué?

—¡Oh! ¡Si hace falta ahora que yo te lo explique!... Y Amadeo, con sudor en las sienes, levantaba los brazos descorazonado.

—¡No, no! — repetía-, ¡no es dinero lo que hace falta dar aquí! Es uno mismo. Voy a consultar a Blafaphas; ya veremos lo que me dice.

—Valentina de Saint-Prix me ha hecho prometer que no se hable de esto a nadie -aventuró tímidamente Árnica.

—Blafaphas no es un cualquiera, y le recomendaremos que lo guarde para él solo únicamente.

—¿Cómo quieres tú marcharte sin que se sepa?

—Se sabrá que me marcho, pero no se sabrá adonde voy. — Después, volviéndose hacia ella, en un tono patético, le pidió-. Árnica, querida mía, déjame marchar. Árnica sollozaba. Ahora era ella la que reclamaba el apoyo de Blafaphas. Amadeo iba a salir en su busca, cuando se presentó el otro, llamando en la cristalería del salón, según su costumbre.

—Es la historia más curiosa que he oído en mi vida -exclamó, cuando le hubieron contado lo que ocurría-. ¿Quién hubiera esperado nada semejante?

— Y de pronto, antes que Fleurissoire hubiera dicho nada de sus intenciones-. Amigo mío, no tenemos que hacer más que una cosa. partir.

—¿Lo ves? — dijo Amadeo-. Es su primer pensamiento.

—A mí, desgraciadamente, me retiene la salud de mi pobre padre -fue el segundo pensamiento de Blafaphas.

—Después de todo, es mejor que yo vaya solo -repuso Amadeo-. Los dos juntos nos haríamos sospechosos.

—¿Y vas a saber tú solo lo que tienes que hacer?

Entonces Amadeo alzó los hombros y enarcó las cejas con el aire de decir. "Haré lo que pueda, ¿qué quieres?" Blafaphas continuó.

—¿Vas a saber a quién dirigirte? ¿A dónde ir?... ¿Qué es exactamente lo que vas a hacer tú allá?

—Primeramente, saber lo que hay.

—Porque, en fin, si nada de esto fuese cierto... —Precisamente. Yo no puedo permanecer en la duda.

Y Gastón exclamó inmediatamente.

—Yo tampoco.

—Querido mío, reflexiona un poco -intervino Árnica.

—Está todo reflexionado. me marcho secretamente, pero me marcho.

—¿Cuándo? No tienes nada preparado.

—Inmediatamente. ¿Tanto hace falta?

—Pero tú no has viajado nunca. No vas a saber.

—Ya verás, pequeña. Te contaré mis aventuras -decía con una ligera burla que le sacudía la nuez.

—Vas a coger un catarro, seguro.

—Me pondré tu pañuelo.

Se detenía en su marcha para acariciar con la yema del índice la barbilla de Árnica, como se hace con los nenes cuando se desea que sonrían. Gastón guardaba una actitud reservada. Amadeo se acercó a él.

—Cuento contigo para consultar la guía. Tú me dirás cuándo hay un tren cómodo para Marsella; con terceras. Sí, sí, debo tomar tercera. En fin, prepárame un horario detallado, con las estaciones donde hay que cambiar de tren; y las fondas hasta la frontera; después, ya estaré en camino, me desenvolveré y Dios me guiará hasta Roma. Me escribirás allá a la Lista de Correos.

La importancia de su misión le calentaba peligrosamente el cerebro. Después que Gastón se hubo marchado no cesó de recorrer la habitación y murmuraba.

—¡Que esté reservado esto para mí! – lleno de una admiración y de un reconocimiento enternecidos. tenía ya su razón de existir–. ¡Ah, por piedad, señora, no le retenga! Hay tan pocos seres en la Tierra que sepan hallar su destino…

Todo lo que consiguió Árnica fue que pasara la noche junto a ella. Gastón había señalado en el horario que llevó por la tarde el tren de la ocho de la mañana como el más práctico.

Aquella mañana llovía de firme. Amadeo no consintió de ninguna manera que Árnica ni Gastón le acompañasen a la estación para despedirle. Y nadie tuvo una mirada de adiós para el chusco viajero de ojos de paz, con el cuello liado en un pañuelo granate, que llevaba en la mano derecha una maleta de tela gris, donde iban guardadas sus tarjetas de visita, en la mano izquierda un paraguas viejo, sobre el brazo una bufanda de cuadros verdes y marrón y que era transportado por el tren hacia Marsella.

Hacia esta época, un importante congreso de sociología reclamaba en Roma al conde Julio de Baraglioul. Puede ser que no estuviera convocado especialmente (teniendo sobre las cuestiones sociales más convicción que competencia); pero se alegraba de esta ocasión de ponerse en contacto con algunas ilustres personas. Y como Milán se encontraba, naturalmente, en el camino, Milán, donde como se sabe, siguiendo los consejos del padre Anselmo habían ido a vivir los Armand-Dubois, aprovechó el viaje para visitar a su cuñado.

El mismo día que Fleurissoire dejaba Pau, Julio llamó a la puerta de Anthime.

Se le introdujo en una vivienda miserable de tres piezas -si se puede considerar como pieza el oscuro desván donde Verónica cocía algunas legumbres, manjar ordinario de sus comidas. Un horrible reflector de metal reflejaba la pálida luz de un estrecho patinillo; Julio, conservando en la mano su sombrero, antes que dejarlo sobre el dudoso tapete de hule que cubría una mesa ovalada, y permaneciendo de pié por horror a la gutapercha, cogió de un brazo a Anthime y exclamó.

—Tú no puedes permanecer aquí, mi pobre amigo.

—¿De qué me compadeces? — dijo Anthime.

Al ruido de las voces había acudido Verónica. Dijo.

—¿Creerás, mi querido Julio, que no se le ocurre decir nada ante las injusticias y los abusos de confianza de que nos ves víctimas?

—¿Quién os hizo venir a Milán?

—El padre Anselmo. De todas maneras, no podíamos conservar la casa en Lucina.

—¿Qué necesidad teníamos? — dijo Anthime.

—No es esa la cuestión. El padre Anselmo prometía una compensación.

¿Sabe vuestra miseria?

—Finge ignorarla -dijo Verónica.

—Debías quejarte al obispo de Tarbes.

—Es lo que ha hecho Anthime.

—¿Qué ha dicho?

—Es un hombre excelente; me ha fortalecido en mi fe.

—Desde que estás aquí, ¿no has recurrido a nadie?

—He pretendido ver al cardenal Pazzi, que se había interesado por mí, y al que he escrito recientemente. Ha pasado por Milán; pero me ha mandado decir por un criado…

—Que un ataque de gota le obligaba a permanecer en su habitación interrumpió Verónica.

—¡Esto es abominable! Es preciso avisar a Rampolla -exclamó Julio.

—¿Avisarle de qué, querido amigo? Efectivamente, estoy un poco necesitado; pero ¿qué más precisamos? Estaba equivocado en la época de mi prosperidad; era pecador, estaba enfermo. Ahora estoy curado. Antes había motivo para compadecerme. Ya lo sabes; además, los falsos bienes alejan de Dios.

—Pero, en fin, se te deben esos falsos bienes. Admito que la iglesia enseñe a despreciarlos; pero de ninguna manera que te engañe.

—Así se habla -dijo Verónica-. ¡Cómo me alivian tus palabras, Julio! Su resignación me hace estallar; no hay medio de convencerle para que se defienda; se ha dejado desplumar como un pájaro, dando las gracias a todos los que han querido tomarle algo en nombre del Señor.

—Verónica, me molesta oírte hablar así; todo lo que se hace en nombre del Señor está bien hecho.

—Si encuentras divertido ser bobo… —En ser bobo hay paciencia, amigo mío.

Entonces Verónica se volvió hacia Julio.

—¿Lo oyes? Pues siempre está igual; en sus labios no hay más que sermones ridículos, y cuando yo estoy reventada de ir a la compra, de guisar y de arreglar la casa, el señor cita su Evangelio, dice que trabajo demasiado y me aconseja mirar los lirios del campo.

—Yo te ayudo lo mejor que puedo, amiga mía -replicó Anthime con una voz seráfica-. Te he propuesto muchas veces, ya que ahora puedo mover las piernas, ir yo al mercado o arreglar la casa en tu lugar.

—Ese no es trabajo para hombres. Conténtate con escribir tus homilías y procura nada más que te las paguen un poco mejor.

Después, con tono cada vez más irritado (¡ella, antes tan sonriente!).

—¡Si esto no es una vergüenza! Cuando se piensa en lo que ganaba en la Dépêche con sus artículos impíos… Y de las escasas monedas que

le da hoy el Pélerin por sus sermones, encuentra todavía medio de dejar las tres cuartas partes a los pobres.

—¡Entonces, es un santo de verdad!... -dijo Julio, consternado.

—¡Ah! ¡Cómo me molesta con su santidad! Mira. ¿Sabes lo que es esto!

– y fue a un rincón oscuro de la habitación a buscar una jaula de pollitos-.

Son dos ratas, a las que el señor sabio sacó los ojos hace tiempo.

—¡Ay, Verónica! ¿Para qué vuelves sobre eso? Bien las alimentabas tú cuando yo experimentaba sobre ellas, y yo entonces te lo reprochaba... Sí, Julio, en la época de mis crímenes, por vana curiosidad científica dejé ciegos a los pobres animales. Ahora los cuido. Es natural.

—Yo quisiera que la Iglesia encontrara igualmente natural hacer por ti lo que tú haces por esas ratas, después de haberte dejado ciego también.

—¡Ciego, dices! ¿Y eres tú quien habla así? Iluminado, hermano mío, iluminado.

—Yo te hablo de lo positivo. El estado en que te abandonan es para mí una cosa inadmisible. La Iglesia ha contraído compromisos contigo y es necesario que los atienda, para su honor y para nuestra fe.

Después, volviéndose hacia Verónica.

—Si no has obtenido nada, dirígete más alto todavía, siempre más arriba. ¿Qué hablo de Rampolla? Es al Papa ahora mismo al que quiero dirigir una súplica; al Papa, que no ignora su conversación. Tal negativa a hacer justicia merece ser conocida por él. Mañana vuelvo a Roma.

—Te quedarás a comer -aventuró tímidamente Verónica.

—Dispénsame; no tengo el estómago muy firme- y Julio, cuyas uñas estaban cuidadosamente arregladas, miraba los dedos gruesos y cortos, cuadrados en su punta, de Anthime-. A mi regreso de Roma estaré más tiempo, y ya te mandaré, querido Anthime, los nuevos libros que preparo.

—He releído estos últimos días Aire de las cumbres, y lo he encontrado mejor de lo que me pareció en un principio.

—¡Tanto peor para ti! Es un libro frustrado. Ya te explicaré por qué, cuando estés en estado de escucharme y de apreciar las extrañas preocupaciones que me asaltan. Tengo mucho que decir. Mutis por hoy.

Y dejó a los Armand-Dubois, después de haberles dado buenas esperanzas.

LIBRO CUARTO.

EL CIEMPIÉS.

Y yo no puedo aprobar más que a los que buscan gimiendo. PASCAL, 3.421.

Amadeo Fleurissoire había salido de Pau con quinientos francos en el bolsillo, ciertamente bastante para su viaje, a pesar de los gastos innecesarios que le ocasionaría, sin duda, la malignidad de la Logia. Después, si la cantidad no era bastante y se veía obligado a prolongar su estancia, acudiría a Blafaphas, que tenía a su disposición una pequeña reserva.

Nadie en Pau debía saber adónde iba. Había tomado billete nada más hasta Marsella. De Marsella a Roma el billete de tercera costaba sólo treinta y ocho francos cuarenta, con la facultad de detenerse en ruta, de lo que pensaba aprovecharse para satisfacer, no la curiosidad de ver lugares extraños, de la que carecía totalmente, sino su sueño, que era extraordinariamente exigente. Es decir, que temía sobre todas las cosas el insomnio; y como era de importancia para la Iglesia que llegase a Roma bien dispuesto, no importaban el retraso de dos días y algunos gastos de hotel. Todo esto podía preverse después de una noche en un vagón pasada en blanco, y malsana a causa de las emanaciones de los otros viajeros; pues si alguno quisiese renovar el aire y se atrevía a abrir una ventanilla, entonces el catarro era seguro... Dormiría, pues, una noche en Marsella; la segunda noche en Genova, en cualquiera de aquellos hoteles no fastuosos, sino confortables, que se encuentran fácilmente en las proximidades de las estaciones, y no llegaría a Roma hasta el día siguiente por la tarde.

Le divertía este viaje y el hacerlo solo; a los cuarenta y siete años no se había librado todavía de la tutela, escoltado a todas partes por su mujer o por su amigo Blafaphas. Retrepado en su rincón del coche, sonreía con aire de chivo, deseando una agradable aventura. Todo fue bien hasta Marsella. El segundo día hizo una salida en falso. Absorto en la lectura del Baedeker de la Italia central, que acababa de comprar, se equivocó de tren y se fue derecho a Lyon, sin advertirlo hasta Arlès, en el momento en que el tren reanudaba la marcha, y tuvo que seguir hasta Tarascón; hubo de desandar lo

andado; después tomó el tren de la tarde, que le llevó hasta Tolón, antes de dormir una nueva noche en Marsella, donde las chinches le habían molestado.

La habitación no tenía, por lo demás, mal aspecto, ni la cama, en la que se tumbó confiadamente, después de haber doblado sus vestidos y de hacer sus cuentas y sus oraciones. Se caía de sueño y se durmió inmediatamente.

Las chinches tienen costumbres curiosas. esperan que se sople la bujía, y tan pronto como se quedan a oscuras se lanzan. No marchan a la ventura.

van derechas al cuello, que es lo que prefieren; algunas, muy raras, prefieren los tobillos. No se sabe por qué introducen bajo la piel del durmiente un sutil aceite urticante, cuya virulencia se acrecienta al menor frotamiento.

La picadura que despertó a Fleurissoire fue tan viva, que le llevó a encender la bujía y fue al espejo a examinar, bajo el maxilar inferior, una roncha extensa, sembrada de pequeños e imperceptibles puntitos blancos; pero la bujía alumbraba mal; el espejo estaba mal azogado y sucio; sus párpados, cargados de sueño... Volvió a acostarse, frotándose siempre; apagó nuevamente; volvió a encender cinco minutos después; el escozor se hacía intolerable, mojó en el jarro su pañuelo y se lo aplicó a la zona inflamada, la cual, cada vez más extendida, alcanzaba ahora la clavícula. Amadeo creyó que iba a ponerse enfermo y rezó. Después apagó una vez más. La tregua conseguida por la compresa fue de tan corta duración, que no dejó al paciente tiempo de dormirse. Ahora se juntaba a las atrocidades de la urticaria la molestia del cuello de la camisa mojado, que mojaba también con sus lágrimas. Y de pronto dio un salto, horrorizado. ¡Las chinches! ¡Son las chinches!... Se sorprendió de no haber pensado en ello antes; pero no conocía a estos insectos más que de nombre, y ¿cómo hubiera asociado el efecto de una mordedura precisa a esta quemazón indefinida? Saltó fuera de la cama, y por tercera vez encendió la bujía.

Teórico y nervioso, se formaba, como mucha gente, ideas falsas sobre las chinches, y, helado de asco, comenzó por buscárselas encima; no vio ni una; pensó haberse engañado; ya se creía enfermo. Nada tampoco en las sábanas; pero antes de volver a acostarse se le ocurrió levantar la almohada. Vio entonces tres minúsculas

pastillas negruzcas que rápidamente se escondieron en un repliegue de la ropa. ¡Eran ellas!

Colocando la bujía sobre la cama, las persiguió; levantó el pliegue y sorprendió a cinco que, por repugnancia, no se atrevió a matar con la uña; las arrojó en el orinal y orinó. Las contempló debatirse algunos momentos, contento, feroz, y se sintió un poco aliviado. Se volvió a acostar, apagó.

Las picazones, casi inmediatamente, redoblaron; ahora eran en la nuca. Exasperado, encendió, se levantó, se quitó la camisa, para examinarla más detenidamente. Por fin distinguió a ras de la costura correr imperceptibles puntos rojo claro, que aplastó contra la tela, en la que hicieron una señal de sangre; asquerosos bichos, tan pequeños, costaba trabajo creer que fuesen ya chinches; pero poco después levantó de nuevo su almohada y descubrió una enorme, la madre seguramente. Entonces, enardecido, excitado, divertido casi, levantó la almohada, deshizo la cama y comenzó a buscar con método. Ahora se figuraba verlas por todas partes; pero, en suma, no cogió más que cuatro. Volvió a acostarse, y pudo gozar una hora de tranquilidad.

Después retornaron las picaduras. Se dedicó una vez más a la caza. Por último, cansado, dejó que le picasen, y notó que el escozor, si no se tocaba, se calmaba en seguida. A la madrugada, las últimas, repletas, le dejaron. Dormía con un sueño profundo cuando el criado vino a despertarle para el tren.

En Tolón fueron las pulgas.

Sin duda las había recogido en el vagón. Toda la noche se rascó, se volvió y se revolvió, sin dormir. Notaba que le corrían a lo largo de las piernas, le hacían cosquillas en los riñones, le daban fiebre. Como era de piel delicada, exuberantes ronchas se levantaban bajo las picaduras, que inflamaba más al rascarse a placer. Encendió numerosas veces la bujía, se levantó, se quitó la camisa y volvió a ponérsela, sin haber podido matar una; apenas las vio un instante. se le escapaban de los dedos, y hasta, si lograba cogerlas, cuando ya las creía muertas, aplastadas entre los dedos, volvían a hincharse al instante, se escapaban y brincaban como antes. Acabó por añorar las chinches. Se encolerizaba, y, en el desasosiego de aquella persecución inútil, acabó por comprometer su sueño.

Y todo el día siguiente las ronchas de la noche le picaron, en tanto que nuevos cosquilleos le advertían que no había sido abandonado. El excesivo calor aumentó considerablemente las molestias. El vagón reventaba de obreros que bebían, fumaban, escupían, eructaban y comían un embutido de un olor tan fuerte, que Fleurissoire más de una vez pensó vomitar. No se atrevió, sin embargo, a dejar este coche hasta la frontera, por temor de que los obreros le vieran montar en otro y fuesen a suponer que los despreciaba; en el compartimiento donde montó, una voluminosa nodriza cambiaba los pañales del rorro. Intentó, sin embargo, dormir; pero le molestaba el sombrero. Era uno de esos sombreros aplastados de paja blanca con cinta negra, parecidos a los comúnmente llamados "canotiers". Cuando Fleurissoire se lo dejaba en su posición ordinaria, el borde, rígido, separaba la cabeza del tabique; si, para apoyarse, levantaba un poco el sombrero, el tabique lo tiraba hacia adelante; cuando, por el contrario, echaba el sombrero hacia atrás, el borde se acuñaba entre el tabique y su nuca y el "canotier" se levantaba por encima de su frente, como una tapadera. Tomó la determinación de quitárselo y taparse la cabeza con el pañuelo, que, por temor de la luz, dejó caer sobre los ojos. Por lo menos había adoptado precauciones para la noche. había comprado en Tolón, por la mañana, un bote de polvos insecticidas, que hubo de pagar caro. No vaciló en ir a descansar a uno de los mejores hoteles, porque si esta noche no dormía, ¿en qué estado de miseria llegaría a Roma? A merced del menor francmasón.

Ante la estación de Genova se alineaban los ómnibus de los principales hoteles; se dirigió a uno de los mejores, sin dejarse intimidar por la altivez del lacayo que se apoderó de su lamentable maleta; pero Amadeo no quería separarse de ella; rehusó dejarla en el techo del ómnibus y exigió que la pusieran cerca de él, sobre la almohadilla de la banqueta. En el vestíbulo del hotel, el portero, hablando francés, le tranquilizó; entonces se decidió, y no contento con pedir "una habitación muy buena", se enteró de los precios de las que le proponían, resuelto a no encontrar nada de su gusto por debajo de doce francos. La habitación de diecisiete francos, por la cual se decidió después de haber visitado muchas, era grande, limpia y elegante sin exceso; la cama avanzaba en la habitación, una cama de cobre reluciente, con seguridad sin habitantes, a los que el piretro hubiera molestado. En una especie de armario enorme estaba

disimulado el tocador. Dos enormes ventanas se abrían sobre un jardín. Amadeo, inclinado hacia fuera, contemplaba indistintos y oscuros ramajes, dejando que el aire tibio calmara lentamente su fiebre y llamara al sueño. Por encima de la cama, un velo de tul caía como una niebla por los tres lados; pequeños cordones, parecidos al rizo de una vela, lo levantaban por delante, en una curva graciosa. Fleurissoire reconoció en él lo que se llama mosquitero, que siempre había desdeñado usar.

Después de lavarse, se extendió con delicia entre las sábanas frescas. Dejó abierta la ventana, no del todo ciertamente, por temor del catarro y de la oftalmía, sino una de las maderas entornada, de forma que no le llegasen directamente los efluvios. Hizo sus cuentas y sus oraciones y después apagó. (El alumbrado era eléctrico y se apagaba girando la llave de un interruptor de corriente).

Fleurissoire iba a dormirse, cuando un débil zumbido fue a recordarle aquella precaución que no había tomado de no abrir la ventana antes de apagar la luz, porque la luz atrae a los mosquitos. Recordó también haber leído en alguna parte alabanzas a Dios por haber dado al insecto volátil una musiquilla particular, a propósito, para advertir al durmiente el instante en que iba a ser picado. Después hizo caer todo alrededor de él la muselina infranqueable. "Cuánto mejor no es esto, después de todo, pensaba, que aquellos pequeños conos de hierba seca que con el nombre barroco de 'fidibus' despachaba el padre Blafaphas; se les quema sobre un soporte de metal; se consumen y llenan la habitación de una gran humareda narcótica; pero, más que matar a los mosquitos, medio asfixian al durmiente. ¡Fidibus! ¡Qué tontería de nombre! ¡Fidibus!..." Se dormía ya, cuando, de repente, en el ala izquierda de la nariz sintió una viva picadura. Se llevó la mano, y, en tanto que se tocaba dulcemente la roncha, nueva picadura, en la muñeca... Después, junto a la oreja, un zumbido sospechoso... ¡Horror! Había encerrado al enemigo en la plaza. Dio a la llave y volvió la luz.

¡Sí! El mosquito estaba allí, posado en todo lo alto del mosquitero. Un poco présbita, Amadeo lo distinguía muy bien, delgado hasta lo absurdo, apoyado sobre cuatro patas, y, por tanto, con el par de patas último levantado hacia atrás, largo y como rizado. ¡El insolente! Amadeo se puso de pie sobre la cama. Pero ¿cómo aplastar

al insecto contra el tejido movedizo, vaporoso?... ¡No importa! Dio con la palma de la mano, tan fuerte, tan de prisa, que creyó haber roto el mosquitero. A buen seguro el mosquito estaba allí; buscó con los ojos el cadáver; no vio nada, pero sintió una nueva picadura en la corva.

Entonces, para dar cuando menos la mayor protección a su persona se metió en la cama; después permaneció acaso un cuarto de hora atontado, sin atreverse a apagar. Después, más tranquilo al no ver ni oír al enemigo, apagó. Y en seguida comenzó la música.

Entonces sacó un brazo, dejando la mano cerca de la cara, y, al momento, cuando creía sentir uno bien posado sobre su frente o sobre su mejilla, se daba una sonora bofetada. Pero inmediatamente después volvía de nuevo a oír cantar al insecto.

Después tuvo la idea de taparse la cabeza con el pañuelo, lo que entorpecía considerablemente su placer respiratorio y no le impedía ser picado en el mentón.

Luego, el mosquito, repleto sin duda, se estuvo callado; por lo menos Amadeo, vencido por el sueño, dejó de oírlo; había retirado el pañuelo y dormía con un sueño febril; dormido, seguía rascándose. A la mañana siguiente su nariz, que era normalmente aguileña, parecía la nariz de un borracho; el picotazo de la corva se hinchaba como un divieso y el del mentón había tomado un aspecto volcánico, que recomendó al cuidado del barbero cuando, antes de salir de Genova, se hizo afeitar, para llegar a Roma decentemente.

En Roma, al encontrarse ante la estación, con la maleta en la mano, tan fatigado, tan desorientado, tan perplejo que no se decidía a nada ni tenía fuerzas más que para rechazar las acometidas de los mozos de hoteles, Fleurissoire tuvo la suerte de encontrar un mozo que hablaba francés. Bautista era un joven natural de Marsella, casi imberbe todavía, de ojos vivos, que reconocieron en Fleurissoire a un paisano, a quien se ofreció a guiar y llevar la maleta.

Fleurissoire, durante toda la duración del viaje no había dejado su Baedeker. Una cosa instintiva, de presentimiento, de advertencia interior, separó casi en seguida su piedad del Vaticano, para concentrarla en el castillo del Santo Ángel, el antiguo mausoleo de Adriano; aquella prisión célebre, que en sus calabozos secretos

había encerrado ya en otras épocas tantos prisioneros ilustres, y que un corredor subterráneo unía, al parecer, con el Vaticano.

Examinó el plano. "Es allí donde es preciso encontrar una habitación", había determinado, apoyando el índice sobre el muelle de Tordinona, frente al castillo del Santo Ángel. Y por una coincidencia providencial era también allí adonde se proponía llevarlo Bautista. No precisamente en el muelle, que es, propiamente hablando, una calzada, sino muy cerca. calle Vecchierelli, es decir, de los Viejecillos, la tercera calle partiendo del puente Humberto, que iba a terminar en un terraplén. Conocía una casa tranquila (desde las ventanas del tercero, inclinándose un poco, se ve el mausoleo), donde damas muy complacientes hablaban todas las lenguas, y una en particular. el francés.

—Si el señor está cansado, puede tomar un coche. Está lejos… Sí, el aire es más fresco esta tarde. Además, andar un poco después de un viaje tan largo, hace bien… No; la maleta no pesa demasiado; yo la llevaré bien hasta allí… ¿Por primera vez en Roma? ¿El señor viene de Toulouse acaso?… No, de Pau… He debido conocerlo en el acento.

Caminaban así, hablando. Tomaron la calle Viminale, después la calle Agostino Depretis, que une la calle Viminale al Pincio; después, por la calle Nacional, ganaron el Corso, que atravesaron. A partir de aquí prosiguieron a través de un laberinto de callejuelas sin nombre. La maleta no era tan pesada que no permitiera al mozo dar largas zancadas, que a Fleurissoire costaba gran trabajo seguir. Trotaba detrás de Bautista, molido de fatiga y derretido de calor.

—Ya estamos llegando -dijo por fin Bautista, cuando el otro ya iba a pedir clemencia.

La calle, o mejor la callejuela de los Vecchierelli, era estrecha y tenebrosa, hasta el punto de que Fleurissoire dudaba de quedarse allí. Bautista, sin embargo, había entrado en la segunda casa de la derecha, cuya puerta se abría a algunos metros del ángulo del muelle. En este momento Fleurissoire vio salir a un "bersagliere"; el elegante uniforme, que ya había observado en la frontera, le tranquilizó, porque él tenía confianza en el ejército. Avanzó algunos pasos. Una señora apareció en el umbral, la patrona de la posada, seguramente, que le sonreía con un aire afable. Llevaba un

delantal de satén negro, pulseras, una cinta azulada alrededor del cuello; sus cabellos, negros de azabache, levantados en edificio sobre la coronilla, se apoyaban sobre una enorme peineta de concha.

—Tu maleta la he mandado subir al tercero -dijo a Amadeo, que en el tratamiento sospechó una costumbre italiana o el conocimiento imperfecto del francés.

"Grazia!", respondió, sonriendo a su vez. "Grazia!" Es decir, gracias, la única palabra italiana que sabía decir, y que creía de buena educación poner en femenino cuando daba las gracias a una dama.

Subió, tomando aliento y decisión en cada rellano, porque estaba rendido, y la escalera, sórdida, era como para desesperarle. Los descansillos se sucedían cada diez escalones. La escalera, insegura, cambiaba de dirección tres veces antes de llegar al piso. En el techo del primer descansillo, dando frente a la entrada, estaba suspendida una jaula de canario, que podía verse desde la calle. En el segundo rellano, un gato sarnoso se aprestaba a engullirse un poco de merluza que había llevado hasta allí. Al tercer descansillo daban los retretes, cuya gran puerta, abierta, dejaba ver al lado del asiento un orinal de barro amarillo, de cuya boca salía el mango de una escobilla. En este descansillo Amadeo no se detuvo nada.

En el primer piso, un quinqué de gasolina humeaba al lado de una alta puerta vidriera, sobre la cual, en caracteres deslucidos, estaba escrita la palabra "Salone". La habitación estaba a oscuras; a través del cristal, Amadeo apenas distinguió, sobre el muro situado enfrente, un espejo con marco dorado.

Alcanzaba el séptimo descansillo, cuando un nuevo militar, un artillero esta vez, salió de una de las habitaciones del segundo. Le tropezó, por bajar muy de prisa, y pasó, mientras farfullaba riendo alguna excusa en italiano, después de haberle puesto en equilibrio; porque Fleurissoire parecía borracho, y lo estaba de fatiga, teniéndose en pie a duras penas.

Tranquilizado por el primer uniforme, se sintió, sin embargo, inquieto por el segundo.

—Estos militares van a hacer bastante ruido -pensaba-. Afortunadamente, mi habitación está en el tercer piso. Prefiero tenerlos abajo.

No había pasado todavía del segundo piso, cuando una mujer con el peinador abierto y los cabellos sueltos salió del fondo del pasillo y le llamó. —Seguramente me toma por otro -se dijo, y apartó la vista, para no causarle molestia por haberla sorprendido un poco desnuda.

Llegó al tercer piso sin aliento, y encontró allí a Bautista, que hablaba en italiano con una mujer de edad indefinida, que le recordó extraordinariamente, aunque menos gorda, a la cocinera de los Blafaphas.

—Su maleta está en el número dieciséis, la tercera puerta. Tenga cuidado, al pasar, con el cubo, que está en el corredor.

—Lo he sacado fuera, porque se sale -explicó la criada, en francés.

La puerta del dieciséis estaba abierta; sobre la mesa, una bujía encendida iluminaba la habitación y arrojaba un poco de claridad al corredor, donde, ante la puerta del quince, alrededor de un cubo de lavabo de metal, lucía sobre las baldosas un charco, que Fleurissoire salvó de una zancada. Emanaba un olor acre. La maleta estaba allí, en evidencia, sobre una silla. En la atmósfera sofocante de la habitación, Amadeo sintió que la cabeza le daba vueltas, y, arrojando sobre la cama su paraguas, su corbata y su sombrero, se dejó caer en una butaca. Su frente chorreaba sudor. Creyó que iba a ponerse malo.

—Es la señora Carola, la que habla francés -dijo Bautista.

Ambos habían entrado en la habitación.

—Abra un poco la ventana -suspiró Fleurissoire, incapaz de levantarse.

—¡Oh! ¡Sí que hace calor! — decía la señora Carola, secándose el rostro, descolorido y sudoroso, con un pañuelito perfumado que sacó de su blusa. —Vamos a ponerlo cerca de la ventana.

Y levantando entre los dos la butaca en la que Amadeo basculaba, casi desvanecido, dejando hacer, lo pusieron a respirar, en vez de las emanaciones del corredor, los variados hedores de la calle. El fresco, sin embargo, le reanimó. Escarbando en sus bolsillos, sacó por los pelos cinco liras, que había preparado para Bautista.

—Le estoy muy agradecido. Ahora, déjeme usted.

El facchino salió.

—No has debido darle tanto -dijo Carola.

Amadeo aceptaba el tuteo como una costumbre italiana. En el momento presente no pensaba más que en acostarse; pero Carola no parecía dispuesta a marcharse, e impulsado por la cortesía, dijo.

—Habla usted el francés tan bien como una francesa.

—No es extraño. Soy de París. ¿Y usted?

—Yo soy del Mediodía.

—Ya me había parecido. Al verle, me dije. Este señor debe ser de provincia. ¿Es la primera vez que viene usted a Italia?

—La primera.

—¿Viene usted para negocios?

—Sí.

—Es muy bonita Roma. Y hay mucho que ver aquí.

—Sí... pero hoy me encuentro un poco fatigado -aventuró, y como para excusarse-. He llevado tres días de viaje.

—Esto está muy lejos.

—Y no he dormido desde hace tres noches.

Al oír estas palabras, la señora Carola, con esa súbita familiaridad italiana, que no dejaba todavía de desconcertar a Fleurissoire, le pellizcó la barbilla.

—¡Pillín! — le dijo.

Esta caricia coloreó ligeramente el rostro de Amadeo, que, cuidadoso de apartar la insinuación ambigua, habló de las pulgas, las chinches y los mosquitos largamente.

—Aquí no tendrás nada de eso. Ya ves qué limpio está todo.

—Sí; espero que dormiré bien.

Pero ella no hacía por marcharse. Él se levantó trabajosamente de la butaca, se llevó la mano a los primeros botones del chaleco y lanzó.

—Me parece que me voy a acostar.

La señora Carola comprendió, por fin, que molestaba a Fleurissoire.
—Quieres que te deje un poco, me parece -dijo con tacto.

En cuanto hubo salido, Fleurissoire echó la llave a la puerta, sacó su camisa de noche de la maleta y se metió en la cama. Pero, al parecer, el pestillo de la cerradura no enganchaba, porque no había hecho más que soplar la bujía, cuando la cabeza de Carola reapareció en la puerta entreabierta, detrás de la cama, muy cerca de la cama, sonriente…

Una hora más tarde, cuando él se repuso, Carola reposaba junto a él, acostada entre sus brazos, completamente desnuda.

Sacó de debajo de ella el brazo izquierdo, que se le dormía, y después se separó. Carola seguía dormida. Un débil resplandor subía de la calleja, llenaba la habitación, y no se percibía otro ruido que el de la respiración igual de aquella mujer. Entonces Amadeo Fleurissoire, que sentía por todo lo largo de su cuerpo y en su alma una languidez insólita, sacó de entre las sábanas sus magras piernas, y, sentado en el borde de la cama, lloró.

Como el sudor antes, las lágrimas ahora lavaban su cara y se mezclaban a la carbonilla del vagón; fluían sin ruido, sin cesar, en pequeñas oleadas, del fondo de él mismo, como de una fuente oculta. Pensaba en Árnica, en Blafaphas. ¡Ah! ¡Si ellos hubiesen podido verle! Nunca más osaría ahora volver a ocupar su sitio junto a ellos… Después pensaba en su augusta misión, en adelante comprometida, y gemía a media voz.

—¡Ya está hecho! Yo no soy digno ahora… ¡Ah! ¡Ya está hecho! ¡Y tan hecho!

El acento extraño de sus suspiros había desvelado a Carola. Ahora, de rodillas a los pies de la cama, martillaba a golpecitos con el puño su débil pecho, y Carola, estupefacta, le oía castañetear los dientes y entre sollozos repetir.

—¡Sálvese quien pueda! La Iglesia se hunde… A la postre, no pudiendo aguantar más, dijo ella.

—Pero ¿qué te pasa, mi viejecito? ¿Te has vuelto loco?

Se volvió hacia ella.

—Se lo ruego, señora Carola, déjeme… Es absolutamente preciso que esté solo. Volveré a verla mañana por la mañana.

Después, en resumidas cuentas, como lo único que quería era que le dejase, la besó dulcemente en el hombro.

—¡Ah! ¡No sabes la enorme gravedad de lo que acabamos de hacer! No, no. No lo sabes. No lo podrás saber nunca.

Bajo el pomposo nombre de "Cruzada para la liberación del Papa", el negocio del timo extendía sobre más de un departamento francés sus ramificaciones tenebrosas; Protos, el famoso canónigo de Virmontal, no era el único agente, como la condesa de Saint-Prix no era la única víctima. Y todas las víctimas no eran igualmente complacientes, aunque todos los agentes hubiesen dado pruebas de una igual destreza. El mismo Protos, el antiguo amigo de Lafcadio, después de la operación tuvo que adoptar grandes precauciones; vivía con la preocupación constante de que el clero, el verdadero, se enterase del negocio, y derrochaba en proteger sus espaldas tanto ingenio como en marchar adelante; pero estaba diversa y admirablemente secundado; de una punta a otra de la banda (se denominaba el "Ciempiés") reinaban un acuerdo y una disciplina maravillosos.

Advertido la misma tarde por Bautista de la llegada del extranjero, y bastante alarmado al saber que venía de Pau, Protos, desde las siete de la mañana, se encontraba al día siguiente en casa de Carola. Ésta se hallaba acostada todavía.

Los informes que obtuvo de ella, el confuso relato que le hizo de los sucesos de la noche, la angustia del "peregrino" (así denominaba ella a Amadeo), de sus protestas, de sus lágrimas, no podían dejarle lugar a dudas. Decididamente, la predicación de Pau daba fruto; pero no precisamente la clase de frutos que hubiera podido desear Protos; era necesario estar alerta sobre la ingenua cruzada que con sus torpezas podía descubrir el pastel… —Entonces, déjame pasar -dijo bruscamente a Carola.

Esta frase podía parecer rara, porque Carola permanecía acostada; pero lo raro no detenía nunca a Protos. Puso una rodilla sobre la cama, pasó la otra pierna por encima de la mujer y pirueteó tan hábilmente que, empujando un poco la cama, se encontró de pronto entre la cama y la pared.

Sin duda Carola estaba acostumbrada a este manejo, porque sólo preguntó.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—Disfrazarme de cura -respondió Protos-, nada más... —¿Vas a volver a salir por este lado?

Protos dudó un momento. Después dijo.

—Tienes razón. Es más natural.

Diciendo esto, se agachó, hizo girar una puerta secreta disimulada en el revestimiento del muro, y tan baja que la cama la tapaba completamente. En el momento que pasaba por la puerta, Carola le agarró por el hombro.

—Escucha -le dijo, con un aire de gravedad-. A éste no quiero que le hagas daño.

—¿No te digo que únicamente voy a disfrazarme de cura?

Cuando hubo desaparecido, Carola se levantó y comenzó a vestirse.

Yo no sé qué pensar de Carola Venitequa. El grito que acaba de lanzar me hace suponer que el corazón en ella no está todavía profundamente corrompido. Así muchas veces, en el seno mismo de la abyección, se descubren de pronto extrañas delicadezas sentimentales, como crece una flor azulada en medio de un montón de estiércol. Esencialmente sumisa y devota, Carola, como tantas otras mujeres, tenía necesidad de un director.

Abandonada por Lafcadio, se había lanzado inmediatamente a la rebusca de su primer amante Protos, por desafío, por despecho, para vengarse. Conoció ella de nuevo momentos duros, y tan pronto como Protos la hubo encontrado la hizo su cosa de nuevo. Porque a él le gustaba dominar.

Cualquier otro que no fuera Protos hubiera podido levantarla, rehabilitar a esta mujer. Hubiese bastado desde un principio quererlo. Pero diríase, por el contrario, que Protos tenía gran interés en envilecerla. Ya hemos visto los servicios vergonzosos que este bandido reclamaba de ella; parecía, a decir verdad, que esta mujer se plegaba a ellos sin mucha repugnancia; pero un alma que se rebela contra la ignominia de su suerte no percibe ella misma sus primeros sobresaltos. No es sino a favor del amor como se revela esta

resistencia secreta. ¿Se había enamorado Carola de Amadeo? Sería temerario afirmarlo; pero al contacto de aquella pureza, su corrupción se había sorprendido, y el grito que he referido le salió indudablemente del corazón.

Protos volvió. No había cambiado de traje. Tenía en la mano un paquete de ropas, que dejó sobre una silla.

—Bueno, ¿qué? — dijo ella.

—He reflexionado. Es preciso primero que vaya a Correos y examine su correspondencia. Me mudaré después. Déjame tu espejo.

Se acercó a la ventana, e, inclinado sobre el espejo, se colocó un par de bigotes castaños, apenas un poco más claros que sus cabellos, cortados a ras del labio.

—Llama a Bautista.

Carola acabó de vestirse. Se dirigió a tirar, cerca de la puerta, de un cordón.

—Te he dicho ya que no quiero verte más con esos gemelos. Te hacen identificable.

—Ya sabes quién me los ha regalado.

—Precisamente.

—¿Y vas a estar celoso tú?

—¡Bestia inmunda!

En este momento, Bautista llamó a la puerta y entró.

—¡Toma! Disponte a ascender un peldaño en la escala -le dijo Protos, mostrándole sobre la silla el traje, el cuello y la corbata que había traído del escondrijo-. Vas a acompañar a tu cliente a través de la ciudad. Yo no lo tomaré hasta la tarde. De aquí a entonces, no le pierdas de vista.

Fue a San Luis de los Franceses, adonde marchó a confesarse Amadeo con preferencia a San Pablo, donde la muchedumbre lo asustaba. Le guiaba Bautista, que lo llevó inmediatamente a Correos. Como era necesario, el "Ciempiés" contaba allí con confidentes. La tarjeta de visita pegada sobre la cubierta de la maleta había hecho saber el nombre de Fleurissoire a Bautista, quien se lo comunicó a Protos.

Éste no encontró ningún inconveniente para hacerse entregar por un empleado complaciente una carta de Árnica, ni ningún escrúpulo en leerla.

—¡Es curioso! — decía Fleurissoire cuando, una hora más tarde, vino él, a su vez, a reclamar su correo-. ¡Es curioso! Diríase que el sobre ha sido abierto.

—Aquí ocurre eso con frecuencia -dijo flemáticamente Bautista.

Afortunadamente, la prudente Árnica no aventuraba sino alusiones muy discretas. La carta era muy corta; recomendaba simplemente, siguiendo los consejos del abate Mure, que fuese a ver en Nápoles al cardenal San Felice, S. B., "antes de intentar nada". No se podían desear términos más vagos, ni, por tanto, menos comprometedores.

Ante el mausoleo de Adriano, que se llama Castillo del Santo Ángel, Fleurissoire experimentó un amargo contratiempo. La masa enorme del edificio se alzaba en medio de un patio interior de acceso prohibido al público, y en el cual únicamente los visitantes provistos de permiso podían entrar. Pero se especificaba que debían ir acompañados de un guardián...

Estas precauciones excesivas confirmaban las sospechas de Amadeo; pero también le permitían medir la extraordinaria dificultad de la empresa. En el muelle, casi desierto a esta hora final del día, a lo largo del muro exterior que impedía la aproximación al castillo, erraba entonces Fleurissoire, desembarazado por fin de Bautista. Ante el puente levadizo de la entrada pasaba y repasaba, sombrío y descorazonado. Después se alejaba hasta el borde del Tíber e intentaba por encima de esta primera muralla ver un poco más.

Hasta este momento no había fijado la atención en un sacerdote (¡son tan numerosos en Roma!), sentado en un banco no lejos de allí, sumido aparentemente en su breviario; pero que desde hacía bastante tiempo le observaba. El digno eclesiástico llevaba una larga y abundante cabellera de plata y su color, joven y fresco, indicio de una vida pura, constrastaba con aquel atributo de la vejez. Simplemente en el rostro se hubiera reconocido al sacerdote y en ese no sé qué de decencia que caracteriza al sacerdote francés. Cuando Fleurissoire, por tercera vez, iba a pasar frente al banco, bruscamente el cura se levantó, fue hacia él, y, con una voz que tenía mucho de sollozo, le dijo.

—¡Qué! ¡No soy solo! ¡Qué! ¡Usted también lo busca!

Diciendo esto ocultó el rostro entre las manos, donde los sollozos, largo tiempo contenidos, estallaron. Después, repentinamente, se calmó.

—¡Imprudente! ¡Imprudente! ¡Oculta tus lágrimas! ¡Ahoga tus suspiros!… -y asiendo a Amadeo por los brazos-. No permanezcamos aquí, señor, se nos espía. Ya la emoción, de la que no he podido librarme, ha sido advertida.

Amadeo ahora le seguía los pasos, estupefacto.

—Pero cómo -logró al fin decir-, pero ¿cómo ha podido usted adivinar por qué estoy aquí?

—¡Ha permitido el cielo no sorprenderlo a nadie más que a mí! Pero su inquietud, las tristes miradas con las que inspeccionaba estos lugares, ¿podían escapar al que desde hace tres semanas ronda día y noche? ¡Ay, señor! Tan pronto como le he visto, no sé qué presentimiento, qué aviso de lo alto me ha hecho reconocer por hermana de la mía vuestra… ¡Cuidado, viene una persona! ¡Por amor del cielo, finja una gran indiferencia!

Un acarreador de legumbres avanzaba por el muelle, en sentido contrario. En seguida, como si prosiguiese una frase, sin cambiar de tono, pero más animadamente. -He aquí por qué estos Virginias, tan apreciados por ciertos fumadores, no se encienden nunca más que con la llama de una bujía, después de haber quitado del interior la fina pajita, que tiene por objeto mantener a través del cigarro un pequeño conducto por donde pueda circular el humo. Un Virginia que no tire bien, no es bueno más que para tirarlo a él. Yo he visto a fumadores delicados encender, señor, hasta seis antes de encontrar uno a su gusto… Y cuando el otro hubo pasado.

—¿Ha visto usted cómo nos miraba? Era necesario a toda costa engañarle.

—¡Qué! – exclamó Fleurissoire, atontado-. ¿Es posible que ese vulgar hortelano sea uno de esos, de los que debemos nosotros desconfiar?

—Señor, yo no lo podría afirmar; pero lo supongo. Los alrededores del castillo están especialmente vigilados. Agentes de una policía especial rondan sin cesar por aquí. Para no despertar sospechas, se presentan bajo los disfraces más diversos… Estas gentes son tan

hábiles, ¡tan hábiles!, y nosotros ¡tan crédulos!, ¡tan naturalmente confiados! Pero si yo le dijera, señor, que he estado a punto de comprometerlo todo por no desconfiar de un "facchino" sin apariencia de nada, a quien simplemente la tarde de mi llegada dejé llevar mi modesta maleta desde la estación hasta mi alojamiento... Hablaba francés, y aunque yo hablo italiano corrientemente desde mi infancia... Usted hubiera experimentado, sin duda, esta misma emoción, contra la cual yo no supe defenderme, al oír en tierra extraña hablar mi lengua materna... Pues bien. aquel "facchino"...
—¿Era también?

—Era también. He podido, poco después, convencerme.

Afortunadamente, yo hablé con él muy poco.

—Me hace usted temblar -dijo Fleurissoire-. Yo también, la tarde de mi llegada, es decir, ayer tarde, he caído entre las manos de un guía, a quien confié mi maleta, y que hablaba francés.

—¡Cielos! – dijo el cura, lleno de espanto-. ¿Se llama, por casualidad, Bautista?

—¡Bautista! ¡Es él!-gimió Amadeo, que sentía que las piernas le vacilaban.

—¡Desgraciado! ¿Qué le ha dicho usted? – el cura le apretaba un brazo.

—Nada, que me acuerde.

—¡Busque, busque! ¡Recuerde usted, por amor de Dios!

—No, verdaderamente -balbuceaba Amadeo, aterrado-. Creo no haberle dicho nada de importancia.

—¿Qué le ha dejado usted ver?

—No, nada, verdaderamente; se lo aseguro. Pero hace usted muy bien en advertírmelo.

—¿A qué hotel le ha llevado?

—No estoy en ningún hotel. He tomado una habitación particular.

—Eso no importa. En resumen, ¿dónde ha ido usted?

—A una callejuela que, ciertamente, usted no conocerá -farfulló Fleurissoire, extraordinariamente preocupado-. Poco importa; no permaneceré más allí.

—Escuche usted. Si se marcha pronto, parecerá que tiene usted desconfianza.

—Sí, naturalmente. Tiene usted razón. Es mejor que no me marche en seguida.

—Pero ¡cómo doy gracias al cielo por haberle hecho llegar a Roma hoy! ¡Un día más tarde le faltaría yo! Mañana, imprescindiblemente, tengo que ir a Nápoles, para ver a una santa e importante persona que, en secreto, se ocupa bastante del asunto.

—¿No será acaso el cardenal San Felice? — pregunte Fleurissoire, temblando de emoción.

El cura, estupefacto, dio dos pasos atrás.

—¿Cómo lo sabe" usted?

Después, acercándose.

—Pero ¿por qué he de sorprenderme? Únicamente en Nápoles están en el secreto de lo que nos ocupa. —Usted… ¿le conoce bien?

—¡Si le conozco! ¡Ay, mi buen señor!… Es a él al que le debo… Pero poco importa. ¿Piensa usted ir a verle?

—Sin duda. Si es preciso…

—Es el hombre mejor… -con un ademán brusco se secó el lagrimal-.

Naturalmente, ¿sabrá usted dónde encontrarle?

—Cualquiera podrá indicármelo, supongo. En Nápoles le conocerá todo el mundo.

—¡Ciertamente! Pero ¿usted no tendrá la intención, ni qué decir tiene, de poner a todo Nápoles al corriente de su visita? No se puede hacer más que darse por enterado de su participación en… lo que nosotros sabemos, y no podrá confiársele ningún mensaje en absoluto sin haber sido instruido al mismo tiempo de la manera de abordarlo.

—Dispénseme -dijo tímidamente Fleurissoire, a quien Árnica no había transmitido ninguna indicación a este respecto.

—¡Qué! ¿Acaso intenta ir a buscarle, de sopetón, hasta el mismo Arzobispado? — el cura se echó a reír- ¿y confiarse a él sin rodeos?

—Le confieso que...

—Pero ¿se da usted cuenta, señor -repuso el otro con un tono severo-, se da usted cuenta de que le expone usted a que le detengan a él también?

Mostraba una contrariedad tan viva, que Fleurissoire no se atrevía ni siquiera a hablar.

—¡Una causa tan sutil confiada a tales imprudentes! — murmuraba Protos, que sacó de su bolsillo la extremidad de un rosario, volvió a entrarlo; después se persignó febrilmente; y luego, volviéndose hacia su compañero, dijo-. Pero, en fin, señor, ¿quién le ha metido en este asunto?

¿De quién sigue usted las instrucciones?

—Perdóneme, señor cura -dijo confusamente Fleurissoire-, yo no he recibido instrucciones de nadie; yo soy una pobre alma llena de angustia y que busca por su parte.

Estas humildes palabras parecieron desarmar al cura, que tendió la mano a Fleurissoire.

—Le he hablado muy duramente...; pero ¡nos rodean tales peligros! — Luego, después de una corta vacilación-. ¿Quiere usted acompañarme mañana? Iremos juntos a verle, amigo mío... (Y alzando los ojos al cielo).

Sí, me atrevo a llamarle amigo mío -repitió con un tono convencido-. Detengámonos un instante en este banco. Voy a escribir una palabra, que firmaremos los dos, por la cual le prevendremos de nuestra visita. Echada al correo antes de las seis (a las 18, como dicen aquí), la recibirá él pasado mañana por la mañana, y podrá recibirnos a mediodía; y hasta es posible que podamos desayunar con él.

Se sentaron. Protos sacó un carnet de su bolsillo, y sobre una hoja limpia comenzó, bajo los ojos azorados de Amadeo. "Mi viejo..."

Después, divertido por el estupor del otro, sonrió muy tranquilo.

—¿Entonces hubiera sido al cardenal al que hubiera usted escrito si le hubiesen dejado hacer?

Y en tono amistoso quiso informar a Amadeo. Una vez por semana, el cardenal San Felice abandona el arzobispado clandestinamente, en traje de simple cura. Convertido en el capellán Bardolotti, se traslada a la ladera del Vomero, y en una modesta villa recibe a algunos íntimos y las cartas secretas que los iniciados le dirigen bajo esté falso nombre. Pero aún bajo esta vestidura vulgar no está completamente a salvo; no es seguro que las cartas que recibe por correo no sean abiertas, y suplica que en las cartas no se le diga nada significativo.

Ahora que estaba en el secreto, Amadeo sonreía a su vez.

—"Mi viejo..." ¡Veamos! ¿Qué es lo que se va a decir a este querido viejo? — bromeaba el cura, perplejo con el lápiz-. ¡Ah! "Te llevo un viejo barbián" (Sí, sí, déjelo; yo sé el tono que hace falta.) "Saca una botella o dos de falerno, que mañana iremos a beber contigo. Lo pasaremos bien." Tenga, firme.

—Acaso haría bien no poniendo mi verdadero nombre.

—Usted no tiene importancia -replicó Protos, que al lado del nombre de Amadeo Fleurissoire escribió. "Cava".

—¡Oh! ¡Muy hábil!

—¡Qué! ¿Le sorprende que firme con ese nombre, Cava? No tiene usted más que las del Vaticano en la cabeza. Aprenda esto, mi buen señor Fleurissoire. Cava es una palabra latina que quiere decir "cuidado."

Todo esto lo decía con un tono tan superior y valiente, que el pobre Amadeo sintió un escalofrío bajarle a lo largo de la espalda. Esto no duró más que un momento; el abate Cava había ya recuperado su tono afable y daba a Fleurissoire el sobre donde acababa de escribir la dirección apócrifa del cardenal.

—¿Quiere echarla al correo usted mismo? Es lo más prudente; las cartas de los curas las abren. Y ahora, separémonos; es preciso que no nos vean más tiempo juntos. Nos veremos mañana por la mañana en el tren de Nápoles, a las siete y media. En tercera clase, ¿no es eso? Naturalmente, yo no iré vestido así (¡piense usted en ello!). Me encontrará usted vestido de simple aldeano calabrés. (A causa de

mis cabellos, que no quisiera verme forzado a cortarme.) ¡Adiós! ¡Adiós!

Y se alejaba haciendo con la mano breves ademanes.

—¡Bendito sea el cielo, que me ha hecho conocer a este digno sacerdote!

– murmuraba Fleurissoire-. ¿Qué hubiese hecho yo sin él?

Y Protos, al alejarse, murmuraba.

—¡Ya te darán a ti cardenal! Era capaz de sacar la verdad él solo.

Fleurissoire se quejaba de una gran fatiga. Carola, aquella noche, le había dejado dormir, a pesar del interés que había despertado en ella y de la ternura piadosa, de la que también se había prendado cuando él le confesó su poca experiencia en materia amorosa; dormir, por lo menos, tanto como le permitiera la insoportable desazón por todo el cuerpo de una gran cantidad de picaduras, tanto de pulgas como de mosquitos.

—¡Haces mal en rascarte así! – le dijo ella a la mañana siguiente-. Te irritas. ¡Oh! ¡Qué inflamado está esto! – Y le tocaba la roncha del mentón. Después, mientras él se disponía a salir-. Toma, guarda esto en recuerdo mío. – Y le ponía en los puños al "peregrino" aquellas joyas absurdas que Protos odiaba ver sobre ella. Amadeo prometió volver aquella misma tarde, o lo más tarde al día siguiente.

—¿Me juras no hacerle daño? – repetía Carola un momento después a Protos, que, ya vestido, pasaba por la puerta secreta. Y como se había retrasado por esperar que Fleurissoire se marchara, hubo de tomar un coche para trasladarse a la estación.

Bajo su nuevo aspecto, con su chaquetón, sus calzones pardos, sus sandalias atadas por encima de los calcetines azules, su pipa, su sombrero rojizo de alas planas, era preciso reconocer que tenía menos aire de cura que de perfecto bandido de los Abruzzos. Fleurissoire, que paseaba ante el tren, vaciló en reconocerle cuando le vio llegar con un dedo sobre los labios, como San Pedro mártir; pasar después sin hacer el menor gesto de verle y desaparecer en un vagón a la cabeza del tren. Pero al cabo de un instante reapareció en la portezuela, y mirando en la dirección de Amadeo, guiñando a medias un ojo, le hizo con la mano,

subrepticiamente, señal de aproximarse; y cuando se aprestaba a subir, murmuró.

—Asegúrese de que no hay nadie al lado.

Nadie; su compartimiento estaba en un extremo del vagón.

—Le he seguido de lejos en la calle -reanudó Protos-; pero no he querido abordarle por temor de que nos hubieran sorprendido juntos.

—¿Cómo es posible que yo no le haya visto? — dijo Fleurissoire-. Me he vuelto muchas veces, precisamente para asegurarme de que no me seguían. ¡Su conversación de ayer me ha sumido en tales alarmas!... Veo espías por todas partes.

—Me parece eso precauciones excesivamente peligrosas. ¿Cree usted que es natural volverse cada veinte pasos?

—¡Qué! ¿Verdaderamente se me notaba...?

—Sospechoso. ¡Ay! Digamos la palabra. receloso. Es el aire comprometedor por excelencia.

—¡Y a pesar de eso no he podido descubrir que me seguía usted!... Por el contrario, después de nuestra conversación, a todos los aldeanos que me encontraba les hallaba no sé qué de extraño en su aspecto. Me sentía inquieto si me miraban, y los que no me miraban parecía como si hiciesen intención de no verme. No me he dado cuenta hasta hoy de lo indefinible que es la presencia de la gente en la calle. No hay más que cuatro por cada docena cuya ocupación salte a la vista. ¡Ah! ¡Qué bien puede decirse que me ha hecho usted reflexionar! Sabe usted. para un alma naturalmente crédula como la mía, la desconfianza no es fácil; es un aprendizaje...

—¡Bah! ya se acostumbrará a ello. Y pronto. Ya lo verá. Al cabo de algún tiempo se convierte en costumbre. ¡ Ay! Yo he tenido que adoptarla... Lo importante es conservar la apariencia alegre. ¡Ah!, para su gobierno. aunque sospeche usted que le siguen no se vuelva nunca; sencillamente deje caer el bastón o el paraguas, según el tiempo que haga, o el pañuelo, y al recoger el objeto, con la cabeza baja, mire por entre las piernas detrás de usted por un movimiento natural. Le aconsejo que se ejercite. Pero, dígame, ¿cómo me encuentra con este traje? Tengo miedo de que el cura se deje ver por algún resquicio.

—Esté tranquilo -dijo cándidamente Fleurissoire-. Nadie más que yo, estoy seguro, le reconocerá. Después, observándole afectuosamente y con la cabeza un poco inclinada-. Evidentemente encuentro a través de su disfraz y observándole bien no sé qué de eclesiástico, y bajo la jovialidad de su voz, la angustia que nos atormenta a ambos. Pero ¡qué dominio es necesario para dejar transparentar tan poco! En cuanto a mí, tengo mucho que hacer todavía, bien lo veo; sus consejos…

—Qué curiosos gemelos lleva usted -interrumpió Protos, divertido al reconocer en Fleurissoire los botones de Carola.

—Es un regalo -dijo el otro, enrojeciendo.

Hacía un calor tórrido. Protos miraba por la portezuela.

—El Monte Cassino -dijo-. ¿Ve usted en lo alto el célebre convento?

—Sí, ya lo veo -dijo Fleurissoire con un aire distraído.

—No es usted, me parece, muy sensible al paisaje.

—Sí, sí -protestó Fleurissoire-; me encanta. Pero ¿cómo quiere usted que me interese por nada mientras dure mi inquietud? Es igual que en Roma con los monumentos; no he visto nada, no he podido intentar ver nada.

—¡Cómo le comprendo! — dijo Protos-. Yo mismo, ya se lo he dicho, desde que estoy en Roma he pasado todo el tiempo entre el Vaticano y el castillo del Santo Ángel.

—¡Es una lástima! Pero usted conoce ya Roma.

Así hablaban nuestros viajeros.

En Caserta descendieron, yendo cada uno por su lado a comer un poco de fiambre y a beber.

—Lo mismo en Nápoles, cuando nos acerquemos a la población, nos separaremos -dijo Protos-. Si le parece, usted me seguirá de lejos; como necesitaré algún tiempo, sobre todo si no está solo, para explicarle quién es usted y el objeto de la visita, no debe usted entrar sino un cuarto de hora después que yo.

—Lo aprovecharé para afeitarme. No he tenido tiempo esta mañana.

Un tranvía los conduce a la plaza del Dante.

—Ahora, separémonos -dice Protos-. El camino es todavía bastante largo; pero conviene más ir así. Camine a unos cincuenta pasos detrás y no me mire todo el tiempo, como si tuviese usted miedo de perderme; y no vuelva la cabeza nunca; se haría usted seguir inmediatamente. Tenga aspecto alegre.

Echó delante. Con los ojos a medio bajar seguía Fleurissoire. La calle, estrecha, estaba en pendiente dura; el sol abrasaba; se sudaba; atrepellaba una muchedumbre efervescente que chillaba, gesticulaba, cantaba y atontaba a Fleurissoire. Ante un pianillo bailaban unos chicos medio desnudos. A diez céntimos el billete se organizaba una rifa espontánea alrededor de un gran pavo con plumas que en el extremo de un brazo levantaba un saltimbanqui; para mayor naturalidad, al pasar, Protos tomó un billete y se confundió con la muchedumbre; imposibilitado de avanzar, Fleurissoire creyó por un momento haberle perdido; después le volvió a encontrar, pasado el pelotón, que continuaba a pasos cortos la ascensión, llevando bajo el brazo el pavo.

Las casas, por fin, se espaciaban; eran más bajas y el pueblo se diseminaba. Protos caminaba más lentamente. Se detuvo ante la puerta de un barbero, y volviéndose hacia Fleurissoire le guiñó un ojo; después, veinte pasos más allá, se paró de nuevo ante una puertecita baja, y llamó.

El aspecto de la barbería no era muy atrayente; pero para designar esta peluquería el abate Cava tenía sin duda sus razones; Fleurissoire hubiera tenido, primeramente, que volver hacia atrás bastante lejos para encontrar otra, y sin duda no mucho mejor que ésta. La puerta, a causa del excesivo calor, estaba abierta; una cortina de burda estameña retenía las moscas y dejaba pasar el aire; había que levantarla para entrar. Entró.

Ciertamente era un hombre hábil este barbero que, precavidamente con una punta del paño, después de haber enjabonado el mentón de Amadeo, separaba la espuma y dejaba libre el botón rojizo que su cliente, temeroso, le señalaba. ¡Oh somnolencia! ¡Adormecimiento cálido de esta pequeña barbería tranquila! Amadeo, con la cabeza hacia atrás, medio acostado en el sillón de cuero, se abandonaba. ¡Ah!, unos momentos por lo menos olvidar. No pensar en el Papa, en los mosquitos, ni en Carola. Creerse en Pau, cerca de Árnica, creerse en otra parte; no saber exactamente dónde se está... Cerraba los

ojos, después los entreabría, distinguía como en un sueño, en frente de él, en el muro, una mujer con el cabello suelto saliendo del mar napolitano y llevando del fondo de las olas, con una voluptuosa sensación de frescura, un resplandeciente frasco de loción capilar. Por debajo de este cartel, otros frascos sobre una repisa de mármol alineados detrás de una barra de cosmético, una borla de polvos de arroz, una pinza, una lanceta, un bote de pomada, un bocal en el que nadaban indolentemente algunas sanguijuelas; un segundo bocal que encerraba la cinta de una lombriz solitaria; un tercero, en fin, sin cubierta, lleno hasta la mitad de una substancia gelatinosa y en cuyo cristal transparente había pegada una etiqueta sobre la que había escrito con letra mayúscula de fantasía, a mano.

ANTISÉPTICO.

Ahora el barbero, para llevar a la perfección su obra, ponía de nuevo sobre la cara ya afeitada una espuma untuosa y afilaba una segunda navaja en el hueco de su mano húmeda. Amadeo no pensaba ni remotamente en que le aguardaban y sin intención ninguna de marcharse se adormecía... En este momento un siciliano de voz recia entró en la barbería rompiendo aquella tranquilidad. El barbero, que en seguida trabó conversación, afeitaba distraídamente y con un navajazo ¡villano! segó el habón.

Amadeo dio un grito, quiso llevarse la mano a la cortadura, de la que brotaba una gota de sangre.

"Niente! Niente!", dijo el barbero, que le retenía el brazo, y del fondo de un cajón tomó un poco de guata amarilla, que mojó en el "antiséptico" y aplicó sobre la herida.

Sin inquietarse de si hacía volverse a los que pasaban, ¿adonde corría Fleurissoire bajando hacia la ciudad? Al primer farmacéutico que encontró mostró su mal. El facultativo sonrió; viejo verdoso, de aspecto malsano, que cogió de un bote un redondelito de tafetán, se lo pasó por la larga lengua y...

Saltando fuera de la botica, Fleurissoire escupió asqueado, arrancó el tafetán aglutinante y estrujando entre dos dedos su grano le hizo sangrar lo más posible. Después, con un pañuelo, empapado en saliva, su propia saliva esta vez, frotó. Miró después su reloj, se atontó, volvió a subir la calle a la carrera y llegó ante

la puerta del cardenal sudando, soplando, sangrando, congestionado, con un cuarto de hora de retraso.

Protos lo recibió con un dedo sobre los labios.

—No estamos solos -dijo rápidamente-. Mientras los criados estén aquí, nada que pueda despertar sospechas; todos hablan francés; ni una palabra, ni un gesto que pueda traicionarnos; no se le vaya a escapar lo del cardenal; es Ciro Bardolotti, el capellán quien lo recibe. Yo no soy tampoco el "abate Cava"; yo soy Cava simplemente. ¿Comprendido?

Y bruscamente, cambiando de tono, con voz fuerte y dándole palmadas en la espalda.

—¡Es él, caramba! ¡Es Amadeo! ¡Vaya con mi colono! ¡Le has dedicado bastante tiempo a tu barba! Unos minutos más y, ¡por Baco!, nos hubiéramos puesto a la mesa sin ti. El pavo que daba vueltas en el asador estaba ya dorado como un sol poniente. — Y después, en tono muy bajo-. ¡Ah, querido señor, qué penoso me es disimular... Tengo el corazón torturado... -Y seguidamente, a gritos-. Pero ¿qué veo? ¿Te han cortado? ¡Sangras! ¡Dorino! Corre a la granja, trae una tela de araña. Es lo mejor para las heridas...

Bromeando así empujaba a Fleurissoire a través del vestíbulo, hacia un jardín interior en forma de terraza, donde, bajo el emparrado estaba servida la comida.

—Mi querido Bardolotti, le presento al señor de la Fleurissoire, mi primo, el mozo del que ya le he hablado.

—Sea bienvenido -dijo Bardolotti con un gesto amplio, pero sin levantarse del sillón en el que estaba sentado. Y después, mostrando sus pies desnudos sumergidos en un barreño de agua clara, añadió-. El pediluvio me abre el apetito y me descongestiona.

Era un extraño hombre pequeñín, gordinflón, cuya cara imberbe no acusaba ni edad ni sexo. Estaba vestido de alpaca; nada en su aspecto denunciaba a un alto dignatario; era necesario ser muy perspicaz o estar advertido, como lo estaba Fleurissoire, para descubrir bajo su aire jovial una discreta unción cardenalicia. Se apoyaba de costado sobre la mesa y se abanicaba negligentemente con una especie de sombrero puntiagudo hecho con una hoja de periódico.

—¡Ah! Yo soy muy sensible… ¡Ah! El agradable jardín… -balbuceaba Fleurissoire igualmente embarazado para hablar y para decir algo.

—¡Demasiado húmedo! – exclamó el cardenal-. ¡Eh! ¡Que me quiten este barreño! ¡Asunción!

Una joven sirvienta, vivaracha y rolliza, cogió el barreño y fue a vaciarlo sobre una platabanda; sus pechos, que escapaban del corsé, temblaban bajo la camisa; reía y remoloneaba cerca de Protos y Fleurissoire se sentía molesto por la provocación de sus brazos desnudos. Dorino puso las botellas sobre la mesa. El sol jugueteaba a través de los pámpanos, iluminando a ráfagas los platos sobre la mesa sin mantel.

—Aquí nada de ceremonias -dijo Bardolotti, y se encasquetó el periódico-. Hay que entender con medias palabras, querido señor.

Con un tono autoritario, espaciando las sílabas y golpeando con el puño sobre la mesa, el abate Cava a su vez repuso.

—Aquí nada de ceremonias.

Fleurissoire hizo un ligero guiño. Sí, él comprendía con medias palabras, ciertamente, y no había necesidad de repetirlo; pero en vano buscaba alguna frase que pudiese a la vez no decir nada y expresarlo todo.

—¡Hable! ¡Hable! – apuntaba Protos-. Haga chistes; comprenden muy bien el francés.

—¡Vamos! Siéntese usted -dijo Ciro-. Mi querido Cava, para usted esta sandía y hágala rajas. ¿Es usted de esas personas, señor Fleurissoire, que prefieren los pretenciosos melones del norte a nuestros jugosos melones de Italia?

—No los hay como éstos, estoy seguro; pero permítame que me abstenga; tengo el estómago un poco alterado -dijo Amadeo, que sentía náuseas al recuerdo del farmacéutico.

—¡Unos higos entonces al menos! Dorino acaba de cogerlos.

—Perdóneme, no tomo nada más.

—¡Malo, malo! Haga chistes -le deslizó Protos al oído. Después, en voz alta-. Levantemos ese ánimo con el vino y preparémoslo para el pavo.

Asunción, sirve a nuestro amable invitado.

Amadeo tuvo que beber más de lo que tenía por costumbre. El calor y la fatiga ayudaban y bien pronto comenzó a ver turbio. Bromeaba con menos esfuerzo. Protos le hizo cantar; su voz era endeble, pero él se extasiaba. Asunción quiso abrazarle. Sin embargo, del fondo de su fe destrozada se elevaba una angustia indefinible; reía para no llorar. Admiraba aquella tranquilidad de Cava, aquella naturalidad... ¿Qué otro que Fleurissoire y que el cardenal podía pensar que fingía? Bardolotti también, a fuerza de disimulo, dueño de sí, no cedía en nada al abate y reía, y aplaudía, y empujaba lascivamente a Dorino cuando Cava, teniendo a Asunción derribada en sus brazos, restregaba el hocico contra ella; y como

Fleurissoire, inclinado hacia Cava, medio roto el corazón, murmuraba. "¡Cómo debe usted sufrir!", Cava, a espaldas de Asunción, le cogía la mano y se la apretaba sin decir nada, con la cara vuelta y los ojos levantados al cielo.

Después, bruscamente, de pie, Cava se frotó las manos.

—¡Ea! ¡Que nos dejen solos! Ya servirá más tarde. Márchese. Pronto.

Pronto.

Se aseguró de que ni Dorino ni Asunción se quedaron escuchando y volvió con la cara súbitamente grave, alargada, en tanto que el cardenal, pasándose la mano por el rostro, se despojaba de un golpe de la profana y ficticia alegría.

—Vea usted, señor de Fleurissoire, hijo mío, vea usted a lo que estamos reducidos. ¡Ah! ¡Esta comedia! ¡Esta vergonzosa comedia!

—Nos hace mirar con horror -añadió Protos- hasta la diversión más honesta y hasta la más pura alegría.

—Dios sabrá agradecérselo, mi pobre y querido Abate Cava -replicaba el cardenal volviéndose hacia Protos-, Dios le recompensará por ayudarme a vaciar este cáliz -y por símbolo se soplaba de un golpe su copa mediana en tanto que en su rostro se pintaba el más doloroso disgusto.

—¡Qué! – exclamaba Fleurissoire atónito-. ¿Es posible que hasta en este mismo retiro y bajo esos hábitos prestados vuestra eminencia tenga...?

—Hijo mío, llámame, señor, sencillamente. —Perdóneme, entre nosotros... —Aun solo, me estremezco.

—¿No puede usted elegir sus criados?

—Me los eligen, y esos dos que usted ha visto...

—¡Ah! ¡Si yo lo decía! — interrumpió Protos-. ¡Adónde van a conducirnos nuestras menores palabras!

—Puede ser que al arzobispado...

—¡Silencio! ¡Nada de palabras gruesas! Haría usted que nos detuvieran.

No olvide que es el capellán Ciro Bardolotti a quien habla.

—Estoy a merced de ellos -gemía Ciro.

Y Protos, inclinándose hacia adelante sobre la mesa en la que cruzaba sus brazos, vuelto hacia Ciro, dijo.

—¡Sí! Ya le decía yo que no le dejaban a usted un minuto solo ni de noche ni de día.

—Sí, sea cual sea el disfraz que me vista -replicaba el falso cardenal- no me asegura de no tener policía secreta en mi persecución.

—¡Qué! ¿Saben que está usted aquí?

—No acaba usted de comprender -dijo Protos-. Entre el cardenal SanFelice y el modesto Bardolotti es usted, lo digo ante Dios, uno de los pocos que pueden enorgullecerse de establecer alguna semejanza. Pero, comprenda usted esto. ¡sus enemigos no son los mismos! Y en tanto que el cardenal, desde su arzobispado, debe defenderse contra los francmasones, el capellán Bardolotti se ve acechado por...

—¡Los jesuítas! — interrumpió desesperadamente el capellán.

—Eso es lo que yo no había sabido todavía -añadió Protos.

—¡Ah! ¡También tenemos a los jesuitas contra nosotros! — gemía

Fleurissoire-. Pero ¿qué es lo que hace suponerlo? ¡Los jesuitas! ¿Está usted seguro?

—Reflexione un poco y le parecerá muy natural. Comprenda que esta nueva política de la Santa Sede, toda ella de conciliación, de acomodamiento, está hecha para agradarles y que encuentran su compensación en las últimas encíclicas. Y puede que no sepan que el Papa que las promulga no es el "verdadero"; pero se sentirían desolados si cambiase.

—Sí, le comprendo bien -decía Fleurissoire-; los jesuitas serían aliados de los francmasones en este asunto. — ¿De dónde saca usted eso? — Pero lo que el señor Bardolotti me revela ahora... -No le haga decir absurdos. — Dispénseme. ¡Entiendo tan poco de política! — Por eso es por lo que no comprende usted más allá de lo que oye. Están frente a frente dos grandes partidos. la Logia y la Compañía de Jesús, y como nosotros, que estamos en el secreto, no podemos sin descubrirnos reclamar apoyo de uno ni de otro, los tenemos a todos contra nosotros.

—¿Eh? ¿Qué es lo que piensa usted de esto? — preguntó el cardenal.

Fleurissoire no pensaba nada; estaba completamente abatido.

—¡Todos contra él! — repetía Protos-. Ocurre siempre así cuando se está en posesión de la verdad.

—¡Ah! ¡Qué feliz era cuando no sabía nada! — gemía Fleurissoire-. ¡Ay! ¡Ahora nunca más podré saber nada!...

—Todavía no os ha dicho todo -continuó Protos tocandóle dulcemente el hombro-. Prepárese para lo más terrible... -Después, inclinándose y en voz baja-. A pesar de todas las precauciones, el secreto ha trascendido; algunos estafadores, aprovechándose de ello en los departamentos piadosos, van pidiendo familia por familia, y siempre en nombre de la cruzada, recogen para ellos el dinero que debían enviarnos.

—¡Pero eso es monstruoso!

—Hay que añadir -dijo Bardolotti- que arrojando la sospecha sobre nosotros mismos nos obligan a redoblar la astucia.y la circunspección.

—¡Tenga, lea esto! — dijo Protos dando a Fleurissoire un número de la Croix-; el periódico es de anteayer. ¡Estos simples párrafos lo dicen todo!

"Nunca sabremos ponernos en guardia lo bastante -leía Fleurissoire nosotros, las almas devotas, contra los manejos de los falsos eclesiásticos, y particularmente de un falso canónigo, que se dice encargado de una misión secreta y que, abusando de la credulidad, llega a obtener dinero para una obra que se titula. '¡CRUZADA PARA LA LIBERACIÓN DEL PAPA!' El solo título de esta obra denota su absurdo."

Fleurissoire sentía el suelo moverse y ceder bajo sus pies.

—¡A quién confiarse, pues! Pero si yo les dijese a mi vez, señores, que es posible que a causa de este ratero -quiero decir del falso canónigo- estoy ahora entre ustedes.

El abate Cava miró gravemente al cardenal, y después golpeó con el puño sobre la mesa.

—¡Pues bien! Yo no lo creo -exclamó.

—Todo me inclina a temer ahora -continuó Fleurissoire-, que la persona por la que estoy al corriente del asunto no haya sido víctima también de los manejos de este bandido.

—No me sorprendería -dijo Protos.

—Ahora se dará usted cuenta -repuso Bardolotti- de lo difícil que es nuestra posición entre esos estafadores que se amparan en nuestro papel y la Policía, que los busca y nos expone a ser tomados por ellos.

—Es decir -gemía Fleurissoire-, que no sabe uno a qué atenerse. Yo no veo más que peligro por todas partes. – ¿Se sorprenderá usted todavía, después de esto, de los excesos de nuestra prudencia? – dijo Bardolotti.

—Y comprenda usted -continuó Protos- que nosotros no vacilamos, en ocasiones, en vestirnos el traje del pecado y fingir alguna complacencia ante las más culpables alegrías.

—¡Ay! – balbuceó Fleurissoire-, usted, por lo menos, se limita a fingir, y para ocultar sus virtudes es por lo que simula el pecado. Pero yo…

Y como los vapores del vino se mezclaban a los nubarrones de la tristeza y los eructos de la borrachera con los hipos de los sollozos, inclinado hacia Protos, comenzó por devolver su desayuno

y después relató confusamente su velada con Carola y el duelo de su virginidad. Bardolotti y el abate Cava tenían que hacer grandes esfuerzos para no reventar de risa.

—En fin, hijo mío, ¿se ha confesado usted? — preguntó el cardenal lleno de solicitud.

—Ayer por la mañana.

—¿El sacerdote le ha dado la absolución?

—Con mucha facilidad. Eso es precisamente lo que me atormenta... Pero ¿podía yo confiarle que no era un peregrino ordinario, revelarle lo que me traía a este país?... ¡No, no! Ya está hecho; esta misión de elegido reclamaba un servidor sin tacha. Yo fui designado. Ahora, ya está hecho.

¡Estoy caído!

Y de nuevo le sacudían los sollozos, en tanto que golpeándose el pecho repetía.

—¡Yo no soy digno! ¡Yo no soy digno!... Después reanudaba una especie de melopea. -¡Ah! Ustedes que me oyen ahora y que conocen mi peligro, júzguenme, condénenme, castíguenme... Díganme qué extraordinaria penitencia me lavará de este crimen extraordinario, qué castigo.

Protos y Bardolotti se miraban. El último, por fin, levantándose, comenzó a dar golpecitos a Amadeo en el hombro.

—¡Vamos, vamos, hijo mío! No hay que abandonarse así a la desesperación. Pues bien, sí, ha pecado usted. Pero ¡qué diablo!, no por eso tenemos menos necesidad de usted. Está usted sucio; tenga, tome esta servilleta y límpiese. Sin embargo, comprendo su angustia, y ya que ha recurrido a nosotros queremos proporcionarle el medio de redimirse. Se encuentra usted mal. Déjeme que le ayude.

—¡Oh, no se moleste! ¡Gracias, gracias! — decía Fleurissoire, y Bardolotti, limpiándole, proseguía.

—No obstante, comprendo sus escrúpulos, y para respetarlos voy a proporcionarle primeramente un pequeño trabajo silencioso que le dará ocasión para levantarse el ánimo y poner toda su devoción en la prueba.

—Eso es lo que deseo.

—Vamos, querido abate Cava, ¿tiene usted ahí ese chequecillo?

Protos sacó un papel del bolsillo interior de su chaquetón.

—Enredados como estamos -prosiguió el cardenal- tropezamos muchas veces con inconvenientes para recoger las ofrendas en especie que algunas buenas almas solicitadas secretamente nos envían. Vigilados al mismo tiempo por los francmasones y por los jesuitas, por la policía y por los bandidos, no conviene que nos vean presentar cheques u órdenes de pago en las ventanillas de Correos o en los Bancos donde nuestra persona podría ser reconocida. ¡Los estafadores de que le hablaba hace poco el abate Cava, han desacreditado de tal forma las colectas!... (Protos, entre tanto, tamborileaba impaciente sobre la mesa.) En resumen. aquí tenemos un modesto cheque de seis mil francos, que le ruego, hijo mío, tenga la bondad de cobrar para nosotros; está librado contra el Crédito Comercial de Roma por la duquesa de Ponte-Cavallo; aunque dirigido al arzobispo, el nombre del destinatario, por prudencia, se ha dejado en blanco, de manera que lo puede recoger cualquier portador; usted lo firmará sin ningún temor con su verdadero nombre, que no despertará sospechas. Tenga mucho cuidado no vayan a robarle, ni... ¿Qué tiene usted, mi querido abate Cava? Parece que se encuentra nervioso.

—No es nada.

—Ni la cantidad, que me llevará usted a... Veamos. usted vuelve a Roma esta noche; puede usted volver a tomar mañana el tren rápido de las seis de la tarde, a las diez llegará usted a Nápoles de nuevo, y yo estaré en el andén de la estación esperándole... Después de esto ya veremos de ocuparle en un trabajo más elevado... No, hijo mío, no me bese la mano, ya ve que está sin anillo.

Y tocó la frente de Amadeo, medio prosternado ante él, y Protos lo cogió por el brazo y lo sacudió dulcemente.

—¡Vamos, beba un vaso antes de ponerse en camino! Yo siento no poder acompañarle a Roma, pero diversos asuntos me retienen aquí y vale más que no nos vean juntos. Adiós. Abracémonos, querido Fleurissoire. ¡Dios le guarde! Y le agradezco que me haya dado ocasión de conocerle.

Acompañó a Fleurissoire hasta la puerta, y despidiéndose, le dijo.

—¡Ah, señor! ¿Qué le ha parecido el cardenal? ¡No causa pena ver lo que hacen las persecuciones de una tan noble inteligencia!

Después, de vuelta junto al falso cardenal.

—¡Embrutecido! ¡Tiene gracia lo que acabas de inventar! ¡Endosar el cheque a un infeliz que no tiene ni pasaporte y al que no hay que perder de vista!

Pero Bardolotti, muerto de sueño, dejaba descansar la cabeza sobre la mesa y murmuraba.

—Hay que dar ocupación a los viejos.

Protos fue a una habitación para despojarse de su peluca y de su traje de aldeano; reapareció en seguida, rejuvenecido en sus treinta años bajo el indumento de un empleado de almacén o de banca de aspecto subalterno. No le quedaba mucho tiempo para atrapar el tren que sabía conduciría también a Fleurissoire, y se marchó sin despedirse de Bardolotti, que dormía.

Fleurissoire volvió a Roma y a la calle Vecchierelli aquella misma tarde.

Estaba en extremo fatigado y consiguió de Carola que le dejase dormir.

Al día siguiente, al despertarse, su grano, al tacto, le pareció excesivo; lo examinó en un espejo y comprobó que una escama amarillenta recubría la cortadura; el conjunto tenía un aspecto deplorable. Como en aquel momento oyera a Carola trajinar en el descansillo de la escalera, la llamó y le rogó que examinara la herida. Aproximó a Fleurissoire a la ventana y afirmó al primer golpe de vista.

—Esto no es lo que tú crees.

A decir verdad, no pensaba particularmente en "aquello", pero el esfuerzo de Carola para tranquilizarle le inquietó, por el contrario. Porque, en fin, desde el momento en que ella afirmaba que no era "aquello", era natural que hubiera podido ser. Después de todo, ¿estaba segura de que no era aquello? Y que fuese "aquello" lo encontraba muy natural, porque, en fin de cuentas, había pecado y merecía que lo fuese. Así debía ser. Un escalofrío le corrió a lo largo de la espalda.

—¿Cómo te has hecho eso? — le preguntó.

¡Ah! Qué importaba la causa ocasional, cortadura de navaja o saliva del farmacéutico; la causa íntima, la que merecía este castigo, ¿podía decentemente decírsela? ¿Y la comprendería ella? Sin duda lo hubiese tomado a risa... Y como repitiese la pregunta.

—Fue un barbero -le respondió.

—Debes ponerte alguna cosa.

Esta solicitud barrió sus últimas dudas; lo que le había dicho antes no fue más que para tranquilizarle; se veía ya el rostro y el cuerpo comido de pústulas, objeto de horror para Árnica. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Entonces, tú crees que...

—No, nenito, no hay de qué acongojarse. Tienes el aire de un empleado de pompas fúnebres. Primeramente, si fuera eso, no se podría saber nada todavía.

—¡Sí, sí!... ¡Me está bien empleado! ¡Me está bien empleado! — repetía.

Carola se enternecía.

—Además, eso no empieza, así como así. ¿Quieres que llame a la patrona para que te lo diga?... ¿No? Bueno. Debes dar un paseo para distraerte y beber un vaso de zarzaparrilla.

Guardó silencio un instante, y no pudiendo ya contenerse, añadió.

—Escucha. voy a hablarte de cosas serias. ¿No te has encontrado ayer a un sacerdote de cabellos blancos?

¿Cómo sabía ella eso? Estupefacto, Fleurissoire preguntó.

—¿Por qué?

—Pues bien... -duda todavía, le mira, le ve tan pálido, que continúa en un arranque-. Pues bien, ¡desconfía de él! Créeme, mi pobre pichoncito, va a desplumarte. No debía decirte esto, pero... desconfía de él.

Amadeo se disponía a salir, completamente trastornado por estas palabras. Estaba ya en la escalera cuando ella le llamó.

—Sobre todo, si vuelves a verlo, no le digas que yo te he hablado. Eso sería como si me matases.

La vida se hacía decididamente demasiado complicada para Amadeo. Para colmo, sentía los pies helados, la frente ardorosa y las ideas desordenadas. ¿Cómo recuperarse ahora si el mismo abate no era más que un bribón?... Entonces, ¿el cardenal también podía ser...? ¡Pero el cheque! Sacó el papel de su bolsillo, lo palpó, se aseguró de su realidad. ¡No! ¡No era posible! Carola se engañaba. Y además, ¿qué sabía ella de los intereses misteriosos que forzaban al pobre Cava a hacer aquel doble juego? Sin duda había que ver allí, sobre todo, algún mezquino rencor de Bautista, contra el que precisamente el buen abate le había puesto en guardia... ¡No importa! Abriría todavía más los ojos; desconfiaría en adelante de Cava, como desconfiaba ya de Bautista, y ¿quién sabe si de la misma Carola?...

—He aquí -se decía- a la vez la consecuencia y la prueba de este vicio inicial, de este derrumbamiento de la Santa Sede. todo lo demás zozobra a la vez. ¿A quién confiarse si no al Papa? Y si cedía aquella piedra angular, sostén de la Iglesia, nada merecía ser verdad.

Amadeo caminaba apresuradamente, a pasos cortos, en dirección a Correos; esperaba encontrar algunas noticias del pueblo, en las cuales asentar su confianza fatigada. El ligero bullicio de la mañana y la profusa luz donde se evaporaban y tomaban aspecto irreal los objetos, favorecía su vértigo; avanzaba como en un sueño, dudando de la solidez del suelo, de los muros y de la existencia real de los viandantes con los que se cruzaba, dudando, sobre todo, de su presencia en Roma... Se pellizcaba para salir de aquel mal sueño y encontrarse otra vez en Pau, en su cama, cerca de Árnica ya levantada, que, según su costumbre, inclinada hacia él iba, en fin, a

preguntarle. "¿Has dormido bien, querido mío?"

En Correos, el empleado le reconoció y no puso ninguna dificultad para entregarle una nueva carta de su esposa.

...acabo de saber por Valentina de Saint-Prix -le decía Árnica- que Julio está también en Roma para asistir a un Congreso. ¡Cómo me alegro al pensar que vas a verle! Desgraciadamente Valentina no ha podido darme su dirección. Cree que irá al Gran Hotel, pero no está segura; sabe únicamente que debe ser recibido en el Vaticano el

jueves por la mañana; ha escrito previamente al cardenal Pazzi para obtener una audiencia. Viene de Milán, donde ha estado a ver a Anthime, que se encuentra muy mal, porque no obtiene nada de lo que le había prometido la Iglesia después de su proceso. Por eso, Julio quiere ver a nuestro Santo Padre para pedirle justicia, porque naturalmente, no debe saber nada todavía. Él te contará su visita y tú puedes ilustrarle.

Espero que tomarás todas las precauciones necesarias contra los malos aires y que no te fatigarás demasiado. Gastón viene a verme todos los días y te echamos mucho de menos. Qué contenta voy a ponerme cuando me anuncies tu regreso, etcétera...

Y garrapateadas de través, con lápiz, en la cuarta cara, algunas palabras de Blafaphas.

Si vas a Nápoles deberás informarte de cómo hacen los agujeros en los macarrones. Estoy en vías de un nuevo descubrimiento.

Una alegría radiante envolvió el corazón de Amadeo, mezclada con una cierta molestia. el jueves, día de audiencia, era precisamente hoy mismo. No se atrevía a dar a lavar la ropa y empezaba a faltarle. A lo menos, así lo creía. Aquella mañana se había puesto el cuello de la víspera, que dejó de parecerle suficientemente limpio cuando supo que podía encontrarse con Julio. La alegría que tuvo por la posibilidad de este encuentro se enfrió. No había que pensar en volver a la calle Vecchierelli si quería sorprender a su cuñado a la salida de la audiencia, y esto no le desconcertaba tanto como esperarle en el Gran Hotel. Por lo menos, se cuidó de volverse los puños, y en cuanto al cuello, lo recubrió con su corbata, que presentaba, entre otras, la ventaja de ocultarle casi la herida.

Pero ¿qué importaban estas bagatelas? La verdad era que Fleurissoire se sentía inefablemente tonificado por esta carta y que la perspectiva de volver a encontrarse con uno de los suyos, con su vida pasada, relegaba bruscamente a su sitio los monstruos abortados por su imaginación de viajero. Carola, el abate Cava, el cardenal, todo flotaba ante él como un sueño que cortaba de golpe el canto del gallo. ¿Por qué había salido entonces de Pau? ¿Qué significaba esta fábula absurda que lo había apartado de su felicidad? ¡Pardiez! había un Papa, y dentro de algunos momentos Julio iba a poder declarar. ¡Yo lo he visto! Un Papa, y esto era bastante. ¿Dios podía autorizar su sustitución monstruosa, en la

que él, Fleurissoire, no hubiera creído sin este absurdo orgullo de desempeñar un papel en este asunto?

Amadeo marchaba de prisa, a pequeños pasos, conteniéndose difícilmente de correr. Poco a poco volvía a la confianza; todo en torno recobraba peso, medida, posición natural y verdadera realidad. Tenía su sombrero de paja en la mano; cuando llegó ante la basílica fue acometido de un tan noble entusiasmo que comenzó por dar la vuelta a la fuente de la derecha y al pasar bajo el viento del surtidor se dejó humedecer la frente y sonrió al arco iris.

De pronto se paró. Allí, cerca de él, sentado en el basamento del cuarto pilar de la columnata, ¿no veía a Julio? Tardó en reconocerle, pues si su traje era decente, su actitud lo era poco; el conde de Baraglioul había colocado su sombrero de paja negra cerca de él, sobre el pico de cuervo de su bastón clavado entre dos losas, y sin preocuparse de la solemnidad del sitio, el pie derecho sobre la rodilla izquierda, como un profeta de la Sixtina, apoyaba sobre su rodilla derecha un cuaderno; en este momento apoyó sobre las hojas un lápiz que tenía en alto, y escribió tan atento únicamente a los dictados de una inspiración apremiante que Amadeo hubiera podido gritar ante él sin que le viera. Mientras escribía, hablaba, y si el susurro del surtidor apagaba el ruido de sus palabras, no impedía que se le viese mover los labios.

Amadeo se aproximó dando discretamente la vuelta al pilar. Cuando iba a tocar al otro en el hombro.

—¡Y en este caso, qué nos importa! — declamó Julio, que escribía esas palabras al final de la página en su carnet, se guardó después el lápiz en el bolsillo y se levantó bruscamente dándose de narices con Amadeo.

—Por el Santo Padre, ¿qué haces aquí?

Amadeo temblando de emoción, tartamudeaba y no podía decir nada; apretaba convulsivamente una mano de Julio entre las dos suyas. Julio, mientras tanto, lo examinaba.

—Mi pobre amigo, ¿que es lo que has hecho?

La providencia había favorecido poco a Julio; de los dos cuñados que le quedaban, uno se volvía beato y el otro era un infeliz. Hacía lo menos tres años que no veía a Amadeo y lo encontraba envejecido en

más de doce; sus mejillas estaban hundidas, la nuez prominente, el amaranto de su corbata exageraba su palidez; su mentón temblaba; sus ojos zarcos se movían de una manera que quería ser patética y no era más que bufa; había traído de su viaje de la víspera un tono misterioso, de manera que sus palabras parecían venir de ultratumba. Siempre ocupado por su pensamiento.

Y sumido por entero en el propio pensamiento.

—Entonces, ¿lo has visto? – dijo.

—¿A quién? – preguntó Julio.

Ese "quién" sonó en Amadeo como un doblar a muerto y como una blasfemia. Precisó discretamente.

—¿No sales del Vaticano?

—En efecto. Dispénsame, no había vuelto a acordarme de ello... ¡Si supieses lo que me ha sucedido!

Sus ojos brillaron, parecía que iban a salirse de las órbitas.

—¡Oh, por favor -suplicó Fleurissoire-, dime eso en seguida! Habíame antes que nada de la visita. Estoy impaciente por saber... —¿Te interesa eso?

—Pronto comprenderás cuánto. Habla, habla, te lo ruego.

—Pues bien. Verás -comenzó Julio cogiendo por un brazo a Fleurissoire y alejándose de San Pedro-. Ya sabrás en qué miseria ha dejado su conversión a nuestro Anthime; es inútil que espere todavía lo que le prometió la Iglesia en recompensa de lo que le han enajenado los francmasones. Anthime ha sido burlado, hay que reconocerlo... Mi querido amigo, tú puedes tomar como quieras esta aventura, pero yo la tengo por una farsa burda, pero sin la cual no vería tan claro en lo que nos ocupa hoy y que estoy tan deseoso de contarte. He aquí. ¡un ser de inconsecuencia! Es mucho decir... y, sin duda, esta aparente inconsecuencia oculta una secuencia más sutil y secreta; lo importante es que lo que la mueve es una simple razón de interés, o, como dices tú corrientemente, no obedece a motivos interesados.

—No te entiendo bien -dice Amadeo.

—Es verdad, perdóname; me aparto de mi visita. Decidí tomar a mi cargo el asunto de Anthime... ¡Ah, querido! ¡Si hubieras visto la casa que ocupa en Milán! "Tú no puedes continuar aquí", le dije en seguida. ¡Y cuando pienso en la desdichada Verónica!... Pero está convertido en asceta, en capuchino; no permite que se le pregunte, ni, sobre todo, que se acuse al clero. "Amigo mío, le dije entonces, admito que el alto clero no sea culpable, pero entonces es que no lo sabe. Permíteme que vaya a enterarle." —Yo creo que el cardenal Pazzi... -deslizó Fleurissoire.

—Sí. No se consiguió nada. Ya comprenderás que ninguno de esos altos dignatarios quiere comprometerse. Era preciso para llevar adelante el asunto alguien que no fuese de la partida; yo, por ejemplo. Porque, ¡admírate de la manera en que se hacen los descubrimientos! ¡Los más importantes! Parece una iluminación fulminante, en el fondo no se para uno a pensar en ello. Por eso desde hace mucho tiempo me preocupaba el exceso de lógica de mis personajes y su determinación insuficiente. — Temo -dijo dulcemente Amadeo- que vuelvas a desviarte otra vez.

—Nada de eso -repuso Julio-. Eres tú, que no sigues mi pensamiento. En resumen. ha sido al mismo Santo Padre a quien resolví dirigir mi súplica y fui a llevársela esta mañana.

—Entonces, contéstame pronto. ¿le has visto?

—Mi querido Amadeo, si me interrumpes a cada paso... ¡Pues bien! No se puede imaginar lo difícil que es verle.

—¡Pardiez! — dijo Amadeo.

—¿Qué dices?

—Luego hablaré.

—Primeramente, he tenido que renunciar por completo a entregarle mi súplica. Tuve que quedarme con ella en la mano; era un regular rollo de papel, pero desde la segunda antecámara, o la tercera, no me acuerdo bien, un mocetón, vestido de negro y de rojo, me la quitó muy cortésmente.

Amadeo comenzó a reír por lo bajo, como quien está informado de todo y sabe todo lo que hay que saber.

—En la antecámara siguiente me quitaron el sombrero, que dejaron sobre una mesa. En la quinta o sexta, donde aguardé mucho tiempo en compañía de dos señoras y de tres prelados, vino a buscarme una especie de chambelán y me introdujo en la sala vecina, donde, tan pronto como estuve ante el Santo Padre (estaba, según pude darme cuenta, encaramado en un trono que protegía una especie de baldaquín), me invitó a prosternarme, lo que hice; de manera que dejé de verlo.

—No habrás estado tanto tiempo inclinado ni con la frente tan baja que no hayas...

—Mi querido Amadeo, habla como te dé la gana. ¿No sabes acaso que el respeto nos ciega? Y, además, siempre que intentaba levantar la cabeza, un mayordomo con una especie de regla, cada vez que comenzaba a hablar de Anthime, me daba sobre la nuca golpecitos que me hacían inclinarme de nuevo.

—Al menos, "él" te habrá hablado.

—Sí, de mi libro, que me ha confesado que no había leído.

—Mi querido Julio -repuso Amadeo después de un momento de silencio-, lo que acabas de decirme es de la mayor importancia. Por lo que cuentas no le has visto; y de todo el relato deduzco que es muy difícil verlo. ¡Ah! todo esto viene a confirmar, ¡ay!, la más cruel sospecha. Julio, debo decírtelo ahora... Pero ven por aquí; esta calle tan concurrida...

Internó en una calleja casi desierta a Julio, el cual le dejó hacer, más bien divertido.

—Lo que voy a confiarte es tan grave... Sobre todo, no dejemos traslucir nada. Adoptemos el aire de hablar de cosas indiferentes y disponte a oír cosas terribles. Julio, amigo mío, ese a quien has visto esta mañana... —Que no he visto, querrás decir.

—Precisamente... no es el "verdadero".

—¿Qué dices?

—Digo que no has podido ver al Papa, por esta monstruosa razón que... conozco de fuente clandestina y cierta. el verdadero Papa está prisionero.

Esta sorprendente revelación produjo en Julio el efecto más inesperado. soltó rápidamente el brazo de Amadeo, y dando zancadas a través de la calleja gritaba.

—¡Ah, no, no es posible! ¡No, no, no!

Después, acercándose a Amadeo.

—¡Cómo! Llego y apenas tengo tiempo de purgarme el espíritu de todo esto. Me convenzo de que no hay ninguna esperanza, de que Anthime ha sido engañado, que todos hemos sido burlados, que todo son enjuagues y que no nos queda más recurso que echarlo a broma... Bueno, pues yo me rebelo; yo no me conformo con lo que acabas de decirme. ¡Alto ahí! ¡Hay trampa en ello! Empecemos otra vez. ¡Ah, no, de ningún modo! Eso nunca.

Yo vuelvo allá, y si no es el verdadero, ¡mejor!

Fleurissoire estaba consternado.

—Pero -decía- la Iglesia... -y deploraba que su ronquera no le permitiese más elocuencia-. Pero ¿y si la misma Iglesia ha sido engañada?

Julio se plantó ante él, cortándole el paso y con un tono burlón y tajante que no acostumbraba, le dijo.

—Bueno, ¿y todo eso qué te importa?

Entonces Fleurissoire tuvo una duda, una duda nueva, informe, atroz y que vagamente se fundaba en su profundo malestar. Julio, el mismo Julio, aquel Julio a quien hablaba, Julio al que se agarraba su esperanza y su buena fe desolada, aquel Julio no era el verdadero Julio.

—¡Qué! ¡Eres tú quien habla así! ¡Tú, con el que yo contaba! ¡Tú, Julio, conde de Baraglioul, ¡cuya obra...!

—No me hables de mis obras, te lo ruego. ¡Verdad o mentira, tengo bastante con lo que me ha dicho esta mañana tu Papa! Y espero, gracias a mi descubrimiento, que las siguientes serán mejores. Y ya es hora de que hable de cosas serias. Almorzarás conmigo, ¿no es eso?

—Con mucho gusto; pero te dejaré temprano. Me aguardan en Nápoles esta tarde... Sí, para asuntos de los que ya te hablaré. Espero que no me llevarás al Gran Hotel.

—No, iremos al Colonna.

Por su parte, Julio no se entusiasmaba de ser visto en el Gran Hotel en compañía de aquella ruina de Fleurissoire, y éste, que se notaba pálido y desfallecido, sufría ya de la plena luz donde le había hecho sentarse su cuñado, ante esta mesa de restaurante, enfrente de él y bajo su mirada escrutadora. Si todavía aquella mirada hubiese buscado la suya... Pero no, observaba que se dirigía a ras de la corbata amaranto a aquel lugar vergonzoso de su cuello, donde el grano sospechoso brotaba y que él notaba al descubierto. En tanto que el camarero llevaba los entremeses, dijo Baraglioul.

—Debes tomar baños sulfurosos.

—Esto no es lo que tú crees -protestó Fleurissoire.

—Tanto mejor -repuso Baraglioul, que, por otra parte, no creía nada-. Te doy este consejo de paso.

Después, echándose hacia atrás y con un tono doctoral.

—Pues bien, mi querido Amadeo. A mí me parece que, según La Rochefoucauld, estamos en un círculo vicioso; que el provecho no es siempre lo que guía al hombre; que hay acciones desinteresadas... —Eso me parece -interrumpió candidamente Fleurissoire.

—No me comprendas tan pronto, te lo ruego. Por "desinteresado" entiendo gratuito. Y que el mal, según se le llama, el mal puede ser tan gratuito como el bien.

—Pero, en ese caso, ¿por qué hacerlo?

—¡Precisamente! Por lujo, por necesidad de derroche, por juego. Porque yo entiendo que las almas más desinteresadas no son necesariamente las mejores, en el sentido católico de la palabra; por el contrario, desde este punto de vista católico, el alma mejor dirigida es aquella que lleva mejor sus cuentas.

—Y que se encuentra siempre en deuda con Dios -añadió beatíficamente Fleurissoire, que pretendía mantenerse en aquel plano de elevación.

Julio estaba manifiestamente irritado por las interrupciones de su cuñado, que le parecían ridiculas.

—Ciertamente, el desprecio de aquello que puede ser considerado como utilitario -replicó- es signo de una cierta aristocracia de espíritu... Entonces, olvidando el catecismo, la complacencia, el cálculo, ¿admitimos un alma que no busque la utilidad material en nada?

Baraglioul esperaba una conformidad, pero...

—¡No, no! ¡Mil veces no! No lo admitimos -gritó vehemente Fleurissoire. En seguida, asustado por el ruido de su propia voz, se inclinó hacia Baraglioul.

—Hablemos más bajo; nos escuchan.

—¡Bah! ¿Qué quieres que interese lo que estamos diciendo?

—¡Ah, amigo mío! Ya veo que no sabes cómo son en este país. Yo empiezo a conocerlos. ¡Desde hace cuatro días que vivo entre ellos no salgo de aventuras! Y me han inculcado a viva fuerza, te lo juro, una precaución que yo no tenía antes. Se siente uno acorralado.

—Son imaginaciones tuyas.

—Eso quisiera, ¡ay!, que todas estas cosas no existieran más que en mi pensamiento. Pero ¿qué quieres? Cuando la mentira ocupa el sitio de la verdad es preciso que la verdad se disimule. Encargado de la misión que te contaré en seguida, entre la Logia y la Compañía de Jesús me han hecho así. Yo soy sospechoso a todos y todo me es sospechoso. Pero si te confesase, amigo mío, que hace un momento, ante la burla que oponías a mi pena, he llegado a dudar si era al verdadero Julio a quien hablaba o a una suplantación de ti mismo... Si yo te dijera que esta mañana, antes de haberte encontrado, he llegado a dudar de mí mismo, de estar realmente aquí, en Roma, o si no era más que un sueño del que iba a despertarme en Pau, dulcemente acostado junto a Árnica, en mi vida tranquila... —Amigo mío, estás febril.

Fleurissoire le cogió la mano y con una voz patética le habló así.

—¡La fiebre! Tú lo has dicho, tengo fiebre. Una fiebre de la que no me curaré y de la que no quiero curarme. Una fiebre, lo confieso, de la que espero que tú seas también atacado cuando comprendas lo que acabo de revelarte; una fiebre que espero comunicarte, lo confieso, a fin de que juntos nos abracemos, hermano mío... Pero no; ahora lo comprendo, hay que lanzarse solitariamente en el oscuro sendero

que yo sigo, que yo debo seguir; y lo que acabas de decirme me decide... Y qué, Julio, ¿será verdad? ¿Entonces no se LE ve? ¿No hay posibilidad de verle?...

—Amigo mío -repuso Julio, apartándose del cerco de Fleurissoire, que se exaltaba, y poniéndole a su vez una mano sobre el hombro-, amigo mío, voy a confesarte una cosa que no me he atrevido a decirte antes. Cuando me encontré en presencia del Santo Padre... Pues bien, fui acometido de una distracción.

—¡De una distracción! – repitió Fleurissoire estupefacto.

—Sí; bruscamente me di cuenta de que estaba pensando en otra cosa.

—¿Debo creer lo que me dices?

—Fue precisamente entonces cuando tuve la revelación. Pero, me decía, prosiguiendo en mi primitiva idea, pero, al suponer gratuito el acto malo. el crimen, no es punible; es irresponsable el que lo ha cometido.

—Qué, ¿vuelves a lo mismo? – suspiró desesperadamente Amadeo.

—Porque el móvil, el motivo del crimen, es el asa por la que se coge al criminal. Y si, como el juez pretenderá. "Is fecit qui prodest...", estás en tu derecho, ¿no es eso?

—Dispénsame -dijo Amadeo, cuya frente perlaba el sudor.

Pero en este momento, bruscamente, el diálogo se cortó. el botones del restaurante llevaba en un plato una carta en la que el nombre de Fleurissoire estaba escrito. Éste, lleno de estupor, rasgó el sobre y en el pliego que contenía leyó estas palabras.

No tiene usted un minuto que perder. El tren de Nápoles sale a las tres. Pídale al señor Baraglioul que le acompañe al Crédito Comercial, donde es conocido, y podrá atestiguar la identidad de usted. – Cava.

—¡Bueno! ¿Qué voy a decirte? – reanudó Amadeo en voz baja, más bien aliviado por el incidente.

—En efecto, hay aquí una cosa que no es corriente. ¿Cómo diablos saben mi nombre y que estoy en relaciones con el Crédito Comercial?

—Ya te digo que estas gentes lo saben todo.

No me agrada el tono de esa carta. El que la ha escrito podía, por lo menos, excusarse por interrumpirnos.

—¿Para qué? Sabe muy bien que mi misión está antes que todo… Tengo que cobrar un cheque… No, es imposible que te hable aquí, ya ves que nos vigilan.

Después, sacando un reloj.

—En efecto, tenemos el tiempo justo.

Llamó al camarero.

—¡Deja, deja! – dijo Julio-. He sido yo quien te ha invitado. El Crédito no está lejos, y si es preciso tomamos un coche. No te precipites… ¡Ah! Quería decirte además. si vas a Nápoles esta tarde puedes utilizar este billete circular. Está a mi nombre, pero no importa (a Julio le gustaba que le debieran favores). Lo saqué en París con intención de descender más al sur.

Pero me retiene aquí un congreso. ¿Cuánto tiempo piensas estar allí?

—Lo menos posible. Espero estar de vuelta mañana.

—Te espero entonces para comer. En el Crédito Comercial, gracias a la presentación del conde de Baraglioul, le entregaron a Fleurissoire sin ninguna dificultad, contra el cheque, seis billetes, que deslizó en el bolsillo interior de la chaqueta. Durante este tiempo había contado, bien que mal, a su cuñado la historia del cheque, del cardenal y del abate. Baraglioul, que le acompañó hasta la estación, le escuchaba distraídamente.

De paso Fleurissoire entró en una camisería para comprarse un cuello postizo, que no se puso por temor de hacer esperar demasiado a Julio, que aguardaba ante la tienda.

—¿No llevas maleta? – preguntó éste cuando el otro se le hubo reunido.

Ciertamente Fleurissoire hubiera ido con gusto a recoger su abrigo, sus útiles de tocador y de noche; pero ¡llevar a Baraglioul a la calle Vecchierelli!…

—¡Oh! Para una noche… -dijo lentamente-. Además, no tenemos tiempo de llegarnos a mi hotel.

—¿Dónde te hospedas?

—Detrás del Coliseo -respondió el otro vergonzosamente.

Era como si hubiese dicho. bajo los puentes.

Julio le miró una vez más.

—¡Qué hombre más extraordinario eres!

¿Parecía verdaderamente tan extraordinario? Fleurissoire se secó la frente. Dieron algunos paseos silenciosamente ante la estación adonde habían llegado.

—¡Vamos! Es preciso que nos separemos -dijo Baraglioul, y le tendió la mano.

—Tú no... ¿Tú no quieres venir conmigo? – balbuceó pesaroso Fleurissoire-. Yo no sé por qué me inquieta un poco ir solo.

—Bien solo has venido a Roma. ¿Qué quieres que te ocurra? Perdóname que te deje ante la estación, pero la vista de un tren que se va me causa una tristeza inexplicable. ¡Adiós! ¡Buen viaje! Y devuélveme mañana en el Gran Hotel mi billete de regreso para París.

LIBRO QUINTO.

LAFCADIO.

-There is only one remedy! One thing alone can cure us from being ourselves!...

-Yes; strictly speaking, the question is not how to get cured, but how to live.

JOSEPH CONRAD, Lord Jim, p. 226.

Después que por mediación de Julio y ante el notario, Lafcadio entró en posesión de las cuarenta mil libras de renta que el difunto conde Justo-Agenor de Baraglioul le dejaba, su gran cuidado fue no dejar traslucir nada.

—Comerás los mismos platos -se dijo entonces-, aunque lo hagas en vajilla de oro.

No se preocupaba de esto o no sabía aún que, en adelante, iba a cambiar su gusto por los platos. Por lo menos, como brillaba el mismo placer en luchar contra el apetito que en ceder a la glotonería, ahora que no le apremiaba la necesidad, su resistencia se relajaba. Hablemos sin imágenes. de natural aristocrático, no había permitido a la necesidad que impusiera en él ningún gusto, que se permitiera ahora por malicia, por juego y por distracción preferir a su interés su gusto.

Cediendo a la voluntad del conde no se había vestido de luto. Un contratiempo mortificante le aguardaba entre los proveedores del marqués de Gesvres, su último tío, cuando se presentó para aumentar su guardarropa. Como estaba recomendado por éste, el sastre sacó algunas facturas que el marqués había descuidado pagar. Lafcadio odiaba las raterías; fingió haber ido expresamente para arreglar aquellas cuentas y pagó al contado los nuevos trajes. Lo mismo le ocurrió en casa del zapatero. En cuanto al camisero, Lafcadio juzgó prudente dirigirse a otro.

—¡Si por lo menos supiese la dirección del tío de Gesvres! Me hubiera gustado enviarle pagadas las facturas -pensaba Lafcadio-. Esto me

valdría su desprecio, pero yo soy Baraglioul y, en adelante, marqués pillo, te arrojo de mi corazón.

Nada le retenía en París ni en ningún otro sitio; atravesando Italia en pequeñas jornadas se trasladó a Brindisi, donde pensaba embarcarse en cualquier Lloyd para Java.

Completamente solo en el vagón que le alejaba de Roma, había, a pesar del calor, extendido sobre sus rodillas una suave manta de viaje color de té, sobre la cual se complacía en mirar sus manos enguantadas en color de ceniza. A través de la fina tela de su traje, respiraba el bienestar por todos sus poros; el cuello sin apretar en una tirilla más bien alta pero poco almidonada, de la que escapaba delgada como una lombriz una corbata de seda color marrón que caía sobre la plegada camisa. Se sentía bien dentro de su pellejo, de su traje, de sus botas -de fino mocasín, hechas de la misma piel que sus guantes-; en esta prisión agradable su pie se extendía, se arqueaba, se sentía vivir. Su sombrero de castor, inclinado hacia los ojos, le separaba del paisaje; fumaba en una pipa de enebro y abandonaba sus ideas al movimiento natural. Pensaba.

—La vieja, con una nubécula blanca sobre la cabeza, me la mostraba diciendo. "¡Lluvia! Pero no será hoy". Aquella vieja cuyo saco he cargado sobre mis hombros, por diversión había hecho a pie en cuatro días la travesía de los Apeninos, entre Bolonia y Florencia, durmiendo en Covigliajo y a quien he abrazado en lo alto de la cuesta... Esto formaba parte de lo que el cura de Covigliajo llamaba "las buenas acciones". También le hubiera ahogado -sin que me temblase la mano- cuando sentí aquella piel sucia y arrugada bajo mis dedos... ¡Ah, cómo acariciaba el cuello de mi chaqueta para quitar el polvo!, y decía. "Figlio mio! ¡Cariño!..." ¿De dónde brotaba aquella intensa alegría cuando, después, y todavía sudando, a la sombra de aquel gran castaño, sin fumar, claro es, me tendí sobre el césped? Me sentía con fuerzas bastantes para abrazar a la humanidad entera, o estrangularla acaso... ¡Qué poca cosa es la vida humana! ¡Y yo arriesgaría la mía alegremente si se ofreciese una bella proeza digna de intentarlo! Pero yo no puedo hacerme alpinista o aviador... ¿Qué me aconsejaría ese cartujo de Julio?... Es una lástima que sea tan zopenco; de nada me sirve tener un hermano.

"¡Pobre Julio! ¡Tantos escritores y tan poca gente que lee! Es un hecho. cada vez se lee menos... a juzgar por mí, como decía el otro. Esto acabará en una catástrofe, ¡una hermosa catástrofe impregnada de horror! Se tirará lo impreso por la borda y será milagroso que lo mejor no se reúna en el fondo con lo peor.

"Pero sería curioso saber lo que hubiera dicho la vieja si hubiera comenzado a ahogarla... Se imagina 'lo que pudiera suceder'; pero siempre queda un agujero por donde asoma lo imprevisto. Nada ocurre siempre como se cree... Esto es lo que me lleva a obrar... ¡Se hace tan poco! ¡Que sea todo lo que pueda ser!, así me explico yo la Creación... Enamorado de lo que puede ser... Si yo fuese el estado me haría encerrar.

"No es interesante la correspondencia de este señor Gaspar Flamand, que he reclamado como mía en la Lista de Correos de Bolonia. Nada que valiera la molestia de habérsele escrito.

"¡Dios mío! ¡Qué pocas gentes se encuentran cuyas maletas deseemos registrar!... ¡Y qué pocos de los que obtendríamos una palabra, un gesto, una reacción valiente...! ¡Hermosa colección de fantoches, pero los hilos se ven demasiado, ciertamente! No se cruzan en la calle más que Juan Lanas y patanes. ¿Y puede un hombre honrado, Lafcadio, yo te lo pregunto, tomar esta farsa en serio?... ¡Vamos! Recojamos el equipaje, ya es hora. Huyamos hacia un mundo nuevo, dejemos Europa, imprimiendo nuestro talón desnudo sobre el suelo... ¡Si hay todavía en Borneo, en lo profundo de los bosques, algún antropopiteco rezagado, iremos allá a calcular los recursos de una posible humanidad...

"Hubiera querido volver a ver a Protos. Sin duda ha puesto rumbo hacia América. No admiraba más que a los bárbaros de Chicago... No son de mi agrado esos lobos; yo soy de naturaleza felina. Pasemos.

"El cura de Covigliajo, tan bondadoso, no tenía humor para depravar demasiado al niño con el que hablaba. Seguramente lo custodiaba. De buena gana lo hubiera hecho mi camarada; no al cura, pardiez, sino al pequeño... ¡Qué bellos ojos alzaba hacia mí! Buscaba tan inquietamente mi mirada como mis ojos buscaban los suyos; pero desviaba en seguida la mirada... Tenía unos cinco años menos que yo. Sí, catorce o dieciséis años a lo sumo... ¿Qué era yo a esa edad? Un 'stripling' lleno de codicia que me gustaría encontrar hoy; creo que

me iría mucho mejor... Faby, los primeros días estaba confuso por sentirse prendado de mí; hizo bien en confesarse a mi madre, después de lo cual su corazón se sintió más ligero. ¡Pero cuánto me desagradaba su reserva!... Cuando más tarde, en el Aurez, le he referido esto bajo la tienda de campaña, nos hemos reído a gusto... ¡Con cuánto gusto volvería a verlo! Es una desgracia que haya muerto. Pasemos.

"La verdad es que deseaba desagradar al cura. Buscaba lo que pudiera decirle que le molestase más y no sabía encontrar más que cosas agradables... ¡Me esforzaba en no parecer simpático! No iba a pintarme de nogalina el rostro, como me aconsejaba Carola, o a ponerme a comer ajo... ¡Ah, no pensemos en esa pobre muchacha! Mis más modestos placeres se los debo a ella... ¡Oh! ¿De dónde sale este viejo estrafalario?

Por la puerta de corredera del pasillo acababa de entrar Amadeo Fleurissoire.

Fleurissoire había viajado solo en su departamento hasta la estación de Frosinone. En esta parada del tren un italiano, de mediana edad, había subido al vagón y se sentó no lejos de él, mirándole con un aire tan sombrío que incitó a Fleurissoire a marcharse.

En el compartimiento vecino, la gracia juvenil de Lafcadio le atrajo, por el contrario.

—¡Ah, qué joven tan simpático! ¡Casi un niño todavía! — pensó-. De vacaciones sin duda. ¡Qué bien vestido! Su mirada es ingenua. ¡Qué descanso poder abandonar un momento mi desconfianza! Si supiese francés le hablaría de buena gana...

Se sentó frente a él en un rincón, cerca de la portezuela. Lafcadio levantó el borde de su sombrero y comenzó a mirarle con ojos tristes, indiferente en apariencia.

—¿Qué puede haber de común entre este sucio monigote y yo? — pensó-. Parece que se cree un hombre astuto. ¿Qué le pasará para que me sonría así? ¡Pensará que voy a abrazarle! ¡Es preciso que haya todavía mujeres para acariciar a los viejos!... Se sorprendería sin duda si supiese que yo sé leer manuscrito o impreso de corrido, al revés o por transparencia en los espejos o sobre los secantes; tres meses de estudio y dos años de aprendizaje y todo por amor al arte.

Cadio, amigo mío, el problema se plantea. hacer frente a este destino. Pero ¿por dónde?... ¡Calla! Voy a ofrecerle cato. Que acepte o no, ya veremos en qué lengua habla.

—"Grazio"! "Grazio"! — dijo Fleurissoire rehusando.

—No hay nada que hacer con este jabalí. Durmamos -dijo Lafcadio echándose el ala del sombrero sobre los ojos, y procuró soñar con un recuerdo de su infancia. Volvía a verse en los años en que le llamaban Cadio, en el castillo perdido de los Cárpatos, que ocuparon su madre y él dos veranos en compañía de Baldi, el italiano, y del príncipe Wladimir Bielkowsky. Su cuarto estaba en el extremo de un pasillo; era el primer año que dormía lejos de su madre... El tirador de cobre de la puerta, en forma de cabeza de león, estaba sujeto por un clavo grueso... ¡Ah! ¡Qué preciosos son los recuerdos de las sensaciones!... Una noche despertó del más profundo de los sueños y creyó soñar todavía, cuando vio a la cabecera de su cama al tío Wladimir, que le parecía más gigantesco que de costumbre, como en una pesadilla, envuelto en un amplio caftán color naranja, el bigote caído y tocado de un extravagante gorro de noche tieso como un bonete persa que alargaba la figura hasta no acabar nunca. Tenía en la mano una linterna sorda, que colocó sobre la mesa, cerca de la cama, al lado del reloj de Cadio, y apartando un poco un saquito de bolas. El primer pensamiento de Cadio fue que su madre había muerto o que estaba enferma; iba a preguntar a Bielkowski, cuando éste colocó un dedo sobre sus labios y le hizo señal de que se levantara. De pie el niño, se puso el albornoz que se vestía al salir del baño y que su tío había cogido del respaldo de una silla y le alargaba; todo esto con las cejas fruncidas y con un aire de no bromear. Pero Cadio tenía tanta confianza en Vladi que no sintió miedo un solo instante; enfiló sus pantuflas y le siguió muy intrigado por sus maneras y, como siempre, deseoso de divertirse.

Salieron al pasillo; Wladimir avanzó gravemente, misteriosamente, iluminando a distancia con la linterna; parecía que cumplían un rito o que seguían en una procesión; Cadio vaciló un poco porque estaba todavía borracho de sueño; pero la curiosidad despejó pronto su cerebro. Ante la puerta de su madre se pararon los dos un instante escuchando; ni un ruido; la casa dormía. Llegados al descansillo de la escalera oyeron los ronquidos de un criado, cuya alcoba se abría cerca del granero. Bajaron. Vladi iba de puntillas

por los escalones, y al menor chasquido se volvía con aire tan furioso que Cadio tenía que hacer esfuerzos para no reírse. Señaló un escalón en particular, haciendo señal de que lo saltara, tan seriamente como si hubiera en él un serio peligro. Cadio no enturbió su placer con preguntas de si aquellas precauciones eran necesarias, ni sobre nada de lo que hacían; se prestó al juego y se deslizó por la rampa, franqueando el escalón... Estaba tan prodigiosamente divertido con Vladi que hubiera atravesado el fuego por seguirle.

Cuando llegaron al piso bajo, los dos se sentaron en el penúltimo escalón para cobrar alientos; Vladi sacó la cabeza y dejó escapar un suspiro por la nariz como para decir. "¡Ah! ¡De buena nos hemos librado!" Reanudaron la marcha. ¡Qué de precauciones ante la puerta del salón! La linterna, que ahora llevaba Lafcadio, iluminaba la pieza tan extrañamente que el niño apenas la reconoció; le pareció desmesurada; un rayo de luna se deslizaba por entre las maderas de una ventana; todo se bañaba en una tranquilidad sobrenatural; se diría un estanque en el que iba a arrojarse el gavilán. Reconocía todas las cosas en su sitio, pero por primera vez notó allí algo extraño.

Vladi se acercó al piano, lo entreabrió, acarició con la yema del dedo algunas teclas, que respondieron muy débilmente. De pronto la tapa se escapó e hizo al caer un ruido enorme. Lafcadio se sobresaltó y creyó que seguía soñando. Vladi se precipitó sobre la linterna y la apagó y después se deslizó en un sillón; Cadio se escondió debajo de una mesa; los dos permanecieron mucho tiempo en la oscuridad, sin moverse, escuchando... pero nada; nadie se había movido en la casa. A lo lejos, un perro ladraba a la luna. Entonces, dulcemente, lentamente, Vladi hizo un poco de luz.

En el comedor, ¡con qué cuidado dio la vuelta a la llave de la alacena! El niño sabía perfectamente que aquello no era más que un juego, pero el tío parecía interesadísimo en él. Husmeó como para ventear dónde estaba guardado lo mejor; se apoderó de una botella de "tokay", cogió dos vasos para mojar los bizcochos, le invitó a beber, poniéndose un dedo sobre los labios; el cristal sonó imperceptiblemente... Terminada la colación nocturna, Vladi volvió a poner todo en orden, fue a enjuagar con Cadio los vasos, los secó, tapó la botella, cerró la caja de los bizcochos, sacudió

minuciosamente las migajas, echó una última mirada para ver si estaba todo en su sitio en el armario... Ni visto, ni oído.

Vladi volvió a acompañar a Cadio hasta su alcoba y lo dejó después de un profundo saludo. Cadio reanudó el sueño que había dejado y se preguntó al día siguiente si había soñado todo aquello.

¡Raro juego para un niño! ¿Qué hubiera pensado de esto Julio?... Lafcadio, aún con los ojos cerrados, no dormía; no podía dormir.

—El viejecillo que siento ahí, cree que duermo -pensaba-. Si entreabriese los ojos, le vería que me mira. Protos suponía que es muy difícil fingir el sueño a quien presta atención; se mostraba orgulloso de distinguir el falso sueño por el ligero temblor de los párpados... que yo reprimo en este momento. El mismo Protos se engañaría...

Mientras tanto, el sol se había ocultado; ya se distinguían los últimos reflejos de su gloria, que Fleurissoire contemplaba emocionado. De pronto, en el techo del vagón la luz, la electricidad brilló, iluminación demasiado brusca después de este crepúsculo suave y por temor también de que turbara el sueño de su vecino, Fleurissoire dio vuelta al conmutador; esto no motivó la oscuridad completa, pero derivó la corriente de la lámpara central a una bombilla azulada. Al parecer de Fleurissoire esta bombilla azul arrojaba demasiada luz todavía y dio una vuelta más a la llave; la lamparilla se extinguió, pero se iluminaron en seguida dos candelabros parietales más fuertes que la luz central; una vuelta más y se encendió de nuevo la lamparilla; se detuvo.

—¿Acabará de jugar con la luz? — pensaba Lafcadio impaciente-. ¿Qué hace ahora? No abriré los párpados. Está de pie... ¿Se sentirá atraído por mi maleta? Comprueba que está abierta. Lo que es para perder la llave no merecía la pena de haber puesto en Milán una cerradura complicada que hubo que forzar en Bolonia. Al menos, un candado se sustituye... ¡Maldita sea! ¿Se quita la chaqueta? ¡Ah! Observemos.

Sin hacer caso de la maleta de Lafcadio, Fleurissoire, atareado con su nuevo cuello postizo, se había quitado la chaqueta para podérselo poner más cómodamente; pero el madapolán almidonado, duro como el cartón, resistía a todos los esfuerzos.

—No parece muy contento -decía para sí Lafcadio-. Debe padecer una fístula o alguna afección ocular. ¡Le ayudaré! No va a poder él solo…

¡Sí! El cuello, por fin, agarró el botón. Fleurissoire cogió entonces de sobre el cojín donde la había colocado cerca de su sombrero, de su americana y de sus puños, su corbata, y aproximándose a la portezuela buscó, como Narciso en la onda, distinguir en el cristal su imagen sobre el paisaje.

—No se ve bien.

Lafcadio volvió a dar la luz. El tren atravesaba entonces un talud, que se veía a través del cristal iluminado por la luz de cada compartimiento que se proyectaba en él; esto formaba una sucesión de cuadrados claros que danzaban a lo largo de la vía y se deformaban según los accidentes del terreno. En medio de uno de ellos se veía danzar la figura grotesca de Fleurissoire; los otros cuadrados estaban vacíos.

—¿Quién lo vería? – pensaba Lafcadio-. Allí, cerca de mi mano, bajo mi mano, esta doble cerradura que puedo abrir cómodamente; esta puerta, que al ceder de golpe lo dejaría caer hacia adelante; bastaría un leve empujón, caería en la noche como una masa; ni aun se oiría un grito… Y mañana, camino de las islas… ¿Quién lo sabría?

Estaba puesta la corbata y hecho un diminuto nudo marino; ahora Fleurissoire había cogido un puño y lo sujetaba a la manga derecha, y al hacerlo miraba sobre el sitio donde había estado sentado hacía un momento, la fotografía (una de las cuatro que decoraban el coche) de un palacio junto al mar.

—Un crimen misterioso -continuaba Lafcadio-. ¡Qué complicación para la Policía! No importa que, siguiendo este maldito talud, de un compartimiento vecino puedan notar que una puerta se abre y ver saltar una sombra chinesca. Por lo menos, las cortinas del pasillo están echadas… No tengo tanta curiosidad por las aventuras como por mí mismo. Muchos se creen capaces de todo, y antes de obrar retroceden… ¡Qué distancia hay entre la idea y el hecho! Y no hay derecho a dejar las cosas a la suerte. ¡Bah! ¡Si pudieran preverse todos los peligros, el juego carecería de interés!… Entre la preparación de un hecho y… ¡Calla! Ha terminado el talud. Me parece

que estamos sobre un puente; un río... Sobre la superficie del cristal, ahora negro, los reflejos aparecían más claros. Fleurissoire se inclinó para rectificar la posición de su corbata.

—Allí, al alcance de su mano, la doble cerradura -mientras está distraído y mira a lo lejos ante él-; abrirla, ¡caramba!, más fácil todavía de lo que pensaba. Si puedo contar hasta doce sin apresurarme antes de ver en el campo alguna luz, el jabalí se ha salvado. Comienzo. una, dos, tres, cuatro (despacio, despacio), cinco, seis, siete, ocho, nueve... Diez, ¡una luz!...

Fleurissoire no lanzó un grito. Al empujón de Lafcadio y ante el abismo abierto a sus pies hizo un gran esfuerzo para sostenerse, su mano izquierda se agarró al cuadro liso de la portezuela, en tanto que medio vuelto echaba la derecha hacia atrás por encima de Lafcadio y lanzaba bajo la banqueta al otro extremo del vagón el segundo puño que se estaba colocando.

Lafcadio sintió abatirse sobre su nuca una garra horrible; bajó la cabeza y dio un segundo empujón más violento que el primero; las uñas le arañaban el cuello, y Fleurissoire no encontró dónde agarrarse más que el sombrero de castor, que asió desesperadamente y arrastró en su caída.

—Ahora, sangre fría -se dijo Lafcadio-. No cerremos de golpe la portezuela; podría oírse al lado.

Tiró de la puerta hacia él con fuerza para vencer la resistencia del viento y después la cerró dulcemente.

—Me ha dejado su horroroso sombrero ancho. No importa, un esfuerzo más; de un puntapié voy a enviárselo. Pero se ha llevado el mío y ya tiene bastante. ¡He tenido una buena precaución al quitarle las iniciales!... Pero en el forro quedan las señas del sombrerero, que no vende todos los días sombreros de castor... Mejor, ya está hecho... Puede creerse un accidente... No, porque he cerrado la portezuela... ¿Hacer detenerse el tren?... ¡Vamos, vamos, Cadio, nada de retoques! Todo ha ocurrido según tus deseos. Prueba de que me poseo perfectamente. voy a mirar ahora tranquilo lo que representa esta fotografía que el viejo contemplaba hace un momento... "¡Miramar!" No tengo ningún deseo de ver esto... Parece que falta aquí aire.

Abrió una ventanilla.

—El animal me ha arañado. Estoy sangrando...; me ha hecho daño. Me lavaré un poco. El tocador está al final del pasillo, a la izquierda. Llevaré dos pañuelos.

Alcanzó de la rejilla que estaba sobre él la maleta y la abrió sobre la banqueta del asiento, en el rincón donde precisamente estaba sentado.

—Si me cruzo con alguien en el pasillo, calma... No, mi corazón no late más de prisa. ¡Vamos allá!... ¡Ah!, su chaqueta, fácilmente puedo ocultarla bajo la mía. Papeles en los bolsillos, de los que nos ocuparemos en lo que resta del viaje.

Era una pobre americana desechada, de color oscuro, de tela delgada, áspera y vulgar, que le disgustaba un poco y que Lafcadio colgó en una percha en el reducido gabinete-tocador donde se encerró; después, inclinado sobre el lavabo, comenzó a examinarse en el espejo.

Su cuello, en dos sitios, estaba villanamente desgarrado; un delgado trazo rojo partía de detrás de la nuca, y volviendo hacia la izquierda, venía a morir por debajo de la oreja; otro, más corto, pero franco desollón, dos centímetros por encima del primero, subía derecho hacia la oreja y había desprendido un poco el lóbulo. Éste sangraba, pero menos de lo que hubiera podido temer; por el contrario, el dolor, que no había sentido en un principio, se despertaba ahora bastante vivo. Mojó el pañuelo en el lavabo, restañó la sangre y después lavó el pañuelo.

"No se manchará el cuello -pensó arreglándose-; todo va bien."

Iba a salir. En este momento la locomotora silbó; una fila de luces pasó ante el vidrio deslustrado del "water". Era Capua. En esta estación, tan próxima al lugar del accidente, podía apearse y correr a rescatar su sombrero... Este pensamiento surgió deslumbrador. Se acordaba bastante de su sombrero cómodo, ligero, sedoso, tibio y fresco a la vez, inarrugable, de una elegancia tan discreta. Sin embargo, no escuchaba nunca por entero a su deseo ni le gustaba ceder; pero por encima de todo sentía horror a la indecisión, y guardaba desde hacía muchos años como un fetiche el dado de un juego de chaquete que le había regalado Baldi; lo llevaba siempre encima.

"Si saco seis -se dijo extrayendo el dado- me apeo." Sacó cinco.

—Bajaré por lo menos... ¡Pronto! La chaqueta del siniestrado... Ahora mi maleta... Corrió a su compartimiento.

¡Ah! ¡Qué inútil parece la exclamación ante la extrañeza de un hecho! Cuanto más sorprendente sea el hecho, más sencillo será mi relato. Diré simplemente esto. Cuando Lafcadio entró en su departamento para recoger la maleta, la maleta no estaba ya allí.

Creyó al principio haberse engañado; volvió a salir al pasillo... ¡Cierto!

Era aquí donde había estado hacía un momento. Aquí estaba la vista de Miramar. Pero ¿entonces?... Saltó a la ventanilla y creyó soñar. por el andén de la estación, no lejos todavía del coche, su maleta se marchaba tranquilamente en compañía de un mocetón, que la llevaba andando despacio.

Lafcadio quiso lanzarse fuera; el movimiento que hizo para abrir la portezuela dejó caer la chaqueta arrollada a sus pies.

—¡Diablo! ¡Diablo! Un poco más y me descubría. De todos modos, el bribón iría un poco más de prisa si creyera que yo podría correr tras él. ¿Habrá visto? En este momento, como estaba inclinado hacia adelante, una gota de sangre resbaló a lo largo de su mejilla.

—¡Que se fastidie la maleta! El dado lo había dicho. yo no debía descender aquí.

Cerró la portezuela y volvió a sentarse.

—En la maleta no había ningún papel, y mi ropa interior no está marcada. ¿Qué me importa?... No obstante, me embarcaré lo más pronto posible; será un poco menos divertido, pero ciertamente una medida prudente. El tren reanudaba su marcha.

—No es la maleta lo que siento..., sino mi sombrero, que hubiera deseado rescatar. Pero no pensemos más en ello.

Llenó una nueva pipa, la encendió, y después, sumergiendo la mano en un bolsillo interior de la otra chaqueta, sacó en un puñado una carta de Árnica, un "carnet" de la Agencia Cook, y un sobre de papel amarillo, que abrió.

—¡Tres, cuatro, cinco, seis billetes de mil! Esto no interesa a las personas honradas.

Volvió a poner los billetes en el sobre y el sobre en el bolsillo de la chaqueta.

Pero cuando un instante después Lafcadio examinó el carnet Cook, quedó deslumbrado. En la primera hoja el nombre "Julio de Baraglioul" estaba escrito.

"¿Será que me he vuelto loco? – pensó-. ¿Qué relación puede haber con Julio? ¿Le habrán robado el billete?... No, no es posible. Sin duda ha prestado el billete. ¡Diablo! ¡Diablo! Seguramente he hecho una ensalada. estos viejos tienen más ramificaciones de lo que uno se cree."

Después, temblando de curiosidad, abrió la carta de Árnica. El suceso parecía demasiado raro; le costaba trabajo fijar su atención, no acertaba a explicarse qué relación podía haber entre Julio y este viejo; pero sacaba por lo menos esta consecuencia. que Julio estaba en Roma. Rápidamente adoptó su resolución. le asaltó un vehemente deseo de volver a ver a su hermano, una curiosidad desbordada por presentar este asunto ruidoso con esta calma de espíritu.

–¡Resuelto! esta tarde duermo en Nápoles; retiro mi baúl y mañana regreso a Roma en el primer tren. Será seguramente menos prudente, pero puede ser más divertido.

En Nápoles, Lafcadio se hospedó en un hotel cerca de la estación; tuvo cuidado de llevar su baúl, porque son sospechosos los viajeros sin equipaje, y procuraba no atraer la atención. Después salió a comprarse algunos objetos del tocador que le faltaban y un sombrero para reemplazar el odioso "canotier" (que además le estaba chico) dejado por Fleurissoire. Deseaba también comprar un revólver; pero tuvo que dejar esta compra para el día siguiente, pues ya cerraban los almacenes.

El tren que quería tomar al día siguiente salía muy temprano; se llegaba a Roma para almorzar...

Su intención era no abordar a Julio hasta que los periódicos hubieran hablado del crimen. ¡El "crimen"! Esta palabra le parecía rara y totalmente impropia dirigiéndose a él la de "criminal". Prefería la de "aventurero", palabra tan suave como el castor y de la que podía levantar los bordes a su agrado.

Cuando llegó la tarde compró el Corriere a un vendedor en el Corso. Después entró en un restaurante; pero por una especie de desafío y como para avivar su deseo, se dispuso primero a comer, dejando el periódico doblado allí encima, junto a él, sobre la mesa. Después salió, y en el Corso de nuevo, parándose a la claridad de un escaparate, desplegó el periódico, y en segunda plana vio estas palabras de titulares entre las noticias varias.

"CRIMEN, SUICIDIO... O ACCIDENTE".

Después leyó esto que copio.

"En la estación de Nápoles los empleados de la Compañía han recogido en el borde de un departamento de primera clase del tren procedente de Roma una chaqueta de color oscuro. En el bolsillo interior de esta chaqueta, un sobre amarillo abierto contenía seis billetes de mil francos; pero ningún otro papel que permitiera identificar al propietario de la chaqueta. Si se trata de un crimen, no tiene explicación que una suma tan importante haya sido abandonada en la ropa de la víctima; esto parece indicar, por lo menos, que el crimen no ha tenido por móvil el robo.

"Ninguna señal de lucha se ha podido notar en el compartimiento; pero se ha encontrado debajo de un asiento un puño con un doble gemelo que figura una cabeza de gato, unida a otra por una cadenilla de plata dorada, talladas en un cuarzo casi transparente llamado ágata, nebulosa de reflejos, de la clase que los joyeros conocen por piedra de luna.

"Se realizan investigaciones activamente a lo largo de la vía."

Lafcadio estrujó el periódico.

—¡Cómo! ¡Los gemelos de Carola ahora! Este hombre es una encrucijada.

Volvió la página y vio en la última hora. "UN CADÁVER EN LA VÍA".

Sin leer más Lafcadio corrió al Gran Hotel.

Metió en un sobre su tarjeta, donde escribió estas palabras bajo su nombre.

"Lafcadio Wluiki viene a ver si el conde Julio de Baraglioul tiene necesidad de un secretario." Hizo pasar la tarjeta.

Por fin, un criado vino a buscarle al "hall", donde aguardaba, y le guió a lo largo de los pasillos.

Al primer golpe de vista, Lafcadio distinguió, arrojado en un rincón de la habitación, el Corriere della Sera. Sobre la mesa, en medio de la habitación, un frasco de agua de colonia destapado extendía su fuerte olor.

Julio abrió los brazos.

—¡Lafcadio! Amigo mío... ¡Cuánto me alegra verle!

Sus cabellos, levantados, flotaban y se agitaban sobre las sienes; parecía ensanchado; tenía un pañuelo en la mano y se abanicaba con él.

—Es usted una de las personas que menos esperaba; pero la persona con la que más deseaba hablar esta tarde. ¿Ha sido Carola quien le ha dicho que yo estaba aquí?

—¡Vaya una pregunta!

—¿Por qué? Acabo de encontrarla... Pero no estoy seguro de que me haya visto.

—¡Carola! ¿Pero está en Roma?

—¿No lo sabía?

—Llego de Sicilia ahora y es usted la primera persona que veo aquí. No tengo interés en volver a verla.

—Me ha parecido más guapa.

—No es usted difícil de contentar.

—Quiero decir más guapa que en París.

—Es el exotismo; pero si tiene usted deseos... —Lafcadio, tales cosas no deben decirse entre nosotros.

Julio quiso adoptar un aire severo; hizo una mueca y siguió.

—Me encuentra muy agitado. Estoy en un remolino de mi vida. Me arde la cabeza y siento por todo el cuerpo una especie de vértigo, como si fuera a evaporarme. Desde hace tres días que estoy en Roma para asistir a un Congreso de Sociología; marcho de sorpresa en sorpresa. La llegada de usted me ha rematado... No me conozco.

Daba grandes zancadas por la pieza; se paró ante la mesa, cogió el frasco, vertió sobre el pañuelo un chorro oloroso, se aplicó a la frente la compresa y se la dejó puesta.

—Mi joven amigo... Permítame que le llame así... ¡Me parece que tengo mi nuevo libro! La manera, más que fuerte, de que me habló en París de El aire de las cumbres me hace suponer que no será insensible a éste.

Sus pies dibujaron una especie de trenzado; el pañuelo cayó a tierra; Lafcadio se apresuró a recogerlo y mientras estaba encorvado notó la mano de Julio posarse dulcemente sobre su hombro, como había hecho exactamente la mano del viejo Justo-Agenor. Lafcadio sonreía al levantarse.

—Ya ve, tan poco tiempo como hace que le conozco -dijo Julio- y esta tarde no reparo en hablarle como a un... Se paró.

—Yo le escucho como a un hermano, señor Baraglioul -repuso Lafcadio, animado-, ya que tiene la bondad de invitarme a ello.

—Ya ve usted, Lafcadio, el medio en que vivo en París, entre todos esos que frecuento. hombres de mundo, hombres de Iglesia, hombres de letras, académicos, no encuentro, a decir verdad, nadie con quién hablar; mejor dicho, a quién contar las nuevas preocupaciones que me agitan. Porque debo confesarle que desde nuestro primer encuentro mi punto de vista ha cambiado completamente.

—¡Vamos! ¡Me alegro! — dijo, impertinentemente, Lafcadio.

—Usted no puede darse cuenta; usted, que no es del oficio, cómo una ética errónea impide el desarrollo de la facultad creadora. Así, nada hay tan distante de mis antiguas novelas como la que proyecto ahora. La lógica, la consecuencia que exigía de mis personajes, para asegurarla más la exigía primeramente de mí mismo, y esto no es natural. Preferimos vivir equivocados a dejar de parecemos al retrato que nos hemos trazado previamente. Es absurdo. al hacer esto arriesgamos falsear lo mejor.

Lafcadio, siempre sonriendo, se divertía en reconocer el efecto lejano de sus primeras palabras.

—¿Qué he de decirle, Lafcadio? Por primera vez veo ante mí el campo libre... Me repito que lo estaba ya, que lo ha estado siempre, sólo que hasta ahora me obligaban impuras consideraciones de carrera, de

público y de jueces ingratos de los que el poeta espera en vano recompensas. En adelante, no esperaré nada más que de mí; lo espero todo del hombre sincero y exijo lo que sea, ya que al presente encuentro en mí las más extrañas posibilidades. Ya que se trata de actuar sobre el papel, me atreveré a darle curso. ¡Allá veremos!

Respiraba profundamente, se echaba hacia atrás, alzaba los hombros como si fuesen alas, como si estuviese medio asfixiado por nuevas perplejidades. Prosiguió confusamente en voz baja.

—Ya que no quieren nada conmigo esos señores de la Academia, me apresto a darles buenas razones para no admitirme, porque no las tienen. No las tienen.

Su voz se tornaba aguda bruscamente al pronunciar estas últimas palabras; se calló y prosiguió más calmado.

—Esto es lo que pienso... ¿Me escucha?

—Con toda el alma -dijo riendo Lafcadio.

—¿Y me sigue?

—¡Hasta el infierno!

Julio humedeció de nuevo su pañuelo y se sentó en una butaca; frente a él, Lafcadio se sentó a horcajadas en una silla.

—Se trata de un joven del que quiero hacer un criminal.

—No veo en ello dificultad alguna.

—¡Eh! ¡Eh! – exclamó Julio que pretendía abordar un asunto muy difícil.

—Pero siendo novelista, ¿qué puede impedírselo? Y desde el momento que se piensa, pensar es libre.

—Pero lo que yo pienso es muy raro y, por lo tanto, debo aportar motivos de explicación.

—No es difícil encontrar motivos de crimen.

—Sin duda... pero precisamente eso es lo que no quiero. No quiero hallar el motivo del crimen, me basta con motivar al criminal. Sí, pretendo llevarle a cometer gratuitamente el crimen, a desear cometer un crimen totalmente inmotivado.

Lafcadio comenzaba a prestar la más viva atención.

—Cojámosle adolescente; quiero que en esto se reconozca la elegancia de su natural, que obre sobre todo por juego y que a su interés prefiera su diversión.

—Esto no es corriente acaso... -aventuró Lafcadio.

—¡No lo es! — dijo encantado Julio-. Añadamos a ello que encuentra una satisfacción en contenerse... —Hasta el disimulo.

—Inculquémosle el amor al peligro.

—¡Bravo! — comentó Lafcadio cada vez más divertido-. Si sabe dar oídos al demonio de la curiosidad creo que vuestro discípulo está ya en condiciones.

Así, brincando y adelantándose uno a otro, parecía que estaban jugando alfil derecho.

JULIO. Lo veo primeramente ejercitarse; sobrepasa a los mejores rateros.

LAFCADIO. Yo me he preguntado muchas veces cómo no se cometen más crímenes. Es verdad que las ocasiones no se ofrecen con frecuencia más que a aquellos que al abrigo de las necesidades no se dejan tentar.

JULIO. Al abrigo de las necesidades. De éstos es de los que yo hablo. Pero las únicas ocasiones que le tientan son las que exigen de él alguna habilidad, cierta astucia...

LAFCADIO. Y, sin duda, un poco de peligro, exposición.

JULIO. Ya decía que se complace en el peligro. Por lo demás, odia la estafa, no busca apropiarse nada, pero se divierte en cambiar de sitio subrepticiamente los objetos. Pone en ello un verdadero talento de escamoteador.

LAFCADIO. La impunidad le envalentona...

JULIO. Y a la vez le desagrada. Si no lo cogen, cree que el juego ha sido demasiado fácil.

LAFCADIO. Y se dedica a los más arriesgados.

JULIO. Yo le hago razonar así...

LAFCADIO. ¿Está bien seguro de que razona?

JULIO (prosiguiendo). Es por la necesidad de cometerlo por lo que gira alrededor del crimen.

LAFCADIO. Habíamos dicho que era muy hábil.

JULIO. Sí, mientras más hábil más despejada tendrá la cabeza. Piensa entonces. un crimen que ni la pasión ni la necesidad motiva. Su razón para cometer el crimen es precisamente cometerlo sin razón.

LAFCADIO. Es usted quien razona su crimen; él sencillamente lo comete.

JULIO. No hay ninguna razón para suponer criminal al que ha cometido el crimen sin razón.

LAFCADIO. Es usted demasiado sutil. Al punto a que lo ha conducido es lo que se llama a un hombre libre.

JULIO. A merced de la primera ocasión.

LAFCADIO. Me gustaría verle actuar. ¿Qué es lo que va a proponerle?

JULIO. No sé; dudo todavía. Sí, hasta esta tarde dudaba... Y de pronto, esta tarde el periódico, en las últimas noticias, me trae el ejemplo deseado. ¡Una aventura providencial! Es horrible. ¡Figúrese que acaban de asesinar a mi cuñado!

LAFCADIO. ¡Qué!... El viejito del vagón es...

JULIO. Era Amadeo Fleurissoire, a quien había prestado mi billete y a quien había acabado de dejar en el tren. Una hora antes había retirado seis mil francos de mi banco, y como los llevaba encima no me dejó sin temor; le asaltaban ideas grises, ideas negras, qué se yo, presentimientos. Además, en el tren... ¿Ha leido usted el periódico?

LAFCADIO. Sólo el título, en "Noticias varias".

JULIO. Oiga, ¿se lo leo? (Despliega el Corriere ante él.) Traduzco. "La policía, que realizaba activas investigaciones a lo largo de la vía férrea, entre Roma Nápoles, ha descubierto, a mediodía, en el lecho seco del Vulturne, a cinco kilómetros de Capua, el cuerpo de la víctima, a la cual pertenecía sin duda la chaqueta encontrada anoche en un vagón. Es un hombre de apariencia modesta, de unos cincuenta años aproximadamente". (Representaba más edad de la que

tenía.) "No se ha encontrado sobre él ningún papel que permita establecer la identidad." (Esto me da, afortunadamente, tiempo de respirar.) "Al parecer, ha sido arrojado del vagón con bastante violencia, pues pasó por encima del pretil del puente, en reparación en este sitio y remplazado simplemente por vigas." (¡Que estilo!) "El puente tiene una altura de más de quince metros sobre el río; la muerte debió de ser a consecuencia de la caída, porque el cadáver no presenta señales de heridas. Está en mangas de camisa; en la manga derecha un puño parecido al que se encontró en el vagón, pero al que le falta un botón... ¿Qué le pasa? (Julio dejó de leer. Lafcadio no había podido reprimir un sobresalto al cruzarle la idea de que el botón había sido quitado después de cometido el crimen. Julio continuó). "Su mano izquierda ha quedado crispada sobre el sombrero de fieltro blando."

—¡De fieltro blando! ¡Rústicos! — murmuró Lafcadio.

Julio asomó la nariz por encima del periódico.

—¿Qué es lo que le sorprende?

—Nada, nada; continúe.

—"...de fieltro blando, de medida mayor que la correspondiente a su cabeza y que parece ser, por tanto, del agresor; la marca de procedencia ha sido cuidadosamente arrancada de la badana, de la que falta un trozo, de la forma y dimensión de una hoja de laurel."

Lafcadio se levantó y se inclinó por detrás de Julio para leer por encima de él, y acaso más bien para disimular su palidez. Ya no podía dudar. el crimen había sido retocado; alguien había pasado por encima de él; habían arrancado esta etiqueta; sin duda el desconocido que se había apoderado de su maleta.

Julio continuaba, sin embargo.

—"...lo que parece indicar la premeditación de este crimen. (¿Por qué precisamente de este crimen? Mi héroe tal vez había adoptado las precauciones a todo riesgo...) "Después de las comprobaciones policiacas el cadáver ha sido trasladado a Nápoles para intentar su identificación." (Si, yo sé que allí tienen medios y costumbre de conservar el cuerpo mucho tiempo...)

—¿Está usted seguro de que sea él?

La voz de Lafcadio temblaba un poco.

—¡Pardiez! Le esperaba para comer esta tarde.

—¿Ha dado usted cuenta a la policía?

—Todavía no. Tengo necesidad, primero, de poner un poco en orden mis ideas. En cuanto al luto, por este lado al menos estoy tranquilo; pero ya comprenderá que en cuanto se divulgue el nombre de la víctima será preciso que avise a toda mi familia, que envíe telegramas, que escriba cartas, que me ocupe de la inhumación, que vaya a Nápoles a reclamar el cadáver, que... ¡Oh, querido Lafcadio! Con motivo de este congreso al que tengo necesidad de asistir, ¿quiere usted hacerse cargo en mi nombre de estas gestiones?

—Ahora nos ocuparemos de esto.

—Si no le causa demasiada molestia. Mientras esperamos evito a mi pobre cuñada horas crueles; por las vagas informaciones periodísticas, ¿cómo va ella a suponer?... Pero vuelvo al asunto. Cuando leí esta gacetilla me dije. este crimen que imagino tan bien, que reconstituyo, que veo conozco, yo conozco la razón que ha hecho cometerlo-, y sé que si no hubiese habido este cebo de los seis mil francos no se hubiera cometido.

—Pero supongamos, sin embargo, que...

—Sí, eso es; supongamos un instante que no hubiese tenido los seis mil francos, o mejor, que el criminal no los hubiese cogido. ese es mi hombre.

Lafcadio estaba levantado ahora. Había cogido el periódico que Julio dejara caer y lo abrió por la segunda página.

—Veo que no ha leído usted la última hora. el... criminal, precisamente, no ha cogido los seis mil francos -dijo lo más serenamente que pudo-. Tome, lea. "Esto parece indicar, por lo menos, que el crimen no ha tenido por móvil el robo".

Julio cogió la hoja que Lafcadio le alargaba y leyó ávidamente. Después se pasó la mano por los ojos; después se sentó; después se levantó bruscamente, fue a Lafcadio y le agarró por los dos brazos.

—¡No ha sido el robo el móvil! – gritó, y como acometido de un ataque sacudió a Lafcadio furiosamente-. ¡No ha sido el robo el móvil! Pero entonces... -soltó a Lafcadio, corrió al otro extremo de la

habitación, se golpeó la frente y se sonó-. Entonces yo sé, ¡pardiez!, yo sé por qué este bandido le ha matado... ¡Ah, desgraciado amigo mío! ¡Ah, pobre Fleurissoire! ¡Lo que decía era verdad! ¡Y yo que le creía loco!... Pero entonces esto es horrible.

Lafcadio se sorprendió esperando el fin de la crisis y se irritaba un poco; le parecía que Julio no tenía el derecho de proceder así.

—Yo creía que precisamente usted...

—¡Cállese! No sabe usted nada. Y yo pierdo aquí el tiempo con usted en estos argumentos ridículos... ¡Pronto! Mi bastón, mi sombrero.

—¿A dónde va usted?

—A avisar a la policía, ¡diablo!

Lafcadio se le cruzó en la puerta.

—Explíqueme usted primero -dijo imperativamente-. Cualquiera diría que se ha vuelto loco.

—Hace un momento que lo estaba. Despierto ahora de mi locura... ¡Ah! ¡Pobre Fleurissoire! ¡Ah! ¡Desgraciado amigo! ¡Santa víctima! A tiempo su muerte me detiene en el camino de la irrespetuosidad, de la blasfemia. Su sacrificio me reduce. ¡Yo, que me reía de él!... Había comenzado a pasearse; después deteniéndose bruscamente y colocando su bastón y su sombrero cerca del frac, sobre la mesa, se plantó delante de Lafcadio.

—¿Quiere usted saber por qué le ha matado el bandido?

—A mí me parece que ha sido sin motivo.

Julio entonces, furiosamente.

—Primeramente, no hay ningún crimen sin un motivo. Se han desembarazado de él porque poseía un secreto... que me había confiado, un secreto considerable y además demasiado importante para él. Se le tenía miedo, ¿comprende? Eso es... ¡Oh! Es muy fácil reírse, para usted que no entiende nada de las cosas de la fe.

Después, muy pálido y estirándose.

—El secreto soy yo quien lo hereda.

—¿Desconfía usted? Ahora van a tenerle miedo a usted.

—Ya ve que es necesario que avise en seguida a la policía.

—Todavía una pregunta -dijo Lafcadio deteniéndole de nuevo.

—No. Déjeme marchar. Tengo mucha prisa. Esta vigilancia continua que tanto enloquecía a mi pobre hermano puede tener por cierto que la ejercen ahora contra mí. No puede usted darse cuenta qué hábiles son esas gentes. Lo saben todo, se lo aseguro... Ahora es más necesario que nunca que vaya a buscar el cadáver en mi nombre... Vigilado como estoy ahora no sé qué pudiera ocurrirme. Yo le pido esto como un favor, Lafcadio, mi querido amigo. (Juntaba las manos, imploraba.) No tengo la cabeza ahora para nada. Pediré detalles en la Jefatura para proporcionar a usted una delegación en regla. ¿Dónde puedo mandársela?

—Para mayor comodidad, tomaré habitación en este hotel. Hasta mañana. Corra.

Dejó a Julio alejarse. Experimentaba un gran disgusto y casi una especie de odio contra sí mismo y contra Julio; contra todo. Alzó los hombros, después sacó de un bolsillo el "carnet" Cook extendido a nombre de Baraglioul que había cogido en la chaqueta de Fleurissoire, lo colocó sobre la mesa, bien visible, apoyado contra el frasco de perfume, apagó la luz y salió.

A pesar de todas las precauciones que había tomado, a pesar de las recomendaciones en la Jefatura, Julio de Baraglioul no había podido impedir que los periódicos divulgaran sus lazos de parentesco con la víctima y detallaran con todas sus letras el hotel donde se hospedaba.

Ciertamente, la víspera por la tarde había atravesado momentos de rara angustia, cuando, de vuelta de la Jefatura, hacia media noche, había encontrado en su habitación, bien expuesto a la luz, el billete Cook extendido a su nombre y que había utilizado Fleurissoire. Llamó en seguida y salió pálido y tembloroso al pasillo para rogar al criado que mirara debajo de la cama, porque él no se atrevía. El interrogatorio que hizo no dio ningún resultado; pero, ¿cómo fiarse del personal de los grandes hoteles?...

Después de pasar la noche tras una puerta, a la que había echado el cerrojo, Julio se despertó más animado; la policía le protegía ahora. Escribió numerosas cartas y telegramas, que él mismo marchó a depositar a Correos.

Al regresar le dijeron que una señora había ido a preguntar por él; no había dicho su nombre y esperaba en el salón de lectura. Julio fue allá y no quedó poco sorprendido al encontrar a Carola.

No en la primera sala, sino en otra más retirada, más pequeña y más oscura, se había sentado al extremo de una mesa apartada, y para darse tono hojeaba distraídamente un álbum. Cuando vio entrar a Julio se levantó más confusa que sonriente. El manto negro que la cubría se abría sobre su blusa oscura, sencilla, casi de buen gusto; por el contrario, su sombrero, tumultuoso, aunque negro, la señalaba de una manera muy desagradable.

—Es demasiada osadía, señor conde. No sé cómo he tenido valor para entrar en el hotel y preguntar por usted; pero me saludó usted ayer tan amablemente... Y además, lo que tengo que decirle es muy importante.

Permanecía de pie detrás de la mesa; Julio se aproximó y por encima de la mesa le tendió la mano sin cumplidos.

—¿A qué debo el placer de su visita?

Carola bajó la cabeza.

—Ya sé que acaba usted de sufrir una ruda prueba.

Julio no comprendió al principio; pero como Carola sacara un pañuelo y se lo pasara por lo ojos, dijo.

—¡Qué! ¿Es una visita de pésame?

—Yo conocía al señor Fleurissoire -repuso ella.

—¡Bah!

—¡Oh! No hace mucho tiempo. Pero le quería bien. Era muy amable, muy bueno... Yo misma le había regalado esos gemelos; ya sabe usted. eso de que habla el periódico; este detalle me ha permitido reconocerle. Pero yo no sabía que ese señor fuese su cuñado; me ha sorprendido mucho, y no sabe usted cuánto me ha alegrado... ¡Oh, perdón! No era eso lo que quería decir.

—No se turbe, querida señorita; usted quería decir, sin duda, que se alegra de esta ocasión de volver a verme.

Sin poder responder, Carola escondió su rostro tras el pañuelo; unos sollozos la sacudieron, y Julio creyó de su deber cogerle una mano.

—Yo también -dijo Julio con un tono convencido-, yo también, querida señorita, créame que...

—La misma mañana, antes de marcharse, le decía que desconfiara. Pero eso no estaba en su temperamento... Era demasiado confiado.

—Un santo, señorita; era un santo -dijo Julio con fuego, sacando a su vez el pañuelo.

—Yo lo había comprendido -exclamó Carola-. Por la noche, cuando creía que yo estaba durmiendo, se levantaba, se ponía de rodillas a los pies de la cama y...

Esta inconsciente confesión acabó de trastornar a Julio, que se guardó el pañuelo en el bolsillo y se acercó todavía más.

—Quítese el sombrero, querida señorita. — Gracias, no me molesta. — A quien molesta es a mí... Permítame... Pero como Carola se retiraba, Julio se contuvo. — Permítame que le pregunte. ¿Tiene usted alguna razón particular para temer?

—¿Yo?

—Sí; cuando le ha dicho a mi cuñado que desconfiara, yo le pregunto si tenía usted algunas razones para suponer... Ábrame el corazón; aquí no viene nadie por la mañana y ninguna persona puede oírnos. ¿Sospecha de alguien?

Carola bajó la cabeza.

—Comprenda que esto me interesa particularmente -continuó Julio-, y póngase en mi caso. Ayer tarde, al volver de la Prefectura, donde había ido a declarar, encontré en mi habitación, sobre la mesa, en mitad de mi mesa, el billete de ferrocarril con el cual ese pobre Fleurissoire había viajado. Estaba a mi nombre; estos billetes son personales e intransferibles, se entiende; yo hice mal en prestárselo; pero esta no es la cuestión... En este hecho de devolverme mi billete cínicamente en mi habitación, aprovechando un instante en que he salido, debo ver un desafío, una fanfarronada y casi un insulto... que no me afectaría, desde luego, si no tuviera razones para creerme a mi vez designado, he aquí por qué. el pobre

Fleurissoire, vuestro amigo, era poseedor de un secreto... de un secreto abominable... de un secreto muy peligroso... que yo no le pregunté... que a mí no me importaba nada saberlo... pero que tuvo la desagradable imprudencia de confiarme. Y ahora, yo le pregunto a usted. éste que para guardar el secreto no vacila en ir hasta el crimen... ¿sabe usted quién es? —Tranquilícese, señor conde; ayer tarde lo he denunciado a la policía.

—Señorita Carola, no esperaba menos de usted.

—Me había prometido no hacerle daño; no tenía más que haber cumplido su promesa y yo hubiera cumplido la mía. Ahora ya tengo bastante; puede hacerme lo que le dé la gana.

Carola se exaltaba. Julio pasó por detrás de la mesa y se acercó a ella de nuevo.

—Estaríamos mejor en mi habitación para hablar.

—¡Oh, señor! — dijo Carola-. Ya le he dicho todo cuanto tenía que decirle, no quisiera molestarle más tiempo.

Como ella seguía retirándose, acabó por dar la vuelta a la mesa y encontrarse cerca de la salida.

—Es mejor que nos separemos ahora, señorita -repuso dignamente Julio, que pretendía guardar el mérito de esta resistencia-. ¡Ah! Quisiera decirle todavía. si pasado mañana tiene usted la idea de venir al entierro, vale más que no me reconozca.

Dichas estas palabras, se separaron sin haber pronunciado el nombre del insospechado Lafcadio.

Lafcadio traía de Nápoles los restos de Fleurissoire. Venían en un furgón fúnebre que había hecho enganchar en la cola del tren, pero en el que Lafcadio no había creído indispensable montar. Sin embargo, por decoro, se había instalado, no en el compartimiento más. próximo, porque el último vagón era de segunda, sino lo más cerca que los "primeras" le permitían. Salido por la mañana de Roma, debía regresar por la tarde del mismo día. Se confesaba a duras penas los sentimientos nuevos que invadían su alma, porque nada le avergonzaba tanto como el tedio, este mal secreto del que los bellos apetitos insatisfechos de su juventud, y después la dura necesidad, le habían preservado hasta ahora. Y abandonando su compartimiento con el corazón vacío de esperanza y de alegría vagaba de un extremo

a otro del vagón corredor, hostigado por una curiosidad indecisa y buscando dudosamente no sabía qué cosa nueva y absurda que intentar.

Todo parecía insuficiente a su deseo. Ya no pensaba en embarcarse. Reconocía de mala gana que Borneo no le atraía mucho más que Italia. hasta había perdido interés por seguir su aventura; le parecía ahora comprometedora y absurda. Odiaba a Fleurissoire por no haberse sabido defender mejor, protestaba contra aquella lastimosa figura que quisiera arrojar de su imaginación. Por el contrario, hubiera visto con gran satisfacción el píllete que le había quitado la maleta. ¡Famoso truhán!... Y como si debiera volver a verle en la estación de Capua, se asomó a la ventanilla explorando con la mirada el andén desierto. Pero ¿le reconocería siquiera? No le había visto más que de espaldas, distante ya y alejándose en la penumbra... Le seguía con la imaginación a través de la noche, volviendo a ganar el lecho del Volturne, encontrando el cadáver odioso y, por una especie de provocación, arrancando del forro del sombrero, de tu sombrero, Lafcadio, este trozo de badana "de la forma y dimensiones de una hoja de laurel", como decía elegantemente el periódico. Lafcadio, después de todo, estaba muy reconocido a su desvalijador, por haber sustraído a la Policía esta pequeña pieza de convicción con la dirección de su proveedor. Sin duda este destripador de muertos tenía interés en no atraer sobre él la atención. Y si pretendía a pesar de todo servirse de su trozo de badana, ¡bueno!, sería una tontería colaborar con él.

La noche había cerrado ya. Un mozo del vagón restaurante circulaba de una punta a otra del tren avisando a los viajeros de primera y segunda clase que la comida les aguardaba. Sin apetito, pero salvado de su ocio por lo menos por una hora, Lafcadio se encaminó detrás de algunos otros, pero bastante lejos de ellos. Los vagones a través de los que pasaba Lafcadio estaban vacíos; aquí y allá, diversos objetos sobre los asientos, indicando y reservando los sitios de los pasajeros. chales, gorras, libros, periódicos. Una cartera de abogado atrajo su mirada. Seguro de ser el último, se paró ante el compartimiento y después entró. Aquella cartera, por lo demás, no le atraía apenas. fue propiamente por una especie de conciencia de deber por lo que la ojeó. En el interior, en discretas letras doradas, la cartera llevaba impresa esta indicación. "Defouqueblize, Facultad de Derecho de Burdeos".

Contenía dos folletos sobre derecho criminal y seis números de la Gaceta de los Tribunales.

"Alguna bestia más para el Congreso. ¡Puah!", pensó Lafcadio, que puso todo en su sitio, y después se apresuró para reunirse a la pequeña fila de viajeros que se dirigían al restaurante.

Una frágil jovencita y su madre cerraban la marcha, las dos de luto riguroso; las precedía inmediatamente un señor de levita, tocado con un sombrero de copa, de cabellos largos y lacios y por algunas partes canosos; aparentemente, el señor Defouqueblize, propietario de la cartera. Avanzaba lentamente, vacilando con las sacudidas del tren. En el último recodo del pasillo, en el momento en que el profesor se iba a lanzar en esa especie de acordeón que une a un vagón con otro, una sacudida más fuerte le hizo vacilar; para recobrar el equilibrio hizo un brusco movimiento que lanzó sus lentes, los cuales fue a recoger, rotos, en el ángulo del estrecho vestíbulo que forma el pasillo ante la puerta de los lavabos. En tanto que se agachaba a buscar sus lentes, pasaron la señora y la hija. Lafcadio se distrajo algunos momentos contemplando los esfuerzos del sabio; lamentablemente desamparado, lanzó al azar sus inquietas manos a flor del suelo; navegaba en la abstracción, parecía la danza informe de un plantígrado o que hubiese vuelto a la niñez y jugase a "¿Sabe usted plantar coles?" "¡Vamos, Lafcadio, una buena obra! Cede a tu corazón, que no está corrompido. Ve en ayuda del necesitado. Dale ese vidrio indispensable; solo, no lo encontrará nunca."

Se volvió de espaldas; un poco más y lo pisa... En este momento un nuevo vaivén proyectó al desgraciado con la cabeza baja contra la puerta del retrete; el sombrero de copa amortiguó el golpe, desfondándose a medias y encajándose hasta las orejas. El señor Defouqueblize lanzó un gemido; se incorporó y se arrancó el sombrero. Lafcadio, sin embargo, estimando que la broma había durado bastante, recogió los lentes, los depositó en el sombrero del buscador y después huyó, eludiendo las gracias.

La comida había comenzado. Al lado de la puerta vidriera, a la derecha del pasillo, Lafcadio se sentó ante una mesa de dos cubiertos. el sitio frente a él estaba vacío. A la izquierda del pasillo, a la misma altura que él, la viuda ocupaba con su hija una mesa de cuatro cubiertos, dos sitios sin ocupar.

"¡Qué aburrimiento reina en estos lugares! – se decía Lafcadio, cuya mirada, indiferente, se deslizaba por encima de los comensales sin encontrar figura donde posarse-. Todo este ganado cumple como una obligación monótona esta vida, que tan divertida es sabiéndola llevar. ¡Qué mal vestidos están! Pero desnudos, ¡qué feos serían! Me muero antes del postre si no pido champaña."

Entró el profesor. Aparentemente venía de lavarse las manos, que se había ensuciado en la busca de los lentes; se miraba las uñas. Un mozo del restaurante le hizo sentarse frente a Lafcadio. El camarero pasaba de mesa a mesa. Lafcadio, sin decir nada, indicó sobre la carta un Montebello GrandCremant de veinte francos, en tanto que el señor Defouqueblize pedía una botella de agua de Saint-Galmier. Ahora, teniendo entre dos dedos sus lentes, les echaba el aliento dulcemente, y después, con un pico de la servilleta, limpiaba los cristales. Lafcadio lo observaba y se maravillaba de sus ojos de topo parpadeantes bajo los gruesos párpados enrojecidos.

"¡Afortunadamente no sabe que soy yo quien acaba de devolverle la vista! Si comienza a darme las gracias, al instante abandonaré su compañía."

El camarero volvió con el agua de Saint-Galmier y el champaña, que descorchó y colocó entre los dos comensales. En cuanto estuvo esta botella sobre la mesa, Defouqueblize la cogió sin distinguir cuál era y se llenó un vaso, que apuró de un trago. El camarero hacía ya un gesto y un ademán, que Lafcadio detuvo, riendo.

—¡Oh! ¿Qué es lo que estoy bebiendo? – exclamó Defouqueblize con una mueca horrible.

—El Montebello del señor vecino vuestro -dijo el camarero dignamente-.

Aquí está su agua de Saint-Galmier. Tenga.

Y colocó la segunda botella.

—Estoy avergonzado, señor... Veo tan mal... Completamente avergonzado, créame...

—Me produciría usted una satisfacción, caballero -interrumpió Lafcadio-, si no se excusara y además aceptara un segundo vaso si ese primero le ha agradado. – ¡Ah, señor! Debo confesarle que lo he encontrado detestable, y no comprendo cómo en mi distracción he

podido tomarme un vaso lleno. Tenía tanta sed... Dígame, señor, se lo ruego, ¿es muy fuerte ese vino? Porque voy a decirle... Yo no bebo nunca más que agua... La menor gota de alcohol me causa indefectiblemente dolor de cabeza... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Si volviese en seguida a mi compartimiento?... Sin duda me sentaría bien echarme.

Hizo ademán de levantarse.

—¡Quédese, quédese, querido señor! — dijo Lafcadio, que comenzaba a divertirse-. Por el contrario, sería mejor que comiese sin preocuparse de este vino. Yo le llevaría en seguida si tuviese necesidad de que le sostuvieran. Pero no tenga temor; eso que ha bebido no emborracharía ni a un niño.

—Acepto el augurio. Pero verdaderamente no sé cómo agradecer... ¿Quiere usted un poco de agua de Saint-Galmier?

—Muchas gracias; pero permítame que prefiera mi champaña.

—¡Ah! Es verdad. Era champaña. ¿Y... se va a beber usted todo eso?

—Para tranquilizarle.

—Es usted muy amable; pero en su lugar, yo...

—Coma usted -interrumpió Lafcadio comiendo él, pues Defouqueblize le aburría ya. Su atención ahora se dirigía hacia la viuda.

"Ciertamente era una italiana. Viuda de un oficial, sin duda. ¡Qué decencia en su gesto! ¡Qué ternura en su mirada! ¡Qué pura era su frente! ¡Qué inteligentes sus manos! ¡Qué elegancia en el vestir, aunque el traje era de una gran sencillez!... Lafcadio, cuando ya no oigas en tu corazón las armonías de tal acorde, que cese en ese momento tu corazón de latir. La hija se le parece. ¡Con qué solicitud se inclina la madre hacia ella! ¡Ah!, ante tales seres el demonio fracasaría; para tales seres, Lafcadio, no tendrías inconveniente en dedicarles tu corazón sin duda..."

En este momento el mozo pasó a cambiar los platos. Lafcadio dejó que retiraran el suyo, medio lleno, porque lo que estaba viendo le colmaba de estupor. la viuda, la delicada viuda, se echaba hacia afuera, hacia el pasillo, y levantando ligeramente su falda, con un movimiento de lo más natural descubría una enagua escarlata y una pantorrilla maravillosamente formada.

Tan inopinadamente aquella nota ardiente estallaba en esta grave sinfonía… ¿Soñaba? Ahora el mozo traía otro plato. Lafcadio iba a servirse; sus ojos se dirigieron al plato, y lo que vio en él acabó de trastornarle. Allí, ante él, al descubierto, en medio del plato, caído de no se sabía dónde, horrible y reconocible entre mil… Sin duda, Lafcadio. ¡Es el gemelo de Carola! Uno de los dos botones que faltaban al segundo puño de Fleurissoire. Esto es cosa de pesadilla… Pero el mozo se inclinó con la fuente. De un manotazo, Lafcadio limpió el plato haciendo rodar la malhadada alhaja sobre el mantel. Cambió el plato por el de debajo, se sirvió abundantemente, llenó su vaso de champaña, que vació en seguida y volvió a llenar. Porque si el hombre en ayunas puede ver visiones… No, no era una alucinación. Oyó al gemelo arañar el plato; cogió el gemelo y lo deslizó junto al reloj, en el bolsillo del chaleco. Lo palpó, se aseguró. el gemelo estaba allí, bien seguro… Pero ¿quién podrá decir cómo había llegado hasta el plato? ¿Quién lo había puesto allí?… Lafcadio miró a Defouqueblize. el sabio comía inocentemente, con la nariz baja. Lafcadio quiso pensar en otra cosa; miró de nuevo a la viuda; pero en su gesto y en su actitud todo había vuelto a ser decente, vulgar; la encontraba ahora menos hermosa. Intentó imaginar de nuevo el gesto provocativo, las pantorrillas, pero no pudo. Intentó recordar el gemelo sobre el plato, y si no lo sintiese allí, en su bolsillo, dudaría de la realidad de todo… Pero en realidad, ¿por qué había cogido ese gemelo, que no era suyo? ¡Por un gesto instintivo, absurdo, qué confesión! ¡Qué confesión! Cómo se descubre a aquél, quienquiera que sea, y la Policía, acaso, observándolo sin duda, acechándolo… Ha caído en este lazo grosero como un idiota. Nota que se pone pálido. Se vuelve bruscamente; detrás de la puerta de cristal del pasillo no hay nadie. ¡Pero cualquiera hace un momento puede haberle visto! Se esfuerza en comer todavía, pero el despecho le cierra los dientes. ¡Desgraciado! No es un crimen vergonzoso lo que siente. es este movimiento aciago… ¿Por qué le sonreía ahora el profesor?…

Defouqueblize había acabado de comer. Se limpió los labios, y después, con los codos apoyados sobre la mesa y estrujando nerviosamente su servilleta, comenzó a mirar a Lafcadio; una risa extraña se dibujaba en su boca, y por fin, no pudiendo contenerse.

—¿Me atrevería, señor, a pedirle un poquito?

Y adelantó su vaso temerosamente hacia la botella casi vacía.

Lafcadio, desviado de su inquietud y feliz por la diversión, le sirvió las últimas gotas.

—Siento darle tan poco... Pero... ¿quiere usted que pida?

—Creo que habría bastante con media botella.

Defouqueblize había perdido el sentido de las conveniencias. Lafcadio, que no aborrecía el vino seco y a quien la sencillez del otro le divertía, hizo descorchar un segundo Montebello.

—¡No, no! ¡No me ponga demasiado! – decía Defouqueblize levantando su vaso vacilante, que acababa de llenar Lafcadio-. Es curioso que esto me haya parecido tan malo al principio. Así se hacen tantos monstruos de muchas cosas que no se conocen. Yo creía beber agua de Saint-Galmier; claro, para ser agua de Saint-Galmier tenía un gusto muy raro. Es como si le sirviesen a usted agua de Saint-Galmier cuando cree usted beber champaña.

Diría usted, verdad. ¡para champaña le encuentro un sabor estúpido!

Se reía de sus propias palabras, después se inclinó por encima de la mesa hacia Lafcadio, que reía también por lo bajo.

—No sé por qué me río así. Su vino tiene la culpa. Me parece que es un poco más fuerte de lo que usted me ha dicho. ¡Eh, eh, eh! Pero usted volverá a llevarme a mi vagón, ¿no es eso? Allí estaremos solos, y si no voy correcto, ya sabe usted las causas.

—En viaje -aventuró Lafcadio- esto no tiene importancia.

—¡Ah, señor! – repuso el otro-. ¡Cuánto se haría en esta vida si se estuviese seguro de que no tiene importancia, como acaba usted de decir tan acertadamente! Si se estuviese seguro de no comprometerse en nada... Mire usted, esto mismo que le digo ahora y que no es más que un pensamiento corriente, ¿cree usted que me atrevería a decirlo sin más ni más si estuviésemos en Burdeos? Y digo Burdeos, porque es en Burdeos donde yo vivo. Allí soy conocido, respetado; aunque soltero, llevó allí una vida tranquila, ejerzo una profesión considerada. profesor en la Facultad de Derecho. Sí, criminología comparada, una cátedra nueva... Usted comprenderá que allí yo no puedo embriagarme ni siquiera un día por azar. Mi vida debe ser respetable. ¡Figúrese si uno de mis discípulos me encontrase en la

calle! Respetable; y sin que parezca forzado, en eso está el quid; no dar que pensar. el señor Defouqueblize (este es mi nombre) tiene que hacer grandes esfuerzos para contenerse... Es preciso no sólo no hacer nada insólito, sino persuadir a los demás de no hacer nada insólito, aunque se tengan todas las facilidades; que no haya en uno nada insólito que pida salir. ¿Queda todavía un poco de vino? Algunas gotas solamente, mi querido cómplice, algunas gotas... Semejante ocasión no se encuentra dos veces en la vida. Mañana, en Roma, en ese Congreso que nos junta, encontraré a numerosos colegas, graves, domesticados, tan comedidos, que yo me volveré lo mismo en cuanto haya recobrado mi librea. Hombres sociables, como usted y como yo, han de vivir simulando.

La comida terminó; un mozo pasaba recogiendo las propinas en una bandeja.

A medida que la sala se vaciaba, la voz de Defouqueblize se hacía más sonora; por momentos, sus voces inquietaban un poco a Lafcadio.

Continuaba.

—Y cuando no existiera la sociedad para contradecirnos, bastaría el grupo de los parientes y de los amigos a los cuales no nos acostumbramos a saber desagradar. Oponen a nuestra sinceridad incivil una imagen nuestra de la cual no somos responsables más que a medias; que se nos parece muy poco, pero que es indecoroso, yo os lo digo, rebasar. En este momento, es un ejemplo. yo liberto mi figura, escapo de mi... ¡Oh vertiginosa aventura!

¡Oh peligrosa voluptuosidad!... Pero le estoy mareando... —Me interesa usted extraordinariamente.

—Continúo, continúo... ¡Qué quiere usted, aunque borracho sigue el profesor! Y el tema me tienta... Pero si ha terminado usted de comer, puede ofrecerme su brazo para volver al vagón, caso de que me tenga en pie todavía. Temo, si tardamos un poco más, no poder levantarme.

Defouqueblize, a estas palabras, hizo un movimiento como para abandonar su silla; pero no pudo, y agarrándose a la mesa e inclinado sobre Lafcadio, reanudó con una voz dulcificada y casi confidencial.

—He aquí mi tesis. ¿Sabe usted lo que hace falta para convertir a un hombre honrado en un granuja? ¡Basta una desorientación, un

olvido! Sí, señor, un agujero en la memoria y asoma la sinceridad... La cesación de una continuidad, una simple interrupción de la corriente. Naturalmente, yo no digo esto en mi cátedra... Pero entre nosotros, ¡qué ventajas para el bastardo! Figúrese usted. aquel cuyo ser mismo es el producto de una extravagancia, de un cambio de dirección en la línea recta...

La voz del profesor se había alzado de nuevo; fijaba ahora sobre Lafcadio dos ojos raros, cuya mirada unas veces vaga, otras perspicaz, comenzaba a inquietarle. Lafcadio se preguntaba si la miopía de este hombre no era fingida, y casi reconocía aquella mirada. Por fin, más indignado de lo que hubiera querido aparecer, se levantó y dijo bruscamente.

—¡Vamos, coja mi brazo, señor Defouqueblize! Levántese. Basta de bromas.

Defouqueblize, con mucha dificultad, dejó su asiento. Ambos se encaminaron dando tumbos a lo largo del pasillo, hacia el compartimiento donde la cartera del profesor había quedado. Defouqueblize entró el primero. Lafcadio lo instaló y después se retiró. No había hecho más que volver la espalda para marcharse cuando se abatió sobre sus costillas un puño poderoso. Se volvió rápidamente. Defouqueblize se había levantado de un salto... ¿Pero era aquel todavía Defouqueblize? Y con una voz a la vez burlona, autoritaria y jubilosa exclama.

—No hay que dejar abandonado tan pronto a un amigo, señor Lafcadio Lonnesaitpluski... ¡Qué! ¿Es cierto? ¿Quería, pues, marcharse?

Del funambulesco profesor calamocano de hacía un momento no quedaba nada en el gran mocetón joven y fuerte, en el que Lafcadio no vaciló en reconocer a Protos. Protos, grande, magnífico y que se anunciaba de un modo inconfundible.

—¡Ah! ¿Eres tú, Protos? – dijo sencillamente–. Más vale así. Hubiera acabado por no reconocerte.

Ya que por terrible que fuese, Lafcadio prefería una "realidad" a la ridícula pesadilla en la que se debatía hacía una hora.

—No estoy mal disfrazado, ¿eh? Por ti no he reparado en gastos... Pero eres tú quien debía llevar los lentes, porque se te juzgará mal si no tienes más perspicacia para reconocer a los sutiles.

¡Qué de recuerdos adormecidos hizo despertar en el espíritu de Lafcadio esta palabra "sutil"! Un sutil, en el argot de que Protos se servía en la época en que estaban juntos en la pensión; un sutil era un hombre que, por la razón que fuese, no presentaba todos y en todos sitios el mismo rostro. Había, según su clasificación, numerosas categorías de sutiles, más o menos elegantes y loables a los que correspondía y se oponía la gran familia de los "crustáceos", cuyos representantes se asientan de arriba abajo en la escala social. Nuestros compinches tenían para la admisión estos axiomas. Primero. los sutiles se reconocen entre ellos. Segundo. los crustáceos no reconocen nunca a los sutiles. Lafcadio se acordaba ahora de todo esto; como era de esas naturalezas que se prestan a todos los juegos, sonreía.

Protos siguió.

—Afortunadamente, el otro día yo me encontraba allí ¿eh? Es posible que eso no fuera totalmente por casualidad. Me gusta vigilar a los novicios; es imaginativo, es atrevido, es bonito... Se cree demasiado fácilmente poder pasarse sin consejo. ¡Tu trabajo tenía mucha necesidad de retoque!... ¿A quién se le ocurre llevar semejante sombrero cuando se pone uno a la tarea? Con la dirección del sombrero en esta pieza de convicción te encerraban antes de ocho días. Pero para los viejos amigos yo tengo buen corazón, y lo pruebo. ¿Sabes que yo te he querido mucho, Cadio? He pensado siempre que se podía hacer de ti algo de provecho. Guapo como eres, hubieras hecho andar de cabeza a todas las mujeres y hubieras puesto en aprieto a más de un hombre. ¡Qué suerte he tenido al saber por fin noticias tuyas y enterarme de que venías a Italia! ¡Palabra! Tengo ansiedad por saber qué ha sido de ti desde la época que frecuentábamos la antigua casa. Tú no te encuentras mal. ¡Ah, Carola no se descuidaba!

La irritación de Lafcadio se hacía más patente cuanto más esfuerzo ponía por ocultarla; esto divertía extraordinariamente a Protos, que fingía no darse cuenta de nada. Había sacado del bolsillo del chaleco un redondelito de cuero y lo examinaba.

—He arrancado esto, ¿eh?

Lafcadio lo hubiera estrangulado. Cerraba los puños y las uñas se le clavaban en la carne. El otro continuaba, bromista.

—¡Pequeño favor! Vale bien los seis billetes de mil… ¡Qué! ¿Quieres decirme por qué no te los has guardado?

Lafcadio exclamó.

—¿Me tomas por un ladrón?

—Escucha, muchacho -siguió tranquilamente Protos-. No me gustan los aficionados. Más vale que te lo diga de una vez francamente. Además, conmigo ya lo sabes, no se trata de hacer el fanfarrón ni el imbécil. Tú tienes disposiciones, evidentemente; brillantes disposiciones; pero…

—Deja ya de burlarte -interrumpió Lafcadio, que no podía contener más su cólera-. ¿Adonde pretendes llegar? He cometido una torpeza el otro día. ¿Crees que tengo necesidad de que me lo digan? Sí, tú tienes un arma contra mí; yo no voy a juzgar si sería conveniente para ti mismo servirte de ella. Tú quieres que yo rescate ese pedazo de cuero. ¡Vamos, habla! Deja ya de reírte y de mirarme así. Quieres dinero. ¿Cuánto?

El tono era tan decidido, que Protos dio un paso atrás; se repuso pronto.

—¡Magnífico, magnífico! – dijo-. ¿Qué he dicho yo que pueda molestarte? Entre amigos se habla sosegadamente. No hay por qué atropellar. ¡Palabra, Lafcadio, estás rejuveneciendo!

Y como le acariciase ligeramente el brazo, Lafcadio se separó bruscamente.

—Sentémonos -dijo Protos-. Estaremos mejor para hablar.

Se situó en un rincón al lado de la portezuela del pasillo y colocó los pies sobre el otro asiento.

Lafcadio pensó que quería cortarle la salida. Sin duda Protos tenía armas. Él no llevaba encima ninguna. Reflexionó que en un cuerpo a cuerpo saldría perdiendo. Además, si un instante tuvo idea de huir, la curiosidad le atraía, aquella curiosidad apasionada contra la que ni aun su propia seguridad personal podía nada. Se sentó.

—¿Dinero? ¡Bah, quita! – dijo Protos. Sacó un cigarrillo de una pitillera y ofreció a Lafcadio, que lo rechazó-. ¿Te molesta el humo acaso? Bueno, escúchame.

Dio algunas chupadas a su cigarro, y después, más tranquilo.

—No, no, Lafcadio, amigo mío; no es dinero lo que yo espero de ti, sino obediencia. No parece, muchacho (perdona mi franqueza), que te des cuenta bien exacta de tu situación. Tienes valientemente que encararte con ella. Permíteme que te ayude. Así de los cuadros sociales que nos encierran, un adolescente ha querido escaparse, un adolescente simpático y de hecho, como a mí me gustan. sencillo y graciosamente espontáneo, porque creo que no puso en este asunto gran cálculo. Me acuerdo, Cadio, del tiempo en que estabas tan fuerte en los números, y que para tus gastos jamás consentías en hacer cuentas… En resumen, el régimen de los crustáceos te agrada. Dejo a los demás que se sorprendan de ello; pero lo que me sorprende a mí es que una inteligencia como la tuya, Cadio, haya creído que podía salirse tan sencillamente de una sociedad sin caer al mismo tiempo en otra; o que una sociedad podía pasarse sin sus leyes. "Lawless", ya te acordarás. Habíamos leído esto no sé dónde. "Two hawks in the air, two fishes swimming in the sea are not more lawless than we"… ¡Qué bella literatura! Lafcadio, amigo mío, aprende la ley de los sutiles.

—Tú podrás adelantarme algo.

—¿Para qué apresurarse? Tenemos tiempo; yo no me apeo hasta Roma. Lafcadio, amigo mío, ocurre que un crimen escapa a los gendarmes, y voy a explicarte por qué nosotros somos más listos que ellos. es porque nosotros nos jugamos la vida en el envite. Donde la Policía fracasa, nosotros triunfamos. ¡Pardiez! Tú lo has querido, Lafcadio; la cosa está hecha y no puedes escaparte. Preferiría que me obedecieras, porque, ya ves, me causaría un dolor tener que entregar a la Policía a un viejo amigo como tú.

Pero ¿qué hacer? En adelante dependes de ella, o de nosotros.

—Entregarme es entregaros vosotros mismos…

—Deseo que hablemos seriamente. Comprende esto, Lafcadio. la Policía encierra a los rebeldes; pero en Italia, con mucho gusto, transige con los sutiles. Transige, sí, esa es la palabra. Yo soy un poco policía, querido. Tengo vista. Contribuyo al buen orden. No actúo. hago actuar. Vamos, deja de resistir, Cadio. Mi ley no tiene nada de vergonzosa. Tú exageras sobre estas cosas. ¡Tan sencillas y espontáneas! ¿Crees que no ha sido por obediencia y porque yo lo he

querido así por lo que has cogido del plato el gemelo de la señorita Venitequa? ¡Ah! ¡Actitud imprevista! ¡Gesto idílico! ¡Mi pobre Lafcadio! No hubieras querido hacer eso, ¿eh? Lo malo es que no he sido el único que lo ha visto. ¡Bah! No te sorprendas. el camarero, la viuda y la niña están en el i ajo. Lafcadio, amigo mío, sé razonable. ¿Te someterás?

Por excesiva perplejidad, acaso Lafcadio había tomado el partido de no decir nada. Permanecía tieso, con los labios apretados, los ojos fijos; derecho ante él, Protos continuó con un encogimiento de hombros.

—¡Bobo de cuerpo entero! Y en realidad, ¡tan sencillo!... Pero ya hubieras accedido seguramente si te hubiese dicho lo que esperamos de ti. Lafcadio, amigo mío, sácame de una duda. ¿Cómo tú, a quien dejé tan pobre, no has cogido los seis billetes de mil que el azar puso a tu alcance? ¿Eso es natural?... El señor Baraglioul padre murió, me ha dicho la señorita Venitequa, al día siguiente del que fue a visitarte el conde Julio, su digno hijo, y la tarde de aquel día tú dejaste plantada a la señorita Venitequa. Después, tus relaciones con el conde Julio se han hecho, a fe mía, bastante íntimas. ¿Quieres explicarme por qué? Lafcadio, amigo mío, durante el tiempo en que te conocí numerosos tíos formé una idea muy embarullada de tu genealogía... No, no te enfades, es una broma. Pero ¿qué querías que supiese? A menos que no debas directamente al señor conde tu fortuna actual, lo que (permíteme, que lo diga), siendo seductor como eres, Lafcadio, me parece sensiblemente escandaloso. De una manera o de otra, o como nos dejes suponer, Lafcadio, amigo mío, el negocio está claro y tu deber trazado. Harás cantar a Julio. ¡Vamos, no te rebeles! El chantaje es una sana institución necesaria al mantenimiento de las costumbres. Bueno, ¡qué! ¿Me abandonas?

Lafcadio se había levantado.

—Ea, déjame pasar -gritó, a horcajadas sobre el cuerpo de Protos, que atravesaba el compartimiento tendido entre las dos banquetas. Protos no hizo el menor ademán de cogerlo. Lafcadio, sorprendido de que no le detuviera, abrió la puerta del pasillo, y apartándose, dijo.

—No me escapo, no tengas cuidado. Puedes vigilarme; pero todo antes que escucharte más tiempo... Perdóname que prefiera la Policía. Puedes ir a avisarla. Espero.

Aquel mismo día el tren de la tarde traía de Milán a los Anthime. Como viajaban en tercera, no vieron hasta la llegada a la condesa de Baraglioul y a su hijo mayor, venidos de París en el "sleepingcar" del mismo tren. Pocas horas antes que el telegrama de pésame había recibido la condesa una carta de su marido. El conde le hablaba en ella de su gran alegría por el encuentro inopinado de Lafcadio, y, desde luego, no flotaba en ella ninguna alusión a esta semifraternidad que a los ojos de Julio llenaba de un tan pérfido atractivo al joven. (Julio, fiel al mandato de su padre, no se había explicado abiertamente con su mujer; ni más ni menos lo había hecho con el otro); pero ciertas alusiones, ciertas reticencias advirtieron lo bastante a la condesa; y hasta no estoy muy seguro de que, a Julio, a quien faltaba una distracción en el ajetreo de su vida burguesa, no le placiese como juego bordear el escándalo y dejarse coger en él la yema de los dedos. Y no estoy tampoco muy seguro de que la presencia en Roma de Lafcadio, la esperanza de volver a verlo no hubiese influido bastante en la decisión que tomó Genoveva de acompañar a su madre.

Julio había ido a esperarlas a la estación. Las condujo rápidamente al Gran Hotel, habiendo dejado momentos antes a los Anthime, a los que debía volver a encontrar en el fúnebre cortejo al día siguiente. Estos se dirigieron a la calle de Bocea di Leone, al hotel donde estuvieron hospedados durante su primera estancia.

Margarita llevaba al novelista buenas noticias. su elección no encontraba dificultades; la antevíspera se lo había dicho oficiosamente el cardenal André. el candidato no tendría ni que molestarse en hacer visitas. La Academia venía a él, le abría sus puertas, le esperaba.

—Ya lo ves -decía Margarita-. ¿Qué te decía yo en París? Todo llega en este mundo; no hay más que esperar.

—Y no cambiar -replicaba compungidamente Julio, llevándose a los labios la mano de su esposa y sin ver la mirada de su hija, fija sobre él, cargarse de desprecio-. Fiel a vosotros, a mis ideas, a mis principios. La perseverancia es la más indispensable de las virtudes.

Se alejaban ya de él los recuerdos de su más reciente desvío, y todo pensamiento que no fuera ortodoxo, cualquier proyecto que no fuera decente. Ahora, informado, se recobraba sin esfuerzo. Admiraba esta

consecuencia sutil por la que su espíritu cambiaba en un momento de ruta. Él no había cambiado; era el Papa.

—¡Qué constancia la de mis pensamientos, por el contrario! – se decía-. ¡Qué lógica! Lo difícil es saber a qué atenerse. Este pobre Fleurissoire ha muerto por haber penetrado los secretos. Lo más sencillo, cuando se es sencillo, es atenerse a lo que se sabe. Ese horrible secreto lo ha matado. El conocimiento no fortifica jamás sino a los fuertes... ¡No importa! Me satisface que Carola haya podido prevenir a la policía; esto me permitirá meditar más libremente... Además, si sabía que no era el "verdadero" Santo

Padre al que debía su infortunio y su destierro, ¡qué consuelo para ArmandDubois! ¡Qué reafirmación en su fe! ¡Qué satisfacción!... Le hablaré mañana, después de la ceremonia fúnebre.

La ceremonia no atrajo gran concurrencia. Tres coches seguían a la carroza mortuoria. Llovía. En el primer coche, Blafaphas acompañaba amistosamente a Árnica (cuando terminase el luto se casaría con ella sin duda alguna); ambos habían salido de Pau la antevíspera (abandonar la viuda a su pena, dejarla emprender sola este largo viaje... ¡Blafaphas no soportaba ni siquiera la idea! Aunque no era de la familia, no había tomado menor parte en el duelo. ¿Qué pariente no valía tal amigo?), pero habían llegado a Roma hacía una hora apenas a consecuencia de un retraso del tren.

En el último coche iban la señora Armand-Dubois, con la condesa y su hija; en el segundo, el conde con Anthime Armand-Dubois.

Ante la tumba de Fleurissoire no se hizo ninguna alusión a su desgraciada aventura. Pero al regreso del cementerio, Julio de Baraglioul, de nuevo solo con Anthime, comenzó.

—Te había prometido interceder por ti cerca del Santo Padre.

—Dios es testigo de que no lo deseaba.

—Es verdad. Irritado por la situación en que te abandonaba la Iglesia, no había escuchado más que a mi corazón.

—Dios es testigo de que no me he quejado jamás.

—Ya lo sé, ya lo sé... ¡Me has excitado bastante con tu resignación! Y además, ya que me incitas a que no vuelva sobre ello, te confesaré, mi querido Anthime, que reconocía en ella menos santidad que

orgullo, y que esta resignación excesiva, la última vez que te vi en Milán, me pareció más cerca de la rebeldía que de la verdadera piedad, y me había molestado grandemente en mi fe. Dios no te exigía tanto. ¡Qué diablo! Hablemos con sinceridad; tu actitud me había chocado.

—La tuya, yo puedo también confesarlo, me había entristecido, mi querido hermano. Eras tú precisamente quien me incitaba a la rebeldía y... Julio, que se acaloraba, le interrumpió.

—Lo he probado suficientemente por mí mismo y lo he dado a entender a los demás durante toda mi carrera, que se puede ser perfectamente cristiano sin desdeñar por eso las legítimas ventajas que nos ofrece el rango en que Dios ha creído, sabio, colocarnos. Lo que yo reprochaba de tu actitud era precisamente tu afectación, que parecía querer aventajar mi religiosidad.

—Dios es testigo de que...

—¡No protestes siempre! – interrumpió de nuevo Julio-. Dios no tiene nada que ver con esto. Te explico precisamente que cuando yo digo que tu actitud era de rebeldía... me refiero a mi rebeldía; y esto es precisamente lo que te reprocho, aceptar la injusticia de dejar a otro que se rebele por ti. Porque yo no admito que la Iglesia obre en su daño y tu actitud, sin quererlo, parecía demostrar eso. Entonces decidí quejarme por ti. Ahora vas a ver cuánta razón tenía para indignarme.

Julio, cuya frente sudaba, colocó sobre sus rodillas el sombrero de copa.

—¿Quieres que deje entrar un poco de aire?

Y Anthime, complaciente, bajó el cristal de su lado.

—Tan pronto como llegué a Roma -continuó Julio- solicité una audiencia. Fui recibido. Un extraño suceso debía coronar mi gestión... —¡Ah! – dijo indiferente Anthime.

—Sí, amigo mío, porque si no obtengo en especie nada de lo que he venido a reclamar, llevaré por lo menos de mi visita una seguridad... que pone a nuestro Sumo Pontífice al abrigo de todas las suposiciones injuriosas que nos formemos en torno suyo.

—Dios es testigo de que yo nunca he formulado injurias en torno de nuestro Santo Padre.

—Las formulaba yo por ti; te veía abandonado y me indignaba.

—Vamos al asunto, Julio. ¿Has visto al Papa? — Pues bien, ¡no!, no he visto al Papa -exclamó por fin Julio-, pero me he enterado de un secreto, secreto que no creí en un principio, pero que bien pronto, por la muerte de nuestro querido Amadeo, hube de confirmar; secreto espantoso, desconcertante, pero donde tu fe, querido Anthime, sabrá reconfortarse. Porque has dé saber que de esa negativa de justicia de la que te hacen víctima es inocente el Papa...

—¡Ah! ¡Yo no lo he dudado nunca!

—Anthime, escucha bien. Yo no he visto al Papa porque nadie puede verlo; el que ahora está sentado sobre el trono pontificial y a quien la Iglesia escucha y que promulga, el que me ha hablado, el Papa que se ve en el Vaticano, el que yo he visto, "no es el verdadero". Anthime, a estas palabras, fue acometido de una risa escandalosa.

—¡Ríe, ríe! — repetía Julio picado-. Yo también me reía al principio. Si no me hubiese reído tanto no habrían asesinado a Fleurissoire. ¡Ah! ¡Santo amigo! ¡Pobre víctima!...

Su voz se extinguió en sollozos.

—Dime. ¿es en serio que no me la quieres pegar?... ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!... -dijo Armand-Dubois, a quien el énfasis de Julio inquietaba-.

Primeramente, sería necesario saber...

—Por haber querido saber es por lo que ha muerto.

—Pero, en fin, si yo me he desprendido de mis bienes, de mi situación, de mi ciencia, si he tolerado que jugaran conmigo... -continuaba Anthime, que poco a poco se exaltaba a su vez.

—Yo te lo digo; de todo esto, el "verdadero" no es responsable; el que te ha engañado es un agente del Quirinal... —¿Debo creer lo que me dices?

—Si no me crees a mí, cree a ese pobre mártir.

Ambos permanecieron algunos momentos silenciosos. Había dejado de llover; un rayo separaba las nubes. El coche, con lento traqueteo, entraba en Roma.

—En ese caso ya sé lo que tengo que hacer- repuso Anthime con gran firmeza de voz-. Yo revelo el secreto.

Julio se sobresaltó.

—Me espantas, amigo mío. Vas a hacer que te excomulguen.

—¿Por qué? Si es un falso Papa, qué me importa.

—Y yo que pensaba ayudarte a gustar en este secreto una virtud consoladora -agregó Julio consternado.

—¿Lo tomas a broma?... ¿Y quién me dirá si Fleurissoire, al llegar al paraíso, no descubre allí también que su Dios no es tampoco el "verdadero"?

—¡Vamos, querido Anthime, no divagues! ¡Cómo si allí pudiese haber dos! ¡Cómo si allí pudiese haber "otro"!

—No, verdaderamente hablas de esto con gran desenvoltura, tú, que no has renunciado a nada por "él"; tú, que, verdadero o falso, te aprovechas de él... ¡Ah! Calla, tengo necesidad de airearme.

Inclinado sobre la portezuela, tocó con su bastón la espalda del cochero e hizo parar el coche. Julio se apresuró a descender con él.

—¡No! Déjame. Ya sé bastante para conducirme. Guarda lo demás para una novela. En cuanto a mí, esta misma tarde escribo al Gran Maestre de la Orden, y desde mañana reanudo mis crónicas científicas en la Dépêche. Nos vamos a reír.

—¡Qué! ¿Cojeas? — dijo Julio sorprendido de verle renquear de nuevo.

—Sí, desde hace algunos días me han vuelto los dolores.

—¡Ah! ¡Caramba! — dijo Julio, que, sin mirar cómo se alejaba, se recogió en el coche.

¿Tenía Protos la intención de entregar a Lafcadio a la Policía, como le había amenazado?

No lo sé; los acontecimientos probaron que entre los señores de la Policía no tenía más que amigos. Éstos, prevenidos la víspera por Carola, habían puesto en el callejón dei Vecchierelli sus trampas. Conocían de larga fecha la casa y sabían que ofrecía en el piso superior fáciles comunicaciones con la casa vecina, cuyas salidas guardaron igualmente.

Protos no temía a los polizontes; la acusación no le causó miedo, ni el aparato de la justicia; sabía que era poco fácil de atrapar, pues, en realidad, no era culpable de ningún crimen y sólo de delitos tan menudos que escapaban a la detención. Así, pues, no se asustó cuando comprendió que estaba cercado, de lo que se dio cuenta en seguida por su olfato para reconocer, bajo cualquier disfraz, a estos señores.

Apenas un poco indeciso, se encerró primero en la habitación de Carola, esperando su regreso, pues no la había vuelto a ver desde el asesinato de Fleurissoire; deseaba pedirle consejo y darle algunas instrucciones para el caso probable de que lo metiesen en chirona.

Carola, deferente con las indicaciones de Julio, no había aparecido por el cementerio; nadie supo que oculta tras un mausoleo, y bajo un paraguas, asistió de lejos a la triste ceremonia. Esperó pacientemente, humildemente, que se alejasen de la reciente tumba; vio reunirse el cortejo de nuevo, a Julio acompañado de Anthime, y, por fin, alejarse los coches bajo la lluvia fina. Entonces se aproximó a la tumba a su vez y sacó de debajo de su pañoleta un gran ramo de flores que colocó lejos del contacto de las coronas de la familia. Después permaneció mucho tiempo bajo la lluvia, sin mirar nada, sin pensar en nada y llorando a falta de oraciones.

Cuando regresó a la calleja dei Vecchierelli distinguió en el umbral dos figuras insólitas. No comprendía que la casa estuviera custodiada. Deseaba con vehemencia reunirse con Protos; aunque no dudaba que no era él el asesino, le odiaba ahora…

Unos momentos después la Policía acudía a sus gritos; demasiado tarde, ¡ay! Exasperado al saber que había sido denunciado por ella, Protos acababa de estrangular a Carola.

Esto ocurrió hacia mediodía. Los periódicos de la tarde publicaron ya la noticia, y como habían encontrado sobre Protos el trozo de badana arrancado al sombrero, su doble culpabilidad no tenía la menor duda para nadie.

Lafcadio había vivido hasta la tarde en una espera o en un temor vago, no seguramente de la Policía, con la que le había amenazado Protos, sino del mismo Protos, o de algo vago de lo que no procuraba defenderse. Una incomprensible torpeza pesaba sobre él, que acaso no fuese más que fatiga; renunciaba.

La víspera no había visto a Julio más que un instante, cuando éste, a la llegada del tren de Nápoles, había ido a hacerse cargo del cadáver; después había caminado mucho tiempo a través de la ciudad, al azar, para acabar con esta exasperación que le dominaba, después de la conversación del vagón, con el sentimiento de su dependencia.

A pesar de esto, la noticia de la detención de Protos no llevó a Lafcadio la tranquilidad que él pudo creer. Se hubiera dicho que estaba decepcionado. ¡Hombre raro! En tanto que había rechazado deliberadamente todo provecho material del crimen, no renunciaba voluntariamente a ninguno de los peligros de la partida. No admitía que hubiese terminado tan pronto. De buena gana, como hacía antes con los dados, hubiera cedido el turno al adversario, y como el suceso hacía el juego demasiado fácil y sin interés, lamentaba que terminase y no haber llevado más allá su desafío.

Comió en una taberna próxima para no tener necesidad de vestirse. Poco después, al entrar en el hotel, observó, a través de la puerta de cristales del restaurante, al conde Julio sentado a la mesa en compañía de su mujer y de su hija. Le impresionó la belleza de Genoveva, a la que no había vuelto a ver desde su primera visita. Estaba esperando en el salón que terminara la comida, cuando fueron a avisarle que el conde había subido a su habitación y le aguardaba.

Entró. Julio de Baraglioul estaba solo; se había vuelto a poner de americana.

—¡Bueno, el asesino está detenido! — dijo alargándole la mano.

Pero Lafcadio no la estrechó y permanecía en el dintel de la puerta.

—¿Qué asesino? — preguntó.

—El asesino de mi cuñado, demonio.

—El asesino de su cuñado soy yo.

Lo dijo sin vacilación, sin cambiar de tono, sin bajar la voz, sin un gesto, con una entonación tan natural, que Julio, al principio, no comprendió. Lafcadio hubo de repetirlo.

—No han detenido, le digo, al asesino del señor Fleurissoire, por la sencilla razón de que el asesino de su señor cuñado soy yo.

Si Lafcadio hubiera presentado un aspecto feroz puede ser que Julio hubiese tenido miedo; pero su aire era infantil. Hasta parecía más joven que la primera vez que había vuelto a encontrarlo Julio. ¡Su mirada era tan limpia, su voz tan clara! Había cerrado la puerta, pero permanecía recostado sobre ella. Julio, cerca de la mesa, se dejó caer en una butaca.

—¡Mi pobre niño! – comenzó diciendo–. Habla más bajo… ¿Qué es lo que le ha pasado? ¿Cómo ha hecho eso?

Lafcadio bajó la cabeza, arrepentido ya de haber hablado.

—¿Qué sé yo? Lo hice muy rápidamente, mientras duraba el deseo de hacerlo.

—Pero ¿qué resentimientos tenía contra Fiourissoire, ese hombre digno, lleno de virtudes?

—No lo sé… No tenía aire de ser feliz… ¿Cómo quiere que le explique lo que yo mismo no puedo explicarme?

Cruzó entre ambos un silencio penoso, que rompían por sacudidas las palabras, para hacerse luego más profundo; se oían entonces los sonidos de una musiquilla napolitana subir del gran "hall" del hotel. Julio rascaba con la uña del dedo meñique, que llevaba en punta y muy larga, una mancha de cera sobre el tapete de la mesa. De pronto se dio cuenta de que aquella hermosa uña se le había roto. Era una grieta transversal que rompía en toda su longitud el tono carmíneo de la uña. ¿Cómo había ocurrido? ¿Y cómo no se había dado cuenta antes? De todas maneras, el mal era irreparable; Julio no podía hacer otra cosa que cortársela. Experimentó una contrariedad muy viva, porque dedicaba gran cuidado a sus manos, y en particular a esta uña que había formado lentamente y que hacía valer el dedo, cuya elegancia acusaba. Las tijeras estaban en el cajón de la mesa de tocador, y Julio iba a levantarse para cogerlas, pero era necesario pasar ante Lafcadio; decidió prudentemente dejar para más tarde la delicada operación.

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—No lo sé. Acaso entregarme. Lo pensaré esta noche.

Julio dejó caer su brazo a lo largo de la butaca; contempló algunos instantes a Lafcadio y después, en un tono de desesperanza, suspiró.

—¡Ahora que comenzaba a quererle!...

Esto lo dijo sin mala intención. Lafcadio no podía molestarse por ello. Pero por su inconsciencia, la frase no era menos cruel y le hería en el corazón. Levantó la cabeza, rebelándose contra la angustia que bruscamente le estrangulaba. Miró a Julio. "¿Es verdaderamente éste de quien ayer me sentía casi hermano?", se preguntaba. Paseó su mirada por la habitación donde la antevíspera, a pesar de su crimen, había podido hablar tan alegremente; el frasco de perfume estaba todavía sobre la mesa, casi vacío...

—Escuche, Lafcadio -reanudó Julio-. Su situación no me parece del todo desesperada. El presunto autor de este crimen...

—Sí, ya sé que acaban de detenerlo -dijo Lafcadio secamente-. ¿Va a aconsejarme que deje acusar a un inocente en mi lugar?

—Ese a quien usted llama un inocente acaba de asesinar a una mujer, una mujer a la que usted conocía...

—Y esto me pone a salvo, ¿no es eso?

—No digo precisamente eso, pero...

—Añadamos que él es precisamente el único que puede denunciarme.

—No hay que perder la esperanza, piénselo.

Julio se levantó, se dirigió hacia la ventana, rectificó los pliegues de la cortina, volvió sobre sus pasos y después, inclinado hacia adelante, con los brazos cruzados sobre el respaldo de la butaca que acababa de dejar.

—Lafcadio. Yo no quisiera dejarle marchar sin un consejo. A nadie más que a usted interesa hacerse un hombre honrado y ocupar un puesto en la sociedad tan elevado al menos como su nacimiento lo permite... La Iglesia está ahí para ayudarle. ¡Vamos! Hijo mío, un poco de valor; vaya a confesarse.

Lafcadio no pudo reprimir una sonrisa.

—Reflexionaré sobre sus palabras.

Dio un paso hacia adelante; después.

—Sin duda prefiere no tocar la mano de un asesino. Quiero, sin embargo, darle las gracias...

—Está bien, está bien -dijo Julio con un gesto cordial y distante-. Adiós, hijo mío. No me atrevo a decirle hasta la vista. A pesar de todo, si en lo sucesivo usted...

—Por el momento, ¿no quiere decirme nada más?

—Nada más, por el momento.

—Adiós, señor.

Lafcadio saludó gravemente y salió.

Llegó a su habitación, en el piso de encima, y medio vestido se arrojó sobre la cama. La tarde había sido muy calurosa, y la noche no había traído ningún frescor. Su ventana estaba abierta completamente, pero no se notaba ni el menor soplo de aire; los lejanos globos eléctricos de la plaza de las Termas, de la que le separaban los jardines, llenaban su habitación de una luz azulada, de una difusa claridad, que se hubiera creído procedía de la luna. Quiso reflexionar, pero una torpeza extraña atenazaba desesperadamente su pensamiento; no pensaba ni en su crimen ni en los medios de escapar; intentaba solamente olvidar estas palabras atroces de Julio. "Ahora que comenzaba a quererle..." Si él no quería a Julio, ¿merecían estas palabras sus lágrimas? ¿Era por esto verdaderamente por lo que lloraba?... La noche era tan dulce que le parecía que no habría más que abandonarse para morir. Llevó cerca de la cabecera una botella de agua, mojó un pañuelo y se lo aplicó sobre el corazón, que le dolía.

"Ninguna bebida de este mundo refrescará en adelante este corazón seco", se decía, dejando correr sus lágrimas hasta los labios para saborear su amargura. Unos versos sonaban en sus oídos, leídos no sabía dónde, y de los que no podía acordarse.

My heart aches; a drowsy numbness pains

My senses...

Se quedó adormecido.

¿Soñaba? ¿No había oído llamar a la puerta? La puerta, que jamás cerraba por la noche, se abrió dulcemente para dejar paso a una grácil forma blanca. Oyó que le llamaban débilmente.

—Lafcadio... ¿Estás ahí, Lafcadio?

A pesar de su somnolencia, Lafcadio reconoció esta voz. Pero ¿duda todavía de la realidad de una aparición tan agradable? ¿Teme que una palabra, que un gesto la ponga en fuga?... Calla.

Genoveva de Baraglioul, cuya alcoba estaba al lado de la de su padre, había oído, a pesar suyo, toda la conversación entre su padre y Lafcadio. Una intolerable angustia la había empujado hasta la habitación de éste, y al ver que no le respondían, persuadida de que Lafcadio acababa de matarse, se dirigió hacia la cabecera de la cama y cayó de rodillas, sollozando.

Cuando estaba así, Lafcadio se incorporó, se inclinó, acercándose a ella, sin atreverse a poner los labios sobre la hermosa frente, que veía brillar en la sombra. Genoveva de Baraglioul sintió entonces que se deshacía toda su voluntad, y echando hacia atrás su frente, que ya acariciaba el aliento de Lafcadio, no sabiendo llamar en contra de él más que a él mismo, le dijo.

—Ten piedad de mí, amigo mío.

Lafcadio se rehizo inmediatamente, y separándose de ella y rechazándola a la vez.

—¡Levántese, señorita de Baraglioul! ¡Retírese! Yo no soy..., yo no puedo ser su amigo.

Genoveva se levantó, pero no se separó de la cama donde estaba medio acostado el que había creído muerto; y tocando tiernamente la frente ardorosa de Lafcadio, como para asegurarse que vivía, añadió.

—Pero, amigo mío. Yo he oído todo lo que le decía usted esta noche a mi padre. ¿No comprende que es por eso por lo que he venido?

Lafcadio se levantó a medias y la miró. Sus cabellos sueltos le caían en torno; su rostro estaba en la sombra, de manera que no se distinguían sus ojos; pero sentía su mirada. Como si no pudiese soportar su dulzura, ocultó su rostro entre las manos.

—¡Ah! ¿Por qué te habré encontrado tan tarde? — gemía Lafcadio-. ¿Qué he heho yo para que me ames? ¿Por qué me hablas así cuando ya no puedo ser libre ni puedo ser digno de quererte?

Ella protestó tristemente.

—Vengo hacia ti, Lafcadio, no hacia otro. ¡Es hacia ti, criminal, Lafcadio! Cuántas veces he suspirado tu nombre desde aquel día en que apareciste por primera vez a mí como un héroe, como un hombre demasiado temerario... Es preciso que lo sepas ahora. en secreto me había prometido a ti desde el momento en que te vi conducirte de una manera tan magnánima. ¿Qué te ha pasado desde entonces? ¿Adonde te has dejado conducir?

Y como Lafcadio, sin responder, sacudiera la cabeza, continuó.

—¿No ha dicho mi padre que está detenida otra persona? – continuó-.

¿Un bandido que acaba de matar?... ¡Lafcadio! Todavía es tiempo.

¡Sálvate! Márchate esta noche. ¡Márchate!

Entonces Lafcadio murmuró.

—No puedo-. Y como los revueltos cabellos de Genoveva tocaban sus manos, los cogió y los apretó apasionadamente contra sus ojos y contra sus labios-. ¡Huir! ¿Eso es lo que me aconseja? ¿Pero dónde quiere que huya ahora? Aunque escapase a la Policía no escaparía a mí mismo... Y luego, usted misma me despreciaría por haber huido.

—¡Yo despreciarle, amigo mío!...

—Vivía inconsciente. He matado como en un sueño. Una pesadilla en la que me debato...

—Y de la que yo quiero arrancarle -exclamó ella apasionadamente.

—¿Para qué despertar, si es para despertarme criminal? – La cogió del brazo-. ¿No comprende que tengo horror a la impunidad? ¿Qué he de hacer ahora si no entregarme cuando venga el día?

—Es a Dios a quien tiene que entregarse, no a los hombres. Si mi padre no se lo ha dicho antes, voy a decírselo yo ahora. Lafcadio, ahí está la Iglesia para perdonarle el pecado y para devolverle la paz por medio del arrepentimiento.

Genoveva tiene razón, y ciertamente, Lafcadio, lo mejor que puede hacer es una cómoda sumisión. Lo verá tarde o temprano, cuando vea que las otras salidas están cerradas... ¡Qué molesto que haya sido este bobo de Julio quien se lo aconsejara primeramente!

—¿Qué lección me está repitiendo? – le dijo hostilmente-. ¿Es usted quien me habla así?

Deja caer el brazo, la rechaza; y en tanto que Genoveva se separa siente crecer en él, con no sé qué rencor contra Julio, la necesidad de separar a Genoveva de su padre, de atraérsela más abajo, más cerca de él; y al bajar los ojos vio calzados con babuchas de seda sus pies desnudos.

—No son los remordimientos lo que yo temo, sino.

Lafcadio ha saltado del lecho; se aparta de ella, va hacia la ventana abierta, apoya la frente contra el cristal y la palma de las manos ardientes sobre el hierro helado del balcón; quisiera olvidar que estaba allí ella, que él estaba junto a ella…

—Señorita Baraglioul, ha hecho usted por un criminal todo lo que una joven de buena familia puede intentar, casi un poco más; se lo agradezco de todo corazón. Es mejor que ahora me deje. Vuelva junto a su padre, a sus costumbres, a sus deberes… Adiós. ¿Quién sabe si volveré a verla? Piense que es para mostrarme un poco menos indigno de su afecto por lo que iré a entregarme mañana. Piense que… ¡No! ¡No se acerque!… ¿Cree usted que un apretón de manos me bastaría?

Genoveva desafiaría la cólera de su padre, la opinión del mundo y su desprecio; pero ante aquel tono glacial de Lafcadio el corazón le flaquea. ¿No había comprendido que para venir así, por la noche, a hablarle, a confesarle así su amor, había necesitado valor para decidirse y que su valor valía algo más que una sencilla frase de gratitud? Pero ¿cómo decirle que ella también hasta este día se agitaba como en un sueño -un sueño del que no escapaba sino para el hospital donde entre pobres niños y pasando sus mismas calamidades, le parecía ponerse, en fin, en contacto con alguna realidad-, un sueño en el que se agitaban a su lado sus parientes y se alzaban todas las convenciones ridiculas de su mundo y en el que ella no llegaba a tomar sus gestos ni sus opiniones, sus ambiciones, sus principios ni aun sus mismas personas en serio? ¡Qué de particular si Lafcadio no había tomado en serio a Fleurissoire!… ¿Podían separarse así? El amor la empujaba, la lanzaba sobre él. Lafcadio la asió, la abrazó, cubrió su pálida frente de besos…

Aquí comienza un nuevo libro.

¡Oh, realidad palpable del deseo! Tú arrojas a la penumbra los fantasmas de mi espíritu.

Dejaremos a nuestros dos amantes a la hora del canto del gallo, en que el color, el calor y la vida van a triunfar por fin de la noche. Lafcadio se incorporó por encima de Genoveva dormida. Sin embargo, no es aquel bello rostro de su amante, aquellos párpados nacarados, aquellos labios cálidos entreabiertos, aquellos senos perfectos, aquellos miembros; no, no es nada de eso lo que él contempla; pero por la ventana abierta en la madrugada se estremece un árbol del jardín.

Ya pronto será hora de que le deje Genoveva; pero espera todavía, escucha, inclinado sobre ella a través de su respiración ligera, el vago rumor de la ciudad que ya sacude su entumecimiento. A lo lejos, en los cuarteles, canta el clarín. ¡Qué! ¿Va él a renunciar a vivir? Y por el amor de Genoveva, a quien ama un poco menos desde que ella le ama un poco más, ¿va él a entregarse?